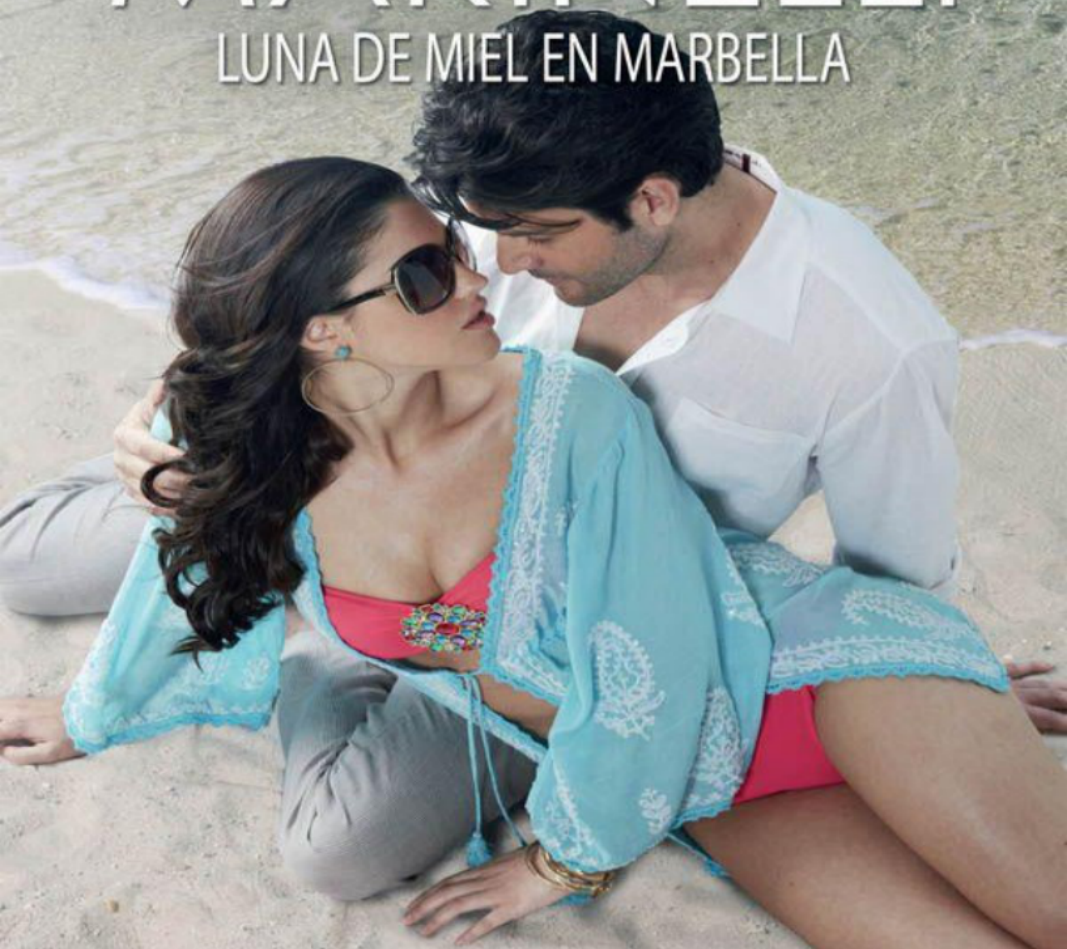


 HARLEQUIN™

Bianca™

CAROL
MARINELLI

LUNA DE MIEL EN MARBELLA



Bianca™

Carol Marinelli
Luna de miel en Marbella



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2013 Carol Marinelli

© 2014 Harlequin Ibérica, S.A.

Luna de miel en Marbella, n.º 2312 —junio 2014

Título original: The Playboy of Puerto Banús

Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A.

Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, Bianca y logotipo Harlequin son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imagen de cubierta utilizada con permiso de Harlequin Enterprises Limited. Todos los derechos están reservados.

I.S.B.N.: 978-84-687-4320-2

Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño

Capítulo 1

Estelle, te lo prometo, no tendrás que hacer nada más que darle la mano a Gordon y bailar.

—¿Y? —presionó Estelle.

Dobló la esquina de la página del libro que estaba leyendo y lo cerró sin poder creer apenas que estuviera considerando la posibilidad de aceptar el plan de Ginny.

—A lo mejor, también un beso en la mejilla, o en los labios. Lo único que tendrás que hacer es fingir que estás locamente enamorada.

—¿De un hombre de sesenta años?

—Sí —Ginny suspiró, pero, antes de que Estelle pudiera protestar, continuó diciendo—: Todo el mundo pensará que eres una cazafortunas y que estás con Gordon por su dinero. Cosa que será... —Ginny dejó de hablar, interrumpida por un ataque de tos.

Ginny y Estelle eran compañeras de piso, dos jóvenes que estaban intentando sacar adelante sus estudios universitarios. Estelle, de veinticinco años, era unos años mayor que Ginny. Tiempo atrás, se había preguntado cómo era posible que Ginny pudiera tener coche y vestir tan bien. Al final lo había averiguado: Ginny trabajaba para una agencia de acompañantes y tenía un cliente fijo, Gordon Edwards, un político que ocultaba un secreto que, precisamente, era la razón por la que no esperaba nada de Estelle si ocupaba su lugar como pareja en la boda que iba a celebrarse aquella tarde.

—Tendré que compartir habitación con él.

Estelle no había compartido habitación con un hombre en su vida. No era una mujer tímida ni retraída, pero no tenía el interés de Ginny por la vida social. Ginny pensaba que los fines de semana estaban destinados a las fiestas, mientras que la idea que Estelle tenía de un fin de semana perfecto consistía en ir a visitar edificios antiguos y acurrucarse con un libro en el sofá.

—Gordon siempre duerme en el sofá cuando compartimos habitación.

—No.

Estelle se colocó bien las gafas y volvió al libro. Intentaba concentrarse en aquel libro sobre el mausoleo del primer emperador Qin, pero le resultaba muy difícil. Estaba preocupada por su hermano, que todavía no había llamado para decirle si había conseguido trabajo. Y no podía negar que el dinero que Ginny le ofrecía le serviría

de ayuda.

Pero estaba en Londres y la boda se celebraba aquella misma tarde en un castillo de Escocia. Si de verdad pensaba ir, debería comenzar a prepararse porque tendrían que volar a Edimburgo y desde allí trasladarse en el helicóptero al castillo.

—Por favor —le suplicó Ginny—. En la agencia están aterrorizados porque no encuentran a ninguna sustituta en tan poco tiempo. Y Gordon va a venir a buscarme dentro de una hora...

—¿Y qué pensará la gente? —preguntó Estelle— Si están acostumbrados a verle contigo...

—Gordon se ocupará de eso. Contará que hemos roto. En cualquier caso, íbamos a tener que terminar pronto la relación ahora que estoy a punto de acabar la universidad. Sinceramente, Estelle, Gordon es un hombre adorable. Sufre constantemente la presión de fingir que es heterosexual y no irá solo a esa boda. ¡Y piensa en el dinero!

Estelle no podía dejar de pensar en el dinero. Si asistía a aquella boda, podría pagar un mes de la hipoteca de su hermano. Sabía que aquello no resolvería del todo su problema, pero les daría a Andrew y a su familia algo más de tiempo y, teniendo en cuenta todo lo que habían tenido que soportar durante el año anterior y lo que todavía estaba por llegar, les iría muy bien aquella prórroga.

Andrew había hecho mucho por ella. Cuando sus padres habían muerto, a los diecisiete años de Estelle, había dejado de lado su propia vida para asegurarse de que su hermana disfrutara de una vida lo más normal posible. Ya era hora de que ella hiciera algo por él.

—Muy bien —Estelle tomó aire. Había tomado una decisión—. Llama y di que iré.

—Ya les dije que habías aceptado —admitió Ginny—. Estelle, no me mires así. Sé lo mucho que necesitas el dinero y, sencillamente, no soportaba decirle a Gordon que no había conseguido a nadie.

Ginny miró atentamente a Estelle. Llevaba su larga melena negra recogida en una cola de caballo, su cutis pálido no tenía una sola mancha y no quedaban restos de maquillaje en sus ojos verdes porque rara vez se maquillaba. Estaba intentando disimularlo, pero, en realidad, estaba preocupada por el aspecto de Estelle y por su capacidad para llevar adelante aquella actuación.

—Tienes que arreglarte. Te ayudaré con el pelo y con todo lo demás.

—Con esa tos, ni se te ocurra acercarte a mí. Ya me las arreglaré sola —vio la expresión dubitativa de su amiga y añadió—: Todas podemos vestirnos como mujerzuelas, si es necesario —sonrió—. Aunque la verdad es que creo que no tengo nada que ponerme. ¿Crees que alguien se dará cuenta si me pongo algo tuyo?

—Compré un vestido nuevo para la boda.

Ginny se dirigió al armario que tenía en el dormitorio y Estelle la siguió. Cuando vio el ligerísimo vestido dorado que sostenía entre las manos, se quedó boquiabierta.

—¿Eso es lo que va debajo del vestido?

—Es despampanante.

—Cuando te lo pones tú, a lo mejor —respondió Estelle. Ginny era mucho más delgada y tenía poco pecho, mientras que ella, aunque delgada, era una mujer de curvas—. Yo voy a parecer una...

—Y esa es precisamente la cuestión. Sinceramente, Estelle, si te relajas, hasta podrás divertirte.

—Lo dudo —respondió Estelle.

Se sentó en el tocador de Ginny y comenzó a ponerse rulos calientes en el pelo y a maquillarse bajo el ojo vigilante de su compañera de piso. Gordon tenía que parecer un mujeriego y ella tenía que fingir que le adoraba, a pesar de ser infinitamente joven para él.

—Tienes que maquillarte más.

—¿Más? —Estelle tenía la sensación de llevar encima más de tres centímetros de maquillaje.

—Y ponerte máscara en las pestañas.

Observó a Estelle mientras esta se quitaba los rulos y su oscura melena caía en una cascada de rizos.

—Y también una buena cantidad de laca. ¡Ah, por cierto! Gordon me llama Virginia, te lo digo por si alguien me menciona.

Ginny parpadeó varias veces cuando Estelle se volvió. La sombra de ojos de color gris y las capas de máscara realzaban el verde esmeralda de sus ojos. El lápiz de labios acentuaba sus labios llenos. Al ver los rizos negros enmarcando el bello rostro de su amiga, por fin comenzó a creer que podría llevar a buen puerto su plan.

—¡Estás increíble! Ahora veremos cómo te queda el vestido.

—¿No me cambiaré allí?

—Gordon tiene un horario muy apretado. Supongo que, en cuanto aterricéis, iréis directamente a la boda.

El vestido era precioso, transparente y dorado, y se pegaba a todas sus curvas. Era excesivamente revelador, pero era maravilloso.

—Creo que Gordon podría dejarme por ti —le dijo Ginny con admiración.

—Esta será la primera y la última vez.

—Eso es lo que dije yo cuando comencé a trabajar en la agencia. Pero si las cosas van bien...

—¡Ni lo sueñes! —respondió Estelle justo en el momento en el que un coche tocaba el claxon en la acera.

—Todo saldrá bien —le aseguró Ginny al ver que Estelle se sobresaltaba—. Estoy segura de que lo harás perfectamente.

Estelle se aferró a aquellas palabras mientras abandonaba su piso de

estudiante. Tambaleándose sobre los tacones, salió a la calle y caminó hacia el coche que la estaba esperando, asustada ante la perspectiva de conocer a aquel político.

—¡Tengo un gusto increíble!

Gordon la recibió con una sonrisa mientras el chófer le abría la puerta. El político era un hombre rechoncho, iba vestido con el traje de gala escocés e hizo sonreír a Estelle incluso antes de que se hubiera sentado en el coche.

—Y tienes unas piernas mucho más bonitas que las mías. Me siento ridículo con la falda escocesa.

Estelle se relajó inmediatamente. Mientras el coche se dirigía hacia el aeropuerto, Gordon le explicó rápidamente lo que debía saber sobre su relación.

—Nos conocimos hace dos semanas...

—¿Dónde? —preguntó Estelle.

—En Dario's...

—¿Qué Dario? —le interrumpió Estelle antes de que hubiera terminado.

Gordon se echó a reír.

—Realmente, no estás al tanto de nada, ¿verdad? Es un bar del Soho... frecuentado por hombres ricos que buscan la compañía de mujeres más jóvenes.

—¡Dios mío...! —gimió Estelle.

—¿Trabajas?

—En la biblioteca, a tiempo parcial.

—Quizá sea mejor no mencionarlo. Límitate a decir que trabajas ocasionalmente como modelo. O, mejor aún, di que ahora mismo dedicas todo tu tiempo a hacerme feliz —Estelle se sonrojó y Gordon lo notó—. Lo sé, es terrible, ¿verdad?

—Me preocupa no ser capaz de representar bien mi papel.

—Lo harás perfectamente —la tranquilizó Gordon, y continuó repasando toda la información con ella.

Durante el vuelo a Edimburgo, repasaron la historia una y otra vez. Gordon le preguntó incluso por su hermano y su sobrina, y a Estelle le sorprendió que estuviera al tanto de las dificultades que atravesaban.

—Virginia y yo hemos llegado a ser buenos amigos a lo largo de este año —le explicó Gordon—. Estuvo muy preocupada por ti cuando tu hermano sufrió el accidente y al saber que tu sobrina había nacido con una enfermedad. ¿Cómo está ahora?

—Esperando una operación.

—Tú intenta recordar que les están ayudando —le recomendó Gordon mientras se dirigían al helicóptero.

Minutos después, mientras cruzaban el patio del castillo, Gordon le dio la mano y Estelle agradeció que lo hiciera. Era un hombre

encantador y, si se hubieran conocido en otras circunstancias, habría estado deseando disfrutar de aquella velada.

—Estoy deseando ver el interior del castillo —admitió Estelle.

Ya le había contado a Gordon lo mucho que le interesaba la arquitectura antigua.

—No creo que tengamos tiempo de explorarlo —respondió Gordon—. Nos enseñarán nuestra habitación y después solo tendrás tiempo de refrescarte un poco antes de bajar a la boda. Y recuerda —añadió—, dentro de veinticuatro horas, todo habrá terminado y no tendrás que volver a ver a ninguno de los invitados en toda tu vida.

Capítulo 2

Ni el sonido de las gaviotas en la distancia ni el latido de la música sacaron a Raúl de su sueño; al contrario, fueron precisamente esos sonidos los que le tranquilizaron cuando se despertó sobresaltado. Permaneció tumbado con el corazón palpitante durante unos segundos, diciéndose que solo había sido una pesadilla, aunque sabía que, en realidad, había sido un recuerdo lo que le había despertado tan bruscamente.

El delicado movimiento del yate le invitaba a volver a dormir, pero recordó de pronto que se suponía que debía reunirse con su padre. Se obligó a abrir los ojos y fijó la mirada en la melena rubia que cubría su almohada.

—Buenos días —ronroneó su propietaria.

—Buenos días —contestó Raúl, pero, en vez de acercarse a ella, le dio la espalda.

—¿A qué hora tenemos que salir para la boda?

Raúl cerró los ojos ante aquella presunción. Él jamás le había pedido a Kelly que fuera con él a la boda, pero ese era el problema de salir con su asistente personal: Kelly conocía su agenda. La boda iba a celebrarse aquella tarde en las Tierras Altas de Escocia y era evidente que Kelly pensaba que estaba invitada.

—Hablaremos de eso más tarde —respondió Raúl, mirando el reloj—. Ahora tengo que reunirme con mi padre.

—Raúl... —Kelly se volvió hacia él con un movimiento que pretendía ser seductor.

—Hablaremos después —repitió Raúl, y se levantó de la cama—. Se supone que tengo que estar en el despacho dentro de diez minutos.

—Eso no te habría detenido antes.

Raúl subió por las escaleras a cubierta y se abrió camino a través de los restos de otra de las fiestas salvajes de Raúl Sánchez de la Fuente. Se puso las gafas de sol y caminó a lo largo de la marina de Puerto Banús, donde tenía atracado el yate. Aquel era el lugar al que pertenecía Raúl. Encajaba en aquel ambiente porque, a pesar de su vida de excesos, él nunca era el más salvaje. Oyó el sonido de una fiesta, el retumbar de la música y las risas, y aquello le recordó los motivos por los que adoraba aquel lugar. Rara vez había silencio. El puerto estaba lleno de lujosos yates y olía a dinero. Allí podían encontrarse todos los frutos de las grandes fortunas y Raúl, sin afeitarse,

desaliñado y terriblemente atractivo, se fundía perfectamente con aquel paisaje.

Enrique, su chófer, le estaba esperando en el puerto. Raúl se montó en el coche, le saludó y permaneció en silencio mientras recorrían la corta distancia que los separaba de la filial marbellí de De la Fuente Holdings. No tenía ninguna duda sobre el asunto del que quería hablarle su padre, pero su mente volvió a lo que Kelly acababa de decirle. «Eso no te habría detenido antes». ¿Antes de qué?, se preguntó Raúl. ¿Antes de haber perdido el interés? ¿Antes de que Kelly hubiera dado por sentado que la noche del sábado tenía que ser una noche compartida?

Raúl era una isla. Una isla con visitas frecuentes y fiestas famosas en el mundo entero, una isla de lujos infinitos que solo se permitía relaciones superficiales y había decidido no dejar que ninguna persona se acercara demasiado a él. No quería volver a sentirse responsable del corazón de nadie.

—No tardaré mucho —le dijo a Enrique cuando el coche se detuvo.

A Raúl no le apetecía aquel encuentro, pero su padre había insistido en que se vieran aquella mañana y quería terminar cuanto antes.

—Buenos días —saludó a Ángela, la asistente personal de su padre —. ¿Qué estás haciendo aquí un sábado por la mañana?

Normalmente, Ángela se marchaba todos los fines de semana con su familia, que vivía en el norte.

—Estoy intentando localizar a cierto individuo que dijo que estaría aquí a las ocho —Ángela frunció el ceño.

Ángela era la única mujer que podía hablarle abiertamente a Raúl. Cercana ya a los sesenta años, llevaba trabajando para la empresa desde que Raúl podía recordar.

—He estado llamándote. ¿Es que nunca tienes el teléfono encendido?

—Me he quedado sin batería.

—Bueno, antes de que hables con tu padre, tengo que recordarte tu agenda.

—Déjalo para más tarde.

—No, Raúl. Yo ya estoy yéndome a mi casa más tarde de lo habitual, así que esto hay que arreglarlo ahora. También tenemos que encontrarte otra asistente personal y, preferiblemente, una que no te guste demasiado —Ángela no se dejó impresionar por la forma en la que Raúl entornó la mirada—. Raúl, tienes que recordar que dentro de varias semanas voy a disfrutar de un largo permiso. Si tengo que preparar a alguien, necesito empezar cuanto antes.

—Entonces, elige tú a alguien —contestó Raúl—. Y tienes razón. A lo mejor es preferible que sea alguien que no me guste.

—¡Por fin! —exclamó Ángela con un suspiro.

Sí, Raúl había aceptado por fin que mezclar los negocios con el placer tenía consecuencias y que acostarse con su asistente personal a lo mejor no era una buena idea. ¿Qué demonios les pasaba a las mujeres?, se preguntó. ¿Por qué en cuanto conseguían meterse en su cama decidían que ya no podían continuar trabajando para él? Al cabo de varias semanas, exigían exclusividad, compromiso, algo a lo que Raúl, sencillamente, se negaba.

—Ya he arreglado todos tus vuelos para esta tarde —le dijo Ángela—. No me puedo creer que vayas a ponerte una falda escocesa.

—Estoy guapísimo con falda escocesa —Raúl sonrió—. Donald les ha pedido a todos los invitados que la lleven y ya sabes que yo soy escocés honorario.

Era cierto. Había estudiado en Escocia durante cuatro años, quizá los mejores años de su vida, y conservaba las amistades que había hecho entonces. Excepto una.

Endureció la expresión al pensar en su exnovia, que estaría aquella tarde en la boda. A lo mejor debería llevar a Kelly, o llegar solo y enrollarse con alguna de sus antiguas amantes, aunque solo fuera para irritar a Araminta.

—Bueno, acabemos con esto cuanto antes.

Comenzó a caminar hacia el despacho de su padre, pero Ángela le llamó.

—Deberías tomarte un café antes de ir a verle.

—No hace falta. En cuanto acabe con esto, me iré a desayunar al Café del Sol.

Le encantaba desayunar en el Café del Sol, un café situado frente al mar en el que, si uno no era suficientemente atractivo, rápidamente le echaban. A la gente como él, ni siquiera la molestaban con las cuentas. Querían ese tipo de clientes, querían la energía que llevaban a un lugar como aquel. Pero Ángela insistió.

—Ve a refrescarte y te llevaré un café y una camisa limpia.

Sí, Ángela era la única mujer a la que le permitía hablarle de aquella manera.

Raúl entró en su enorme despacho, en el que además de la zona de oficina, había un elegante dormitorio. Mientras se dirigía hacia el baño, miró la cama y sintió la tentación de tumbarse. Solo había dormido dos o tres horas la noche anterior. Pero se obligó a ir al baño y esbozó una mueca al mirarse en el espejo. Entonces, entendió que Ángela hubiera insistido en que se refrescara antes de reunirse con su padre.

Tenía los ojos inyectados en sangre y la mandíbula cubierta por una barba de dos días. El pelo, negro azabache, le caía sobre la frente y tenía restos de lápiz de labios en el cuello.

Sí, tenía el aspecto del playboy depravado que su padre le acusaba

de ser.

Raúl se quitó la chaqueta y la camisa, se lavó la cara, comenzó a afeitarse y le dio las gracias a Ángela cuando le dijo que le había dejado un café en el escritorio.

—¡Gracias! —repitió, y salió del baño a medio afeitarse.

Posiblemente, Ángela era la única mujer que no se ruborizaba al verle sin camisa. Al fin y al cabo, le había visto con pañales.

—Y gracias también por hacer que me arregle antes de ir a ver a mi padre.

—De nada —sonrió—. Te he dejado una camisa limpia en el respaldo de la silla del despacho.

—¿Sabes por qué quiere verme? ¿Voy a recibir otro sermón sobre mi obligación de sentar la cabeza?

—No estoy segura —Ángela se ruborizó—. Raúl, por favor, haz caso de lo que te diga tu padre. Este no es momento para discusiones. Tu padre está enfermo y...

—El hecho de que esté enfermo no implica que tenga razón.

—No, pero se preocupa por ti, Raúl, aunque no le resulte fácil demostrártelo. Por favor, hazle caso... Le preocupa que te enfrentes solo a determinadas cosas —se interrumpió al ver que Raúl fruncía el ceño.

—Creo que sabes perfectamente a qué viene todo esto.

—Raúl, solo te estoy pidiendo que le escuches. No soporto oírlos discutir.

—Deja de preocuparte —le pidió Raúl con cariño. Apreciaba a Ángela, era lo más parecido a una madre que tenía—. No tengo intención de discutir con él. Sencillamente, creo que a los treinta años nadie tiene que decirme a qué hora tengo que acostarme y menos aún con quién.

Raúl regresó al baño para continuar afeitándose. No pensaba permitir que le ordenaran lo que tenía que hacer, pero, de pronto, se detuvo. ¿Sería tan grave dejar que su padre pensara que tenía intenciones serias con alguien? ¿Qué daño podía hacerle fingir que estaba a punto de sentar la cabeza? Al fin y al cabo, su padre se estaba muriendo.

Recién afeitado y con la cabeza algo más despejada, pasó por delante de Ángela dispuesto a hablar con su padre.

—Deséame suerte —le pidió, pero al ver la tensión que reflejaban las facciones de Ángela, la tranquilizó—. Mira... —sabía que Ángela jamás le ocultaba nada a su padre—, estoy saliendo con alguien, pero no quiero que mi padre me presione.

—¿Con quién? —preguntó Ángela con los ojos abiertos como platos.

—Es una antigua novia. Nos vemos de vez en cuando. Vive en Inglaterra y voy a verla en la boda.

—¡Araminta!

—Dejémoslo ahí.

Raúl sonrió. Era todo lo que necesitaba. Sabía que había sembrado la semilla.

Llamó a la puerta del despacho de su padre y entró.

Debería haber habido fuego, pensaría después. Olor a azufre. Definitivamente, debería haber percibido el olor a gasolina y el sonido de un trueno seguido por un largo silencio. Algo debería haberle advertido que estaba regresando al infierno.

Capítulo 3

Estelle se sentía como si todo el mundo supiera que era una farsante.

Cerró los ojos con fuerza y tomó aire. Estaban en uno de los jardines del castillo, disfrutando de unos aperitivos y unas copas antes de la ceremonia.

¿Por qué demonios habría aceptado hacer algo así? Sabía exactamente por qué, se dijo a sí misma, intentando reafirmarse en su decisión.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó Gordon—. La boda no tardará en empezar.

—Sí, estoy bien —contestó Estelle, y se aferró con fuerza a su brazo.

Gordon la presentó a una pareja que se acercó a ellos. Estelle advirtió que la mujer arqueaba ligeramente una ceja

—Esta es Estelle —la presentó Gordon—. Estelle, estos son Verónica y James.

—Estelle —la saludó Verónica con una inclinación de cabeza, y se alejó con James.

—Lo estás haciendo maravillosamente —le aseguró Gordon.

Le apretó la mano y la apartó del resto de invitados para que pudieran hablar sin que les oyeran.

—Creo que deberías sonreír un poco más —le recomendó—. Y ya sé que para eso hace falta ser una gran actriz, ¿pero podrías fingir que estás locamente enamorada de mí?

—Por supuesto —contestó Estelle temblorosa.

—El gay y la virgen —le susurró Gordon al oído—. ¡Si ellos supieran!

Estelle abrió los ojos escandalizada y Gordon se disculpó rápidamente.

—Solo pretendía hacerte sonreír.

—¡No me puedo creer que te lo haya contado!

Estaba horrorizada al saber que Ginny había compartido una información tan personal con Gordon. Pero, por supuesto, era más que posible. A Ginny le parecía infinitamente divertido que Estelle no se hubiera acostado nunca con nadie. En realidad, no había sido algo que Estelle hubiera decidido de una forma consciente. Pero la muerte de sus padres la había traumatizado de tal manera que los libros habían sido su única vía de escape. Para cuando había superado el duelo, Estelle se sentía muy diferente a sus amigas. Los pubs y las fiestas le

parecían una frivolidad. Eran las ruinas antiguas y los edificios los que la fascinaban y, cada vez que conocía a alguien, siempre surgía el terror a que su condición de virgen implicara que estaba buscando marido. Poco a poco, su virginidad había llegado a convertirse en un problema.

¡Y Gordon hablaba de ello como si fuera una broma!

—Virginia no me lo comentó con malicia —Gordon parecía desolado—, estuvimos hablando de ello una noche. No debería haber sacado el tema.

—No pasa nada —cedió Estelle—. Supongo que soy un poco rara.

—Todos tenemos nuestros secretos. Y, esta noche, los dos tenemos que esconderlos —sonrió—. Estelle, sé lo difícil que ha sido para ti aceptar este compromiso, pero te prometo que no tienes por qué ponerte nerviosa. Yo pronto seré un hombre felizmente casado.

—Lo sé —Gordon le había contado que pensaba casarse con Frank, su novio de hacía muchos años—. Lo que pasa es que no soporto que todo el mundo piense que soy una cazafortunas. Aunque, en realidad, ese sea el objetivo de esta noche.

—Deja de preocuparte por lo que piensen los demás.

Era lo mismo que ella le decía a Andrew, que sufría por estar en una silla de ruedas.

—Tienes razón.

Gordon le hizo alzar la barbilla y ella le sonrió mirándole a los ojos.

—Así está mejor —Gordon le devolvió la sonrisa—. Lo superaremos juntos.

Así que Estelle le agarró del brazo e hizo todo lo que estuvo en su mano por parecer convenientemente enamorada e ignorar las ocasionales miradas de desprecio de otros invitados. Y estaba comenzando a relajarse cuando llegó él.

Hasta ese momento, Estelle había pensado que sería la novia la que hiciera una entrada triunfal, pero fue la llegada de un helicóptero y el hombre que descendió de él lo que atrajo las miradas de todo el mundo.

—¡Esto se pone interesante! —exclamó Gordon, mientras un hombre imponente se agachaba bajo las hélices del helicóptero y comenzaba a caminar hacia los invitados.

Era alto, llevaba el pelo negro peinado hacia atrás y tenía un gesto sombrío. Su fisonomía mediterránea podría haberle hecho parecer ridículo con una falda escocesa, pero parecía haber nacido para llevarla. Con las caderas estrechas y las piernas tan largas y musculosas, cualquier cosa le quedaría bien. Incluso ella quedaría bien a su lado, pensó Estelle.

Le observó aceptar un whisky que le ofrecía un camarero. Parecía distante. Incluso a las mujeres que revoloteaban a su alrededor las

despachaba rápidamente.

Y, entonces, la miró a los ojos.

Estelle intentó desviar la mirada, pero no pudo. El recién llegado deslizó la mirada por el vestido dorado, pero no con la expresión de desaprobación de Verónica. Aunque tampoco lo estaba aprobando. Se limitaba a analizarlo.

Estelle se sintió arder cuando le vio desviar la mirada hacia su acompañante y deseó decirle que aquel hombre de sesenta años no era su amante. Pero, por supuesto, no podía.

—Solo tienes que tener ojos para mí —le recordó Gordon, consciente quizá de la energía que parecía vibrar entre ellos—. Aunque, francamente, nadie te culparía por mirar un poco. Es absolutamente divino.

—¿Quién?

Estelle intentó fingir que no se había fijado en aquel atractivo extraño, pero no consiguió engañar a Gordon.

—Raúl Sánchez de la Fuente —respondió Gordon en voz baja—. Nuestros caminos se han cruzado varias veces. Ese canalla está guapo hasta con falda. Me ha ganado por completo el corazón... aunque no creo que lo quiera.

Estelle no pudo menos que echarse a reír.

Raúl recorrió con la mirada a los invitados. Estaba comenzando a cuestionarse la decisión de ir solo. Aquella noche necesitaba diversión y, cuando había pensado en las antiguas amantes con las que se encontraría, había evocado los pechos erguidos y las cinturas estrechas del pasado, como si el tiempo se hubiera detenido en sus días de universitario. Pero las manillas del reloj habían continuado moviéndose.

Estaba Shona. La otrora larga melena pelirroja había dado paso a un severo corte de pelo. Shona permanecía junto a un tipo sin ninguna personalidad. Al ver a Raúl, se sonrojó y le miró furiosa, como si su tórrido pasado hubiera sido borrado y olvidado.

—Raúl...

Raúl frunció el ceño al ver a Araminta caminando hacia él con una sonrisa suplicante que activó todas sus alarmas. Lo que necesitaba aquella noche era una distracción, no desesperación.

—¿Cómo estás? —le preguntó a Araminta.

—No muy mal —contestó.

E inmediatamente procedió a hablarle de su horrible divorcio, de lo mucho que había pensado en él desde su ruptura y de cuánto se arrepentía de que hubieran roto.

—Ya te dije que te arrepentirías —respondió Raúl sin ningún

sentimiento—. Ahora tendrás que perdonarme. Tengo que hacer una llamada de teléfono.

—¿Podremos hablar más tarde?

Raúl advirtió la esperanza en su voz y aquello le irritó. ¿Sería ya suficientemente bueno para su padre? ¿Suficientemente rico?

—No hay nada de lo que tengamos que hablar.

Ni siquiera la miró mientras ella se alejaba sollozando.

¿Qué demonios estaba haciendo allí?, se preguntó Raúl. Debería estar preparando una fiesta en el yate. Debería estar olvidándose de sí mismo en vez de reencontrándose con su pasado. Además, no podía decirse que hubiera un número infinito de mujeres elegibles en aquel castillo de las Tierras Altas de Escocia. Y, después de lo que Raúl había averiguado aquella mañana sobre su padre, no tenía ganas de estar solo.

Tensó la mano sobre el vaso de whisky. Apenas estaba comenzando a asimilar el impacto de lo que le había contado su padre.

Sus pensamientos eran tan sombríos que consideró seriamente la posibilidad de marcharse. Pero, justo en ese momento, una caída de pelo negro y una tez pálida le llamaron la atención. La joven parecía nerviosa, algo extraño en las acompañantes de Gordon, normalmente, mujeres atrevidas y desenvueltas.

Le sostuvo la mirada cuando le miró y, a partir de entonces, se convirtió en la única mujer a la que le hubiera permitido acercarse. El problema era que estaba aferrada al brazo de Gordon.

Aquella mujer le ofrecía algo más que una distracción. Le ofrecía olvido. Porque, por primera vez en el día, había conseguido olvidar la conversación que había mantenido con su padre.

En ese momento, una voz con marcado acento escocés anunció que estaba a punto de comenzar la boda y solicitó a los invitados que ocuparan sus asientos.

—¡Vamos! —Gordon tomó la mano de Estelle—. Me encantan las bodas.

—Y a mí —Estelle sonrió.

Caminaron juntos a través de aquella cálida noche. El suelo estaba iluminado por antorchas y habían preparado ya las sillas. Con el castillo de fondo, la escena era imponente y Estelle se olvidó del sentimiento de culpa y se dispuso a disfrutar. Había volado en avión por primera vez en su vida, había montado en helicóptero, estaba en un castillo de las Tierras Altas de Escocia y Gordon era absolutamente encantador, se dijo mientras se sentaban y continuaba hablando con Gordon.

—Donald dice que Victoria está muy nerviosa —le explicó él—. Es

muy perfeccionista y, por lo visto, lleva meses pendiente de hasta el último detalle.

—Bueno, pues parece que todo está saliendo muy bien. Estoy deseando ver el vestido.

Y, justo cuando empezaba a relajarse y todos se levantaron para recibir a la novia, se volvió... y descubrió que Raúl estaba sentado detrás de ella.

No tenía ninguna importancia, se dijo a sí misma. Era una simple coincidencia. Al fin y al cabo, en algún lugar tenía que sentarse. El problema era que Estelle era agudamente consciente de su presencia.

Intentó concentrarse en la novia. Victoria estaba deslumbrante. Llevaba un sencillo vestido blanco y un ramillete de brezo. La sonrisa que Donald le dirigió a la futura esposa hizo sonreír también a Estelle, pero no durante mucho tiempo. Podía sentir la mirada de Raúl ardiendo en su espalda y, poco después, tuvo la sensación de que le abrasaba la nuca.

Hizo todo lo que pudo para concentrarse en la ceremonia, que fue increíblemente romántica. Tanto que, cuando el sacerdote recitó lo de «en la salud y en la enfermedad», los ojos se le llenaron de lágrimas al recordar la boda de su hermano. ¿Quién podía haber imaginado el duro golpe que les tenía reservado el destino a Amanda y a él?

Gordon, siempre caballeroso, le tendió un pañuelo de papel.

—Gracias —Estelle sonrió emocionada y Gordon le apretó la mano.

«¡Por favor!», pensó Raúl, «¡Ahórrame esas lágrimas de cocodrilo!». Había ocurrido lo mismo con la novia anterior de Gordon, ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Virginia. La nueva, aunque no parecía del gusto habitual de Gordon, era increíble. Las mujeres de pelo negro no eran ninguna rareza en el país de Raúl, y él, normalmente, prefería a las rubias. Sin embargo, aquella noche, deseaba a una mujer con el pelo negro azabache.

«Date la vuelta», le ordenó en silencio, porque quería mirarla a los ojos. La vio tensar los hombros e inclinar ligeramente la cabeza, como si le hubiera oído, pero se estuviera resistiendo a su demanda.

Raúl quería preguntarle qué demonios estaba haciendo con aquel hombre que probablemente la triplicaba en edad. Pero, por supuesto, conocía la respuesta: le interesaba su dinero.

Raúl supo entonces lo que tenía que hacer. Encontró la respuesta al dilema al que se había visto obligado a enfrentarse a la hora del desayuno. Curvó los labios en una sonrisa al verla alzar la mirada bruscamente hacia el cielo. Vio arquearse su pálido cuello y deseó posar los labios en él.

Un gaitero lideró el regreso al castillo. Caminaba delante de Gordon y Estelle. A ella se le clavaban los tacones en la hierba, pero aquella incomodidad no era nada comparada con la sensación de estar hundiéndose en arenas movedizas que la asaltaba cada vez que miraba a Raúl a los ojos.

La falda de Raúl era de tonos grises y violeta, la chaqueta, morada, de terciopelo oscuro, y su zancada, firme y sensual. A Estelle le entraron ganas de acercarse a él, darle unos golpecitos en el hombro y pedirle que por favor la dejara en paz. Pero, en realidad, no le había hecho nada. Ni siquiera la había mirado. Se limitaba a hablar con otro de los invitados mientras se dirigían hacia el castillo.

Raúl la ignoró deliberadamente. Estuvo hablando con Donald, le pidió un pequeño favor y después coqueteó con un par de antiguas novias, pero en todo momento fue consciente de que aquella mujer le buscaba con la mirada. Raúl sabía exactamente lo que estaba haciendo y por qué. En el pasado, mezclar el trabajo con el placer le había causado problemas. Aquella noche, aquella mezcla se había convertido en una solución.

Capítulo 4

—Perdone un momento, señor.

Un camarero detuvo a Estelle y a Gordon cuando se dirigían hacia su mesa.

—Ha habido un cambio de planes. Donald y Victoria no se habían dado cuenta de que estaban sentados tan atrás. Ahora mismo corregiremos el error. Por favor, acepten nuestras disculpas.

—¡Oh, nos han subido de categoría! —comentó Gordon mientras les conducían hacia una mesa.

Estelle se sonrojó al ver que la mujer llorosa que había estado hablando con Raúl estaba siendo discretamente alejada hacia una de las mesas de la parte de atrás. E incluso antes de que hubieran llegado, supo en qué mesa les iban a sentar a ellos.

Raúl no alzó la mirada cuando se acercaron. De hecho, no les miró siquiera hasta que no les mostraron sus asientos.

Estelle sonrió para saludar a Verónica y a James, pero ni siquiera intentó mirar a Raúl. Había dos asientos vacíos a su lado. Él era el responsable de aquella situación.

Alguien estaba sosteniendo la silla que había al lado de la de Raúl. Estelle quiso volverse hacia Gordon, preguntarle si podían cambiar de asiento, pero sabía que parecería ridícula.

—Gordon —Raúl le tendió la mano.

—Raúl.

Gordon sonrió mientras se sentaba. Estelle, sentada entre los dos, se inclinó ligeramente hacia atrás mientras ellos hablaban.

—No nos vemos desde... —Gordon se echó a reír—. Desde la última temporada de bodas. Mira, esta es Estela.

—Estelle —Raúl arqueó una ceja mientras ella se sentaba a su lado—. En español te llamarías Estela.

—Estamos en Inglaterra —consciente de lo crispado de su respuesta, intentó suavizarla con una sonrisa.

—Por supuesto —Raúl se encogió de hombros—, aunque debo hablar con mi piloto, que se empeñó en decirme que estábamos en Escocia.

Aunque intentó evitarlo, Estelle no pudo evitar una sonrisa.

—Estos son Shona y Henry... —Raúl les presentó mientras el camarero les servía el vino.

Estelle bebió un sorbo y pidió agua, porque, a pesar de estar en un

castillo, hacía un calor sofocante.

Hubo una breve conversación y más presentaciones, y todo habría ido perfectamente si Raúl no hubiera estado allí. Pero Estelle era consciente, a pesar de su escasa experiencia, de que estaba atento a todas sus respuestas.

Como Gordon estaba ocupado hablando con James, ella intentó concentrarse en el menú. Entrecerró ligeramente los ojos para poder leerlo, porque Ginny le había sugerido que se dejara las gafas en casa. Raúl confundió aquel gesto con el de un ceño fruncido.

—Vichyssoise —le aclaró en voz baja y profunda—. Es una sopa. Está deliciosa.

—No necesito que nadie me explique el menú —se interrumpió. Sabía que estaba siendo grosera, pero los nervios la tenían a la defensiva—. Y has olvidado mencionar que se sirve fría.

—No —sonrió—, estaba a punto de decírtelo.

No le resultó fácil terminar la sopa con Raúl sentado a su lado, pero lo consiguió, a pesar de que la conversación con Gordon fue constantemente interrumpida por llamadas de teléfono.

—No puedo desconectar ni una sola noche —se lamentó Gordon.

—¿Es algo importante? —preguntó Estelle.

—Podría serlo. Tendré que mantener el teléfono conectado.

Sirvieron el segundo plato, la carne más maravillosa que Estelle había probado en su vida. Aun así, le costó tragarla, sobre todo cuando Verónica le preguntó:

—¿Trabajas, Estelle?

—Trabajo ocasionalmente de modelo —sonrió, recordando las instrucciones que Gordon le había dado—. Aunque, por supuesto, ocuparme de Gordon es un trabajo a tiempo completo.

Estelle vio que Raúl detenía el tenedor que estaba a punto de llevarse a la boca y oyó la risa fingida de Gordon. Estaba atrapada en una mentira y no tenía escapatoria. Aquello era una actuación, se dijo a sí misma. Después de aquella noche, no volvería a verlos. ¿Y qué más le daba que Raúl tuviera una mala imagen de ella?

—¿Podrías pasarme la pimienta? —le pidió Raúl con voz sedosa.

¿Era el acento español el que hacía parecer su voz tan sexy o se estaría volviendo loca?

Le pasó la pimienta, sintiendo durante un instante el calor de sus dedos. Raúl notó inmediatamente su error.

—Esa es la sal —le dijo, y Estelle tuvo que pasársela de nuevo.

Era extraño. Apenas había cruzado dos palabras con ella, no había hecho ninguna sugerencia. No le presionaba las rodillas bajo la mesa y no prolongó el contacto de sus manos cuando le pasó la pimienta. Pero, aun así, el ambiente que se respiraba entre ellos estaba cargado de tensión.

Raúl rechazó el postre y se puso queso y dulce de membrillo en las galletas de avena escocesas.

—Había olvidado lo ricas que están.

Estelle se volvió mientras él daba un mordisco a la galleta y se pasaba después la lengua por los labios para atrapar un pedacito de membrillo.

—Ahora sí que lo recuerdo.

No había ninguna insinuación. Era solo un intento de entablar conversación. Pero la mente de Estelle cuestionaba cada una de sus palabras.

Estelle le imitó, untó queso en la galleta y añadió membrillo.

—¿No te parece fantástico? —preguntó Raúl.

—Sí.

Y, aunque pareciera una locura, ella sabía que estaban hablando de sexo.

—Ahora vendrán los discursos —Gordon suspiró.

Fueron largos. Terriblemente largos. Sobre todo para alguien que no conocía a la pareja.

El primero en hablar fue el padre de Victoria, que se alargó en exceso. Después le tocó hacerlo a Donald, el novio, que fue más breve y más divertido. Cumplió con las formalidades de rigor y dio las gracias a todo el mundo en su nombre y en el de su esposa, sobre todo a los que habían llegado de lejos.

—En realidad, esperaba que Raúl no viniera —dijo mirando a Raúl—. Y tengo que agradecer que Victoria no le haya visto con la falda escocesa hasta después de que le haya puesto el anillo. ¡Quién iba a decirme que un español la luciría tan bien!

Todo el mundo se echó a reír, incluido Raúl, que no parecía ni remotamente avergonzado. Seguramente, estaba acostumbrado a ser el centro de atención y a que alabaran su atractivo.

Después, le llegó el turno al padrino.

—En España no se hacen discursos en las bodas —explicó Raúl, inclinándose para hablar con Gordon.

Estelle percibió entonces el olor de su colonia y notó la cercanía de su brazo. Tensó los dedos alrededor de la copa.

—Celebramos la boda, después el banquete y luego a la cama —dijo Raúl.

Era el primer comentario que podía considerarse insinuante e, incluso entonces, Estelle se dijo que estaba exagerando. Pero, aun así, le entraron ganas de alzar la mano y exigir que cesara aquel ataque a sus sentidos.

—¿De verdad? —preguntó Gordon—. Pues debería ir a vivir a España. Es más, estaba pensando...

El zumbido del teléfono le interrumpió y Raúl se echó de nuevo

hacia atrás. Estelle estuvo observando a la pareja de recién casados bailando en la pista.

—Cariño, lo siento mucho —se disculpó Gordon mientras leía el mensaje que acababa de recibir—. Voy a tener que irme a algún lugar en el que pueda hacer unas llamadas y utilizar el ordenador.

—Suerte con el acceso a Internet —le deseó Raúl.

—Es posible que me lleve algún tiempo —advirtió Gordon.

—¿Ha surgido algún problema? —preguntó Estelle.

—Siempre hay problemas, aunque este es inesperado. Pero lo resolveré tan pronto como pueda. Siento dejarte sola.

—No estará sola. Yo estaré pendiente de ella —se ofreció Raúl.

Estelle habría preferido que no lo estuviera.

—Muchas gracias —dijo Gordon—. Con ese vestido se merece al menos un baile —se volvió hacia Estelle y le dio un beso en la mejilla.

En cuanto Gordon se fue, Estelle se volvió hacia James y Verónica y, desesperada, intentó entablar conversación. Pero ellos no tenían el menor interés en conocer a la última amante de Gordon y, al cabo de unos minutos, siguieron a otras parejas a la pista de baile, dejándola sola con Raúl.

—De espaldas, podrías parecer española.

Estelle se volvió al oír su voz.

—Pero por delante...

Deslizó la mirada por su cutis cremoso y Estelle sintió arder sus mejillas. Aunque Raúl no apartó la mirada de su rostro, ella se sintió como si la estuviera desnudando, tal era la fuerza de aquel hombre.

Capítulo 5

—¿Eres irlandesa? —preguntó Raúl.

Estelle vaciló un instante antes de asentir.

—Pero tu acento es inglés.

—Mis padres se mudaron a Inglaterra antes de que yo naciera —contestó con frialdad.

—¿En qué parte de Inglaterra viven?

—No viven —contestó Estelle.

Raúl dejó de insistir y cambió de tema.

—¿Y dónde conociste a Gordon?

—Nos conocimos en Dario's —contestó Estelle, sintiendo todo su cuerpo en alerta—. Es un bar...

—Del Soho, sí, he oído hablar mucho de Dario's. No es que haya estado. Creo que todavía soy demasiado joven para ir allí —sonrió ligeramente al advertir el sonrojo de Estelle—. Aunque a lo mejor debería probarlo.

Se acercó más a Estelle. Aquella joven de ojos verdes y pómulos redondeados le parecía asombrosamente atractiva. Había algo particularmente dulce en ella a pesar del vestido y del maquillaje, y su azoro resultaba tan raro como refrescante.

—Así que, al final, los dos estamos solos en la boda.

—Yo no estoy sola. Gordon no tardará en volver —no quería preguntar, pero se descubrió mirando la silla vacía que había al otro lado de Raúl—. ¿Cómo es que...? —se interrumpió. No era posible hacer esa pregunta de forma educada.

—Hemos roto esta mañana.

—Lo siento.

—No tienes por qué. En realidad, decir que hemos roto es una exageración. Solo llevábamos saliendo unas cuantas semanas.

—Aun así, las rupturas son duras —respondió Estelle, intentando ser educada.

—Nunca me lo han parecido —replicó Raúl—. Es la situación previa la que me resulta difícil.

—¿Cuando las cosas empiezan a ir mal?

—No, cuando empiezan a ir bien.

La miraba a los ojos, su voz era grave y profunda y lo que decía le resultaba interesante. A pesar de sí misma, Estelle quería saber algo más sobre aquel hombre tan fascinante.

—Lo duro viene cuando empiezan a preguntar qué vamos a hacer el próximo fin de semana. O cuando empiezan a decir «Raúl dice...» o «Raúl piensa». No me gusta que nadie diga lo que estoy pensando.

—Puedo imaginármelo.

—¿Sabes lo que estoy pensando ahora?

—No, no lo sé —estaba segura de que estaba pensando lo mismo que ella.

—¿Te gustaría bailar?

—No, gracias. Prefiero esperar a Gordon.

—Por supuesto —contestó Raúl—. ¿Has conocido ya a los novios?

—No —Estelle se sentía como si le estuvieran haciendo una entrevista—. ¿Eres amigo del novio?

—Fui con él a la universidad aquí en Escocia. Estudié aquí durante cuatro años y después me fui a Marbella. Pero esto sigue gustándome. Escocia es un país precioso.

—Sí, lo es. Bueno, por lo menos, lo poco que he visto.

—¿Esta es la primera vez que vienes?

Estelle asintió.

—¿Has estado en España alguna vez?

—El año pasado, pero solo unos días. Surgió una urgencia familiar y tuve que volver.

—¿Raúl?

Raúl apenas alzó la mirada cuando se acercó aquella mujer. Era la misma a la que habían apartado antes de la mesa.

—He pensado que podríamos bailar.

—Estoy ocupado.

—Raúl...

—Araminta —se volvió entonces para mirarla—, si quisiera bailar contigo, te lo habría pedido.

Estelle parpadeó, porque, a pesar de la suavidad del tono, sus palabras fueron brutales.

—Has sido un poco duro —le reprochó Estelle cuando Araminta se marchó.

—Es preferible ser duro a lanzar mensajes ambiguos.

—Quizá.

—Entonces... —Raúl eligió sus palabras con cuidado—, si cuidar a Gordon es un trabajo a tiempo completo, ¿a qué te dedicas cuando no estás trabajando?

En aquella ocasión, Estelle no frunció el ceño. No había ningún error en lo que estaba insinuando. Sus ojos verdes relampaguearon cuando se volvió hacia él.

—No me gusta esa insinuación.

A Raúl le sorprendió su respuesta desafiante, y también que se enfrentara abiertamente a él.

—Perdón, a veces mi inglés no es del todo bueno. Es posible que me haya expresado mal.

Estelle tomó aire mientras se preguntaba cómo debería comportarse. Al final, decidió que lo mejor era ser educada.

—¿En qué trabajas? —le preguntó—. ¿Tú también eres político?

—¡Por favor! —asomó a sus labios una reluciente sonrisa—. Soy uno de los directores de De la Fuente Holdings, y eso quiere decir que me dedico a comprar, mejorar edificios y a veces a venderlos. Mira este castillo, por ejemplo. Si yo fuera el propietario, no solo lo dedicaría a bodas exclusivas, sino que lo utilizaría también como hotel. Por supuesto, habría que restaurarlo.

Estelle no estaba en absoluto impresionada, pero intentó no demostrarlo. Raúl no podía saber que estaba estudiando Arquitectura Antigua y que los edificios eran su pasión. La idea de que aquel lugar fuera modernizado la dejaba fría. Desgraciadamente, Raúl no.

Ni una vez en sus veinticinco años de vida había reaccionado ante un hombre como lo estaba haciendo con Raúl. Si hubiera estado en cualquier otra parte, se habría levantado y se habría marchado. O a lo mejor se hubiera inclinado hacia él para besarle en la boca.

—Entonces, ¿es un negocio de tu padre? —le preguntó.

—No, era un negocio de la familia de mi madre. Mi padre lo compró cuando se casaron.

—Lo siento, has dicho que te apellidabas De la Fuente y creía que ese era tu apellido.

—En España tenemos dos apellidos, primero el del padre y luego el de la madre. Mi padre se llama Antonio Sánchez, y mi madre se llamaba Gabriela de la Fuente.

—¿Se llamaba?

—Murió en un accidente de coche.

Normalmente, no le costaba tanto decirlo y, siempre que lo hacía, después cambiaba rápidamente de tema. Pero, después de lo que le habían dicho aquella mañana, descubrió de pronto que no podía hacerlo. Intentando recobrar el aplomo, alargó la mano hacia su copa de agua e hizo un esfuerzo para no pensar en ello.

—¿Ha sido algo reciente?

Estelle le vio batallar contra sí mismo. Sabía, y seguramente mejor que nadie, lo que sentía, porque ella había perdido a sus padres de la misma forma. Le vio vaciar el vaso de agua y parpadear antes de que reapareciera el Raúl afable de antes.

—Murió hace años —contestó, quitándole importancia—, cuando yo era niño —retomó el tema de conversación anterior, negándose a profundizar en su pasado—. Mi nombre verdadero es Raúl Sánchez de la Fuente, pero resulta demasiado largo para una presentación.

—Sí, me lo imagino.

—Pero no quiero perder el apellido de mi madre y, por supuesto, mi padre espera que mantenga el suyo.

—Es bonito que se transmita el apellido de la mujer.

—En realidad, solo lo hace durante una generación, el mayor peso sigue teniéndolo el del hombre.

—Entonces, si tuvieras un hijo...

—Eso nunca ocurrirá.

—¿Pero si lo tuvieras?

—Que Dios no lo permita —dejó escapar un pequeño suspiro—. Intentaré explicártelo. ¿Cómo te apellidas?

—Connolly.

—Muy bien, imagínate que tenemos una hija y la llamamos Jane.

Estelle se sonrojó al pensar, no en el hecho de tener una hija, sino en lo que tendrían que hacer para llegar a tenerla.

—Se llamaría Jane Sánchez Connolly.

—Ya entiendo.

—Y cuando Jane se case, con, por ejemplo, Harry Potter, esta se apellidaría Sánchez Potter. ¡El Connolly desaparecería! Es muy sencillo. Por lo menos lo del apellido. Lo difícil es lo de los cincuenta años de matrimonio. No puedo imaginarme atado a otra persona y, desde luego, no creo en el amor.

—¿Cómo puedes decir eso en una boda? —le desafió Estelle—. ¿No has visto cómo sonreía Donald a la novia?

—Claro que lo he visto. Era la misma sonrisa que tenía en su boda anterior.

—¿Estás hablando en serio? —preguntó Estelle, riendo.

—Completamente.

Pero estaba sonriendo, y cuando sonreía, a Estelle le entraban ganas de ponerse las gafas de sol. Porque su deslumbrante sonrisa la cegaba a todos sus defectos, y estaba convencida de que un hombre como él tenía muchos.

—Te equivocas, Raúl. Mi hermano se casó hace un año y su mujer y él están profundamente enamorados.

—Un año —se encogió ligeramente de hombros—. Todavía están en la fase de luna de miel.

—Durante este año han superado más obstáculos que algunas parejas durante toda su vida —aunque no pretendía hacerlo, se descubrió a sí misma abriéndose a él—. Andrew, mi hermano, sufrió un accidente durante su luna de miel, en una moto de agua... Ahora va en silla de ruedas.

—Debe de costar mucho acostumbrarse a algo así —pensó en ello un momento—. ¿Eso fue lo que te obligó a volver a casa cuando estabas de vacaciones en España?

—Sí, y, desde entonces, su situación está siendo muy dura. Amanda

estaba embarazada cuando se casaron...

No sabía por qué le estaba contando todo aquello. A lo mejor porque era más seguro que bailar. O porque le resultaba más fácil contar la verdad sobre su hermano que inventarse historias sobre el Dario's.

—Su hija nació hace cuatro meses, y justo cuando pensábamos que todo iba a cambiar...

Raúl vio que los ojos se le llenaban de lágrimas, y que parpadeaba rápidamente para apartarlas.

—Tiene un problema en el corazón. Están esperando a que crezca un poco más para operarla.

Raúl la vio meter la mano en el bolso para sacar una fotografía. Vio a su hermano, Andrew, y a su esposa, y a un bebé diminuto con un ligero tono azulado. Comprendió entonces que no eran lágrimas de cocodrilo las que había visto durante la ceremonia.

—¿Cómo se llama?

—Cecilia.

Raúl la miró mientras ella contemplaba la fotografía, y comprendió el motivo por el que estaba allí con Gordon.

—¿Tu hermano trabaja?

—No —Estelle negó con la cabeza—. Era trabajador autónomo. Él...

Guardó la fotografía y tomó aire. No soportaba pensar en todos los problemas de su hermano.

Raúl decidió entonces aligerar el tono de la conversación.

—Se me están enfriando las piernas.

Estelle soltó una carcajada y, justo en ese momento, les hicieron una fotografía.

—Una fotografía de lo más natural —aplaudió el fotógrafo.

—Nosotros no... —comenzó a decir Estelle.

—Tenemos que movernos —Raúl se levantó—, y Gordon me ha dicho que cuide de ti.

Le tendió la mano. Para él, aquel baile era mucho más importante de lo que Estelle podía imaginar. Con él pretendía asegurarse de que Estelle pensara solamente en él, de que su propuesta no le pareciera algo impensable. Pero antes quería que supiera que sabía la clase de negocios en los que andaba metida.

—¿Te gustaría bailar?

En realidad, Estelle no tenía elección. Se dirigió con él a la pista de baile, esperando que la orquesta tocara algo más frívolo que sensual, pero todas sus esperanzas desaparecieron en el momento en el que Raúl la rodeó con los brazos.

—¿Estás nerviosa?

—No.

—Teniendo en cuenta que conociste a Gordon en el Dario's,

imaginaba que te gustaría bailar.

—Y me encanta —Estelle forzó una sonrisa—, pero es un poco pronto para mí.

—Y para mí. A estas horas suelo estar preparándome para salir.

Estelle no era capaz de interpretar a aquel hombre. Bailaba con ella con elegancia y delicadeza, pero sus ojos no sonreían.

—Relájate.

Estelle lo intentó, pero no la ayudó el hecho de que Raúl se lo hubiera susurrado al oído.

—¿Puedo preguntarte algo?

—Por supuesto —contestó Estelle, aunque preferiría que no lo hiciera.

—¿Qué estás haciendo con Gordon?

—¿Perdón? —no podía creer que se atreviera a preguntarlo.

—La diferencia de edad es evidente.

—Eso no es asunto tuyo —se sentía como si estuviera siendo atacada a plena luz del día.

—¿Cuántos años tienes?

—Veinticinco.

—Gordon tenía diez años más de los que tengo yo ahora cuando tú naciste.

—Eso solo son números —intentó apartarse, pero él la retuvo con fuerza.

—Por supuesto, supongo que solo le quieres por su dinero.

—Eres increíblemente grosero.

—Soy increíblemente sincero —la corrigió Raúl—. No te estoy criticando, no tiene nada de malo.

—¡Vete al infierno! —le dijo en español, agradeciendo las expresiones que le había enseñado una amiga española cuando estaba en el colegio—. Lo siento, a veces mi español no es muy bueno. Lo que quería decirte es...

Raúl presionó un dedo contra sus labios antes de que Estelle pudiera decirle en su propio idioma y con mayor crudeza a dónde podía largarse. Y la intimidad de aquel gesto tuvo el poder de silenciarla.

—Un baile más —dijo Raúl—, y volverás con Gordon. Y siento haberte parecido grosero. Créeme, no era esa mi intención.

Estelle entrecerró los ojos mientras analizaba su rostro y notaba cómo le latían los labios tras aquel ligero contacto. La razón le decía que se alejara de él, pero ganó su propia excitación.

La música se hizo más lenta e, ignorando su resistencia, Raúl la estrechó contra él. Estelle tenía razón al pensar que la estaba juzgando, pero no lo estaba haciendo duramente. Raúl admiraba a las mujeres capaces de separar los sentimientos del sexo. De hecho, él necesitaba una mujer así. Y le pagaría muy bien.

Estelle debería haberse marchado en aquel momento, debería haber vuelto a su mesa. Pero su cuerpo ingenuo se negaba a moverse. Parecía estar despertando en los brazos de Raúl.

Raúl la sostuvo de manera que se vio obligada a posar la cabeza en su pecho. Estelle sentía el terciopelo de la chaqueta en la mejilla. Pero era más consciente de la mano que reposaba en su espalda.

Por un instante, Raúl olvidó los motivos de aquel baile. Disfrutó de la delicadeza con la que Estelle se inclinaba contra él y se concentró solo en ella. En la mano que posaba sobre su hombro, bajo su pelo. Le acarició el cuello y deseó besarlo. Quería levantar aquella cortina negra y saborear su piel.

Por su parte, Estelle sentía la tensión que había entre ellos y aunque su cabeza negaba lo que estaba pasando, giró ligeramente el cuerpo para acercarse a él. Sintió el roce de su pecho en los pezones. Y Raúl presionó ligeramente.

—Yo siempre había pensado que el *sporrán* tenía una función puramente decorativa.

Estelle sintió el calor de la piel del *sporrán* contra su estómago.

—Pero, ahora mismo, es lo único que me permite tener un aspecto decente.

—Estás muy lejos de ser decente —le espetó Estelle.

—Lo sé.

Continuaron bailando, no mucho, solo meciéndose de vez en cuando, pero Estelle ardía.

Raúl podía sentir el calor de su piel contra sus dedos, podía sentir su respiración tan agitada que deseaba inclinar la cabeza y respirar contra sus labios. Imaginó su pelo oscuro sobre la almohada y los pezones rosados en su boca. La deseaba, aunque aquella no fuera una sensación que le resultara cómoda.

Aquello solo era una cuestión de negocios, se recordó a sí mismo. Quería que aquella noche pensara en él. Que cuando se acostara con Gordon, fuera su cuerpo el que deseara.

Deslizó la mano bajo su pelo y descendió hasta la piel desnuda que asomaba por uno de los costados del vestido.

Estelle ansiaba que moviera la mano, que cubriera con ella su seno. Y Raúl le confirmó una vez más que sabía lo que estaba pasando.

—Pronto te devolveré a Gordon —le dijo—, pero antes disfrutarás conmigo.

Eran los preliminares del sexo. Lo eran hasta tal punto que Estelle se sentía como si Raúl hubiera deslizado los dedos dentro de ella. Y era mucho lo que podía sentir. A pesar del *sporrán*, notaba el contorno de su sexo bajo la falda. Aquel era el baile más peligroso de su vida. Quería salir corriendo. Pero su cuerpo ansiaba sentir los brazos de Raúl. Las mejillas, apoyadas contra el terciopelo violeta de la

chaqueta, le ardían, y podía oír el latido firme del corazón de Raúl.

El olor de Raúl era exquisito y el tacto de su mejilla contra la suya la hizo desear volver la cabeza y buscar el alivio de sus labios. Estelle no conocía el alcance de un orgasmo y era demasiado inocente como para saber que Raúl estaba haciendo todo lo posible para provocárselo.

Raúl sintió que Estelle descendía ligeramente sobre su pecho y, por un breve instante, se relajaba contra él.

—Gracias por el baile —aturdida y sin aliento, Estelle comenzó a retroceder.

Pero Raúl la retuvo, le levantó la barbilla y lanzó su veredicto.

—¿Sabes? Me gustaría verte maldecir y gritar en español.

La soltó entonces y Estelle buscó rápidamente refugio en el tocador de señoras y se mojó las muñecas con agua fría. «Cuidado», se dijo a sí misma, «tienes que tener cuidado, Estelle». La atracción era más intensa que cualquier otra que hubiera conocido. Pero sabía que un hombre como Raúl sería capaz de destrozarla.

Se miró en el espejo y se retocó el lápiz de labios; no podía comprender lo que acababa de ocurrir. Y menos que lo hubiera permitido. Que hubiera participado voluntariamente en ello.

—¡Ah, estás aquí!

Gordon le sonrió cuando regresó a la mesa y Estelle no pudo sentirse más culpable: había fallado incluso como acompañante.

—Siento haberte dejado. Un ministro quería hablar urgentemente conmigo, pero no conseguíamos establecer el contacto y, cuando lo hemos conseguido —sonrió con cansancio—, la verdad es que no tengo la menor idea de lo que pretendía decirme. Venga, ¡vamos a bailar!

Bailar con Gordon fue muy diferente. Rieron y hablaron mientras Estelle intentaba no pensar en el baile que había compartido con Raúl.

—Raúl no te quita los ojos de encima —comentó Gordon—. Creo que le has causado una gran impresión.

Estelle se tensó en sus brazos.

—Tranquila, Estelle. Me siento halagado. Competir con Raúl es todo un cumplido.

Le dio un beso en la mejilla y Estelle apoyó la cabeza en su hombro. Después, miró a Raúl, que continuaba clavando sus ojos en ella. Intentó desviar la mirada, pero no fue capaz. Vio a Raúl curvando los labios en una lenta sonrisa, hasta que Gordon cambió de rumbo y Raúl desapareció de su línea de visión. Un segundo después, recorrió el salón con la mirada, rezando para que aquella peligrosa parte de la velada hubiera terminado. Y sí, Raúl había desaparecido.

Capítulo 6

—¡Lo siento!

Gordon se disculpó profusamente por haberla asustado, después de que, al entrar en su habitación, se hubiera encontrado con lo que le había parecido un monstruo.

Gordon se quitó la mascarilla.

—Es para respirar. Tengo apnea del sueño.

Estelle se había cambiado en el cuarto de baño que había en el pasillo y, en aquel momento, llevaba un viejo pijama rosa. Era el único que tenía, pero estaba segura de que Gordon no esperaba un camisón de pronunciado escote.

Se ofreció a dormir ella en el sofá, puesto que era él el que pagaba, pero, fiel a su palabra, Gordon insistió en que ocupara ella la cama.

—Gracias por esta noche, Estelle.

—Lo he pasado muy bien —contestó Estelle—. Pero para ti debe de ser muy difícil tener que ocultar tu verdadera vida.

—No ha sido fácil, pero, dentro de seis meses, podré ser yo mismo de verdad.

—¿Y no puedes serlo ahora?

—Si de mí dependiera, probablemente ya se sabría todo —le explicó Gordon—. Pero Frank es un hombre muy reservado y para él sería terrible que se hablara públicamente de nuestra relación. Pero, dentro de seis meses, nos iremos a vivir a España.

—¿Queréis vivir allí?

—Y casarnos. En España, es legal el matrimonio homosexual.

Estelle estaba agotada. Se acostaron y estuvieron hablando un poco más.

—¿Sabes que Virginia está a punto de terminar la carrera? —le preguntó Gordon.

—Sí, lo sé.

—El mes que viene comenzará a trabajar. No pretendo ofenderte sugiriendo nada, pero si quieres seguir acompañándome durante estos meses...

No la presionó, a pesar de que ella no contestó, y Estelle lo agradeció.

—Piensa en ello —le pidió Gordon y le deseó buenas noches.

Estelle pronto comenzó a divagar, pero no pensando en la oferta de Gordon, sino en Raúl.

Desde el instante en el que cerró los ojos, Raúl apenas abandonó sus pensamientos. Todavía no comprendía lo que había pasado en la pista de baile; casi esperaba sentir las campanas, las sirenas y los silbidos del orgasmo y, sin embargo, había experimentado algo infinitamente delicioso y delicado. ¿Cuánto más le quedaba por saber? Ni siquiera se atrevía a pensar en ello. Agotada después de un largo día, estaba a punto de hundirse en el sueño cuando Gordon encendió la máquina para respirar.

Ginny no le había hablado de aquella parte de la velada.

Así que permaneció tumbada, con la cabeza debajo de la almohada. A las dos, continuaba escuchando el siseo y el zumbido de la máquina y, al final, se rindió. Se levantó y, descalza, se dirigió al cuarto de baño y bebió un poco de agua del grifo, deseando que la noche acabara cuanto antes. Pero al salir del baño, olvidó sus lamentaciones. Salió a una enorme balconada de piedra y contempló la vista del lago. Era increíble que hubiera tanta luz a aquella hora de la madrugada. Respiró la cálida brisa del verano y comenzó a pensar en la oferta de Gordon.

Justo en ese momento, se abrió la puerta del balcón. Se volvió y puso los ojos como platos al ver a Raúl vestido únicamente con la falda escocesa.

Estelle habría preferido que fuera completamente vestido. Y no porque tuviera nada que resultara decepcionante. Todo lo contrario. Pero la visión de aquella piel de color oliva y del ligero vello oscuro que cubría su pecho le dejaba un único lugar en el que fijar la mirada. Y mirarle a los ojos no era en absoluto seguro.

Advirtió entonces que Raúl no la había seguido hasta allí. Estaba hablando por teléfono.

Seguramente tenía mejor cobertura allí fuera. Estelle le dirigió una breve sonrisa e intentó alejarse de él, pero Raúl la agarró por la muñeca, obligándola a permanecer a su lado.

—No tienes por qué saber en qué habitación estoy —entornó los ojos mientras hablaba por teléfono—. Araminta, te sugiero que te acuestes —dejó escapar un irritado siseo—. ¡Sola!

Terminó la llamada y, solo entonces, le soltó la muñeca a Estelle. Esta permaneció donde estaba mientras él examinaba su rostro.

—¿Sabes? Sin todo ese maquillaje con el que te habías embadurnado, estás impresionante. Me sorprende que Gordon se haya permitido perderte de vista.

—Necesitaba tomar aire —le explicó.

—Yo me estoy escondiendo.

—¿De Araminta?

—Alguien debe de haberle dado mi número de teléfono. Voy a tener que cambiarlo.

—Pronto renunciará.

Estelle sonrió, compadeciendo a la otra mujer. Si Araminta había tenido una aventura con él años atrás y sabía que iba a estar allí aquella noche, entendía que se hubiera hecho ilusiones.

El teléfono de Raúl volvió a sonar. En aquella ocasión, decidió no contestar.

—¿Y tú qué haces aquí a esta hora de la noche? —le preguntó a Estelle.

—Pensar.

—¿En qué?

—En cosas —no añadió que muchos de sus pensamientos estaban dedicados a él.

—Ha sido un día interesante —admitió Raúl.

Fijó la mirada en el silencioso lago y se sintió muy lejos del lugar en el que se había despertado aquella mañana. Ni siquiera sabía cómo se sentía. Miró a Estelle, que también contemplaba la noche y parecía sentirse cómoda con el silencio.

Era Raúl el que no lo soportaba. Era él el que se aseguraba de que sus noches y sus días estuvieran repletos de actividades para llegar agotado por la noche a la cama.

Allí, por primera vez desde hacía mucho tiempo, se encontraba solo con sus pensamientos, y no le gustaba. Interrumpió el silencio. Quería oír la voz de Estelle.

—¿Cuándo te vas?

—Mañana a última hora de la mañana —contestó Estelle con la mirada fija en el lago—. ¿Y tú?

—Me iré temprano.

Se acercó al balcón para asomarse y Estelle vio la enorme cicatriz que iba desde el hombro a su cintura. Raúl se volvió y reconoció en el rostro de Estelle la impresión que le había causado. Normalmente, se negaba a explicar el origen de aquella cicatriz, no necesitaba la compasión de nadie. Pero, aquella noche, decidió contarlo.

—Me la hice en el accidente de coche.

—¿En el que murió tu madre?

Raúl asintió y fijó la mirada en la noche. Se alegraba de que Estelle estuviera allí. Eran las dos de la mañana de la segunda noche más larga de su vida, y en la primera había estado solo.

—¿Puedo preguntarte otra vez qué estás haciendo con Gordon?

—Es un hombre bueno.

—Como mucha otra gente. Y eso no significa que tengamos que ir por ahí... —no terminó la frase, pero quedó claro lo que pretendía decir—. ¿Estás aquí esta noche por tu hermano?

Estelle no podía contestar, pero sabía que los dos conocían la verdad.

—¿Tienes hermanos? —le preguntó.

Se hizo un largo silencio. El padre de Raúl le había pedido que no revelara nada todavía, pero pronto se sabría. Estelle se acercó a él mientras esperaba la respuesta. A lo mejor iba directa a la prensa con aquella novedosa información, pero en aquel momento, a Raúl no le importaba. No podía pensar en el mañana. Necesitaba concentrarse en superar aquella noche.

—Si me lo hubieras preguntado ayer, la respuesta habría sido no. Esta mañana, mi padre me ha confesado que tengo un hermano, Luka. Luka Sánchez García.

Después de lo que le había contado durante la velada, Estelle supo que no eran hijos de la misma madre.

—¿Le conoces?

—No directamente.

—¿Cuántos años tiene?

Era la misma pregunta que él le había hecho a su padre, aunque Estelle desconocía la relevancia de la respuesta.

—Veinticinco —contestó Raúl— Esta mañana he entrado en el despacho de mi padre esperando el sermón habitual, mi padre siempre insiste en que siente cabeza —rió con tristeza—. No sabía lo que me esperaba. Mi padre se está muriendo y quiere poner todos sus asuntos en orden. Así que hoy me ha dicho que tiene otro hijo.

—Supongo que la impresión ha sido muy fuerte.

—Todo el mundo esconde algún muerto en el armario. Pero, en este caso, no se trata del fruto de una aventura de hace muchos años que de pronto sale a la luz. Mi padre tiene otra vida. Se ve con la madre de su hijo en una ciudad del norte de España. Yo pensaba que viajaba regularmente por asuntos de trabajo. Tenemos un hotel en San Sebastián que siempre ha sido uno de sus principales intereses. Ahora sé por qué.

Estelle intentó imaginarse lo que sería descubrir algo así. Y Raúl continuaba intentado comprender por qué se había abierto con tanta facilidad a ella. Y entonces se recordó la razón. Si quería encontrar una solución a sus problemas, tenía que contarle la verdad a Estelle. Por lo menos en parte. Jamás podría revelarlo todo.

—Su asistente personal, Ángela, siempre ha sido para mí...

Se encogió de hombros. Ángela había sido una constante en su vida, una mujer en la que confiaba. Raúl cerró los ojos y recordó las duras palabras que le había dirigido aquella mañana.

—Al parecer, el hijo del que tan a menudo hablaba Ángela en realidad es mi hermano —sonrió con ironía—. Pasé gran parte de mi infancia con mis tíos, pensando que mi padre tenía que trabajar en un hotel de San Sebastián, y ahora resulta que estaba allí con su amante y su hijo. Así que, en respuesta a tu pregunta, sí, tengo un hermano.

Pero, a diferencia de lo que te ocurre a ti con el tuyo, no me importa nada.

—Podrías llegar a apreciarle si le conocieras.

—Eso no va a ocurrir.

Estelle sintió un escalofrío que atribuyó a la brisa nocturna.

—Voy a entrar —susurró.

—No, por favor —le suplicó Raúl.

Estelle tenía que volver. Tenía que regresar a la seguridad de Gordon. No quería alejarse de Raúl, pero sabía que tenía que hacerlo.

—Buenas noches, Raúl.

—Quédate.

Estelle negó con la cabeza y agradeció que en aquel momento sonara el teléfono de Raúl. Pero, cuando se volvió para abrir la puerta, oyó la voz de una mujer histérica en el pasillo.

—¡Contesta el teléfono, Raúl! ¿Dónde demonios estás?

Raúl tuvo buenos reflejos. Rápidamente, desconectó el teléfono y agarró a Estelle.

—Necesito que me hagas un favor.

Antes de que Estelle pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando, la estrechó entre sus brazos y presionó la boca contra sus labios mientras deslizaba la mano por la parte superior del pijama. Estelle se resistió, hasta que se dio cuenta de lo que estaba pasando. Oyó a Araminta llamando a gritos a Raúl. Podía aparecer en el balcón en cualquier momento, pero lo pasó de largo sin volver siquiera la cabeza.

Raúl podría haberse detenido en ese momento, pensó Estelle. Pero tenía el pijama completamente abierto y sus senos presionaban el pecho desnudo de Raúl.

Deberían parar inmediatamente, se dijo mientras la lengua de Raúl buscaba la suya.

Raúl gimió débilmente en su boca. Fue la cosa más sexy que Estelle había oído o sentido en su vida. Raúl deslizó la mano por su trasero mientras la hacía sentir su lengua caliente y húmeda.

Estelle quería poner fin a aquel beso y, al mismo tiempo, deseaba que se prolongara... Era como si estuviera recorriendo un camino prohibido y estuviera deseando llegar hasta el final para ver la mujer en la que Raúl la había convertido.

—No vuelvas con él —le ordenó Raúl sin abandonar apenas su boca.

Tenía intención de hablar con ella en otro momento, de pedirle el número de teléfono, pero no podía soportar la idea de que volviera a la cama con Gordon. De modo que le revelaría sus planes inmediatamente.

—Ven conmigo.

Estelle se dio cuenta entonces de lo que le estaba pidiendo. Había

dado por sentado que para ella era habitual entregar su cuerpo. Cuando Raúl intentó besarla otra vez, le dio una bofetada.

—Tú pagas más, ¿verdad?

—No pretendía que lo interpretaras así.

Raúl sintió el escozor de la bofetada en la mejilla y supo que se la merecía. Pero en lo último que estaba pensando él era en el dinero. Sencillamente, no quería que Estelle volviera con otro hombre.

—Lo que pretendía decir...

—Sé exactamente lo que pretendías decir.

—¡Sinvergüenza!

Ambos se volvieron y vieron a Araminta con el rostro empapado en lágrimas.

—¡Me has dicho que estabas cansado, que querías acostarte!

—¿Puedo sugerirte que vuelvas a la cama? —le espetó Raúl a Araminta, molesto por aquella intrusión.

Estelle pudo ser testigo una vez más de lo brutal que podía ser aquel hombre cuando se lo proponía.

—¿De qué manera puedo dejar más claro que no tengo ningún interés en ti?

Se volvió para ayudar a una mortificada Estelle a abrocharse los botones del pijama, pero Estelle le apartó la mano.

—¡No me toques!

Salió disparada del balcón y se dirigió a su habitación, donde intentó olvidar la sensación de las manos y la boca de Raúl. Donde intentó negar que era la primera vez que deseaba realmente a un hombre.

Capítulo 7

Estelle...

Gordon se mostró encantador cuando le contó lo que había pasado. Que, pretendiendo evitar a otra mujer, Raúl la había besado. Fue una conversación terriblemente embarazosa, pero Gordon le estaba firmando ya el cheque para no tener que hacerlo delante del chófer, y Estelle, que no quería aceptarlo, tuvo que explicarle por qué.

—Frank y yo tenemos tres pases libres —le dijo Gordon.

Estelle parpadeó y Gordon sonrió mientras le tendía el cheque.

—Tenemos tres personas con las cuales, si ocurriera algo, no sería considerado una infidelidad. Es solo un juego, por supuesto, y casi todos son actores, pero no me importaría incluir a Raúl en mi lista. Nadie puede resistirse a él, y menos una mujer tan encantadora como tú.

—Me siento fatal.

—No tienes por qué. Competir con Raúl servirá para mejorar mi reputación, en el caso de que llegue a saberse.

—Lo siento.

—No tienes por qué —insistió Gordon, y le dio un beso en la mejilla —. Pero ten cuidado con él.

—No volveré a verle nunca más. No sabe nada de mí.

—Para un hombre como él, eso es un simple detalle.

A Estelle se le pusieron los pelos de punta al recordar que le había dicho su nombre.

—Tú ahora péinate y maquíllate para que bajemos a desayunar. Y, si alguien dice algo sobre lo que pasó anoche, límitate a reírte y a encogerme de hombros —le recomendó Gordon.

Fue un alivio poder disimular su sonrojo con el maquillaje. Estelle se puso una minifalda y unos tacones, se recogió el pelo en una cola de caballo y después se echó laca.

—Me siento como un payaso —le dijo a Gordon mientras miraba su reflejo en el espejo.

—Bueno, reconozco que a mí al menos me haces sonreír.

Raúl ya se había ido, de modo que lo único que tuvo que soportar Estelle durante el desayuno fueron algunas miradas asesinas de Araminta.

Por fin pudieron marcharse, pero Estelle no llegó a su casa hasta última hora de la tarde.

—Piensa en lo que te he dicho —le recordó Gordon a Estelle mientras salía del coche.

—Creo que ya he tenido suficientes emociones para todo un año —admitió Estelle mientras se despedía de él.

Entró por fin en territorio familiar y suspiró antes de anunciar a Ginny que ya estaba en casa.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó a su amiga cuando entró en el salón.

—¡Fatal! Voy a irme un par de días a mi casa. Mi padre vendrá a recogerme. Necesito a mi madre, sopa casera y mimos. ¿Y a ti cómo te ha ido?

—Bien —se limitó a responder.

No estaba de humor para contarle a Ginny todo lo que había pasado.

—Gordon ha sido encantador.

—Ya te dije que no tenías nada por lo que preocuparte.

—Pero estoy agotada. No me dijiste que Gordon tenía apnea. Me llevé el susto de mi vida cuando entré en la habitación y le vi pegado a una máquina.

—La verdad es que se me olvidó —contestó Ginny riendo—. Tu hermano te ha llamado varias veces.

El teléfono volvió a sonar. Al ver que era su hermano, a Estelle le dio un vuelco el corazón.

—A lo mejor ha conseguido ese trabajo.

Pero no fue así.

—Lo supe el viernes —le explicó Andrew—, pero no tuve valor para decírtelo.

—Ya saldrá algo.

—No sirvo para nada. No sé qué hacer, Estelle. Les he pedido a los padres de Amanda que nos ayuden... —se le quebró la voz. Estelle sabía el daño que aquello tenía que haberle hecho a su orgullo—. Pero no pueden.

—Seguro que encuentras algo —pero hasta a ella misma le costaba parecer convincente—. Lo único que tienes que hacer es seguir buscando trabajo.

—Lo sé —soltó una bocanada de aire, intentando recuperar la compostura—. Pero ya está bien de hablar de mí. Ginny me ha dicho que estabas en Escocia. ¿Qué hacías allí?

—He ido a una boda.

—¿De quién?

—Mañana te lo contaré.

—¿Mañana?

—Quiero hablar contigo de algo.

Un coche paró fuera de la casa y Ginny se levantó.

—Andrew, tengo que colgar —le dijo Estelle—. Te llamaré mañana.

Estelle no sabía cómo decirle a Andrew que tenía dinero para él, pero, en cualquier caso, el pago de un mes de hipoteca sería solo una ayuda provisional. Se alegraba de que Ginny se fuera unos días porque necesitaba tiempo para pensar en su situación.

En la biblioteca le habían ofrecido más horas de trabajo. A lo mejor podía aplazar los estudios e irse a vivir con Andrew y con Amanda durante un año, pagarles el alquiler y quizá incluso aceptar la oferta de Gordon.

—Muchas gracias por lo de anoche, Estelle —le dijo Ginny antes de irse.

Ginny agarró el bolso, salió y se metió en el coche de su padre sin fijarse en el lujoso coche que había aparcado en la carretera.

Pero Raúl sí se fijó en ella y frunció el ceño al ver a Virginia, la acompañante de Gordon, meterse en el coche de otro hombre. Después de lo que le había revelado su padre, ya nada le sorprendía, pero sintió una extraña decepción al pensar que Virginia y Estelle estaban juntas con Gordon. No le gustó la imagen que aquello conjuraba, así que se decidió por una versión más digerible: que Estelle no había conocido a Gordon en el Dario's y, en realidad, Virginia y ella trabajaban para la misma agencia de acompañantes.

Él necesitaba una mujer dura, se dijo Raúl a sí mismo, una mujer capaz de separar el sexo de los sentimientos, que comprendiera que le proponía una oportunidad de mejorar sus finanzas y que no le estaba haciendo una proposición romántica. Pero se estaba aferrando al volante con tanta fuerza que tenía los nudillos blancos. Desde la noche anterior, sentía un vacío en el estómago cada vez que imaginaba a Estelle con Gordon. Estelle estaría mucho mejor con él.

—¿Te has olvidado al...? —a Estelle se le quebró la voz al ver que no era Ginny la que llamaba a la puerta.

A Raúl le había gustado más la noche anterior en el balcón, pero el aspecto que tenía en aquel momento, maquillada y con minifalda, le facilitaba las cosas.

—¿Qué quieres? —le increpó Estelle en cuanto le vio.

—Quería disculparme por lo que te dije anoche. Creo que no me expresé correctamente.

—Y yo creo que dejaste las cosas perfectamente claras —tomó aire—. Disculpas aceptadas. Y ahora, si me perdonas...

Tenía la mano preparada para cerrar la puerta. Raúl solo contaba con unos segundos y sabía que tenía que aprovecharlos. No había tiempo para mensajes equívocos.

—Tenías razón, no quería que volvieras con Gordon, pero no solo...

—la puerta comenzó a cerrarse, de modo que Raúl le dijo lo que pretendía—: Quiero pedirte que te cases conmigo.

Estelle soltó una carcajada. Después de la tensión de las últimas veinticuatro horas, de la llamada de su hermano y de la sorpresa de encontrarse a Raúl en la puerta de su casa, lo único que pudo hacer fue echar la cabeza hacia atrás y soltar una carcajada.

—Lo digo en serio.

—Sí, claro. Y también hablabas en serio anoche, cuando me dijiste que no querías casarte nunca.

—No quiero casarme por amor, pero necesito una esposa. Quiero casarme con alguien que sepa lo que quiere y esté dispuesta a hacer todo lo posible para conseguirlo.

Ahí estaba de nuevo la insinuación, comprendió Estelle. Estaba a punto de cerrar la puerta, pero entonces vio el cheque que Raúl tenía en la mano y la cantidad que le ofrecía. No podía estar hablando en serio. Pero alzó la mirada y comprendió que posiblemente sí, que estaba dispuesto a pagar por sus servicios, igual que Gordon.

—Mira, pienses lo que pienses, Gordon y yo...

—¿No deberías decir Gordon, Virginia y yo? —la vio palidecer—. Acabo de verla salir. ¿Salís las dos con él?

—No tengo por qué darte ninguna explicación.

—Tienes razón.

—¿Cómo te has enterado de dónde vivo?

—Revisé tu bolso cuando estabas bailando con Gordon.

Estelle parpadeó. Era sincero, brutalmente sincero. Y, sí, no podía evitarlo, despertaba su curiosidad.

—¿Vas a invitarme a entrar o tenemos que seguir hablando aquí? Solo te pido diez minutos, si después quieres que me vaya, lo haré y no volveré a molestarte nunca más.

Hablaba en un tono de total profesionalidad. Era evidente que para él aquello solo era un negocio y asumía que también lo era para ella.

—Diez minutos —le dijo Estelle, y abrió la puerta.

Raúl miró a su alrededor. Aquella parecía la típica casa de estudiantes, pero no podía decirse que Estelle fuera la típica estudiante.

—¿Estás estudiando?

—Sí.

—¿Puedo preguntar qué?

Estelle vaciló un instante.

—Arquitectura antigua —respondió por fin.

—¿De verdad? —no era la respuesta que esperaba.

Estelle le ofreció asiento y Raúl se sentó. Ella se sentó en el otro extremo de la habitación. Y Raúl fue al grano.

—¿Te he dicho que mi padre está enfermo? —preguntó. Estelle

asintió—. Lleva mucho tiempo pidiéndome que siente la cabeza y, ahora que se acerca su muerte, está cada vez más empeñado en que se cumplan sus deseos. Está convencido de que una esposa me ayudará a amansarme.

Estelle no dijo nada. Se limitó a mirar a aquel hombre al que dudaba que nadie pudiera amansar. Había saboreado su pasión y había oído hablar de su reputación. Desde luego, una alianza de matrimonio no habría impedido lo que había pasado la noche anterior.

—¿Recuerdas que te conté también que mi padre me acababa de revelar que tenía otro hijo?

Estelle volvió a asentir.

—También me dijo que si no sentaba la cabeza, le dejaría su parte del negocio a mi... a Luka. Y yo me niego a permitir que eso suceda. Por eso he venido a hablar contigo esta noche.

—¿Y por qué no hablas con Araminta? Estoy segura de que estará encantada de casarse contigo.

—Lo pensé, pero hay varias razones en contra. La principal es que le costaría mucho asumir que esto solo es un negocio. Creo que aceptaría, pero con la esperanza de que surgiera el amor con el tiempo y de que quizá un niño me hiciera cambiar de opinión. Por eso he venido a hablar contigo. Al fin y al cabo, eres una mujer que entiende sobre determinados negocios.

—Creo que tienes una idea equivocada sobre mí.

—No he venido a juzgarte. Al contrario. Admiro a las mujeres capaces de separar el amor del sexo.

No comprendió la sonrisa irónica que esbozó Estelle. «¡Si él supiera!», pensó ella.

—Además, hay atracción entre nosotros. Supongo que para ti eso también es una ventaja.

Estelle resopló. Prácticamente, le estaba diciendo que era una prostituta, y estaba en una situación en la que no podía negarlo.

—A los dos nos gustan las fiestas y vivir a mil por hora, aunque también sabemos tomarnos las cosas en serio —continuó diciendo Raúl.

Estaba equivocado en lo de vivir a mil por hora, pero Estelle sabía que si lo admitía se iría inmediatamente. Y sí, se sentía atraída por él. De hecho, todavía aspiraba a disfrutar de un momento de paz para poder procesar el baile y el beso que habían compartido el día anterior.

—Estelle, he hablado con el médico de mi padre. Se morirá en cuestión de semanas. Solo tendrías que marcharte durante una temporada.

—¿Marcharme?

—Vivo en Marbella.

—Raúl, tengo una vida aquí. Mi sobrina está enferma. Estoy estudiando...

—Podrás retomar tus estudios convertida en una mujer rica. Y, por supuesto, vendrás regularmente a tu casa.

Raúl la miró recordando el consuelo que le había proporcionado la noche anterior, incluso antes de besarla. Podía no importarle, pero no le gustaba la vida que llevaba. De pronto, por motivos que tenían muy poco que ver con su padre, quería que Estelle aprovechara aquella oportunidad.

—No te juzgo, Estelle, pero podrías empezar de cero. Podrías llevar la vida que quieres sin tener que preocuparte por tener que pagar el alquiler.

Estelle se levantó y se acercó a la ventana. No quería que viera las lágrimas que arrasaban sus ojos. Por un momento, Raúl había hablado como si de verdad la apreciara.

—Desde luego, no tendrás que organizar mis fiestas ni cocinar para mí. Yo me paso el día trabajando. Podrás dedicarte a ir de compras. Y saldremos a cenar todas las noches. Podrás elegir las fiestas a las que quieres ir. Te aseguro que no te aburrirás.

Evidentemente, Raúl no sabía absolutamente nada sobre ella.

—Cuando muera mi padre, después de un tiempo prudencial, admitiremos que nuestro repentino matrimonio no pudo sobrevivir al dolor de su muerte y que tenemos que separarnos. Nadie sabrá nunca que te casaste por dinero. Eso también figurará en el contrato.

—¿Un contrato?

—Por supuesto. Un contrato que nos proteja a los dos. Le pediré a mi abogado que venga para que podamos reunirnos mañana al mediodía.

—No pienso aceptar. Mi hermano nunca me creerá.

—Hablaré yo con él.

—¿Y crees que a ti te creerá? ¿Que se creerá que nos conocimos ayer y nos enamoramos locamente? Hará que me inhabiliten por loca antes de dejar que me marche con un extraño...

—Nos conocimos el año pasado —Raúl interrumpió su diatriba—, cuando estuviste en España. Entonces nos enamoramos, pero, con el accidente de tu hermano, aquel no era el momento de hacer planes, así que decidimos dejarlo. Hace unas semanas, volvimos a encontrarnos y yo tuve claro que no pensaba dejarte marchar.

—No quiero mentirle a mi hermano.

—¿Siempre dices la verdad? —le preguntó Raúl—. ¿Eso quiere decir que sabe lo de Gordon?

—Muy bien —le interrumpió. Por supuesto, había cosas que su hermano no sabía—. ¿Y tu familia se lo creerá?

—Antes de enterarme de que mi padre llevaba una doble vida, le hice creer que estaba teniendo una relación seria con una persona con la que había salido tiempo atrás. No era en ti en quien estaba pensando, pero eso ellos no lo saben.

El ceño de Estelle se suavizó al comprender que no era del todo imposible. Raúl comprendió que aquel era el momento de marcharse.

—Consúltalo con la almohada. Por supuesto, hay otras cosas que debo decirte, pero no estoy dispuesto a hablar de ello hasta que nos casemos.

—¿Qué clase de cosas?

—Nada que pueda afectarte. Solo son cosas que una esposa enamorada debería saber. Es algo que jamás revelaría a nadie en quien no confiara.

—¿O a quien no pagaras?

—Sí —colocó el cheque sobre la mesita del café y le tendió dos tarjetas—. Una es del hotel en el que nos alojaremos mi abogado y yo. Tengo reservada una habitación que utilizaré como despacho. En la otra tienes los detalles sobre cómo ponerte en contacto conmigo... por ahora.

—¿Por ahora?

—Mañana cambio de número de teléfono. ¡Ah! Y otra cosa —le acarició la mejilla con el dedo y contempló aquellos labios llenos que tanto había disfrutado besando—. Durante el tiempo que dure nuestro contrato, no habrá nadie más...

—No va a haber ningún contrato.

—Bueno, si cambias de opinión... —le tendió un sobre—, a lo mejor necesitas esto.

Estelle abrió el sobre y se quedó mirando fijamente la fotografía que les habían hecho la noche anterior. Raúl tenía el brazo apoyado en el respaldo de su silla y sonreía con los ojos fijos en ella mientras Estelle reía. Seguramente sabía que estaba allí el fotógrafo, comprendió Estelle. Parecía haber tramado todo aquel plan la noche anterior. Comprendió entonces hasta dónde era capaz de llegar para salirse con la suya.

—¿También fuiste tú el responsable de la llamada de teléfono que obligó a salir a Gordon?

—Por supuesto.

—¿Ni siquiera vas a intentar negarlo?

—¿Prefieres que te mienta?

Estelle desvió la mirada hacia la repisa de la chimenea, hacia la fotografía en la que aparecían su hermano y Amanda sosteniendo a una diminuta y frágil Cecilia. Estaba cansada de luchar, pero le parecía increíble estar considerando la posibilidad de aceptar su oferta. Sin embargo, había considerado la oferta de Gordon, se dijo. Al

día siguiente, iría a ver a su hermano, le diría que pensaba aplazar los estudios y se iría a vivir con ellos.

Ya había decidido dar un vuelco a su vida. Lo que Raúl le ofrecía también sería un vuelco, pero bastante más espectacular.

Se dirigió a la cocina con la excusa de preparar un café, pero, en realidad, necesitaba pensar.

Raúl iba a comprarla.

Estelle cerró los ojos con fuerza. Aquello iba en contra de todo lo que creía, pero no era solamente el dinero lo que la tentaba. Había algo más. Tener a un hombre como Raúl como primer amante. La idea de compartir su cama, su vida, durante un tiempo, era tan tentadora como el cheque que le había firmado. Estelle resopló, excitada ante la idea de acostarse con él. Pero sabía que, si Raúl se enteraba de que era virgen, se acabaría la posibilidad de firmar aquel acuerdo.

—No hagas para mí.

Raúl estaba en la puerta de la cocina, observándola mientras ella echaba café instantáneo en dos tazas.

—Dejaré que pienses en ello. Si no vienes a la cita, anularé el cheque. Como ya te he dicho, mañana cambio de número de teléfono. Si cambias de opinión después, será demasiado tarde.

Realmente, y Estelle lo sabía, aquella era una oportunidad con la que uno se encontraba una sola vez en la vida.

Capítulo 8

—Tu familia podrá venir a la boda. Yo hablaré con tus padres y con tu hermano.

Estaban sentados en el despacho del abogado de Raúl, revisando numerosos detalles que tenían a Estelle al borde de la histeria, pero que eran tratados de una forma muy fría y precisa.

—Mis padres están muertos —le recordó Estelle en tono muy práctico. No buscaba la compasión de Raúl—. Y mi hermano y su esposa no podrán asistir. Cecilia está muy enferma.

—Pero debería venir algún invitado de tu parte.

—¿Porque si no tu familia no nos creará? —había cierto tono burlón en su voz, aunque estaba intentando controlarse.

Al fin y al cabo, había sido ella la que había decidido estar allí. Pero el recuerdo de sus padres y de Cecilia le había provocado un nudo en la garganta, y también el comprender que tendría que estar sola durante aquella boda.

—No tiene nada que ver con eso. Es el día de tu boda y es posible que te cueste estar sola.

—¡Oh, por favor! —respondió Estelle, decidida a no mostrar su temor—. Estaré perfectamente.

—Muy bien —Raúl asintió—. Será una boda sencilla, pero tradicional. La prensa se volverá loca, llevan mucho tiempo esperando a que me case, pero no diremos nada hasta después de la boda.

Estuvieron hablando durante horas, fijando cada detalle. Estelle insistió en elegir su propia ropa, pero Raúl replicó con un agrio:

—Tengo que pensar en mi reputación.

Acordaron que Estelle podría visitar a su familia una semana al mes durante el tiempo que durara el contrato.

—Estoy seguro de que los dos necesitaremos espacio —fue la explicación de Raúl.

Y tuvieron también una conversación extremadamente incómoda, al menos para Estelle, sobre la regularidad de las relaciones sexuales, métodos anticonceptivos y revisiones médicas. Raúl no parecía ni mínimamente afectado.

—En el caso de que hubiera un embarazo... —comenzó a decir el abogado.

Raúl le interrumpió con un tono ligeramente amenazador.

—No habrá ningún embarazo. No creo que mi futura esposa sea tan

tonta como para intentar atraparme de esa forma.

—No tengo ninguna intención de quedarme embarazada —Estelle rio nerviosa, horrorizada ante la perspectiva de un embarazo.

Había visto el estrés al que habían estado sometidos Andrew y Amanda, y eso que ellos estaban profundamente enamorados.

—Podrías cambiar de opinión, decidir que te gusta mi estilo de vida y no querer renunciar a él —Raúl miró a su abogado—. Sí, habría que dejarlo claro por si se diera el caso.

—Absolutamente —dijo el abogado.

No podía estar más claro que aquel era un asunto estrictamente de negocios. Estelle permanecía sentada observando con frío distanciamiento, mientras Raúl aseguraba que mantendría al hijo que pudieran tener solo en el caso de que viviera en España.

—Bueno, creo que con esto ya está todo cubierto —dijo el abogado.

—No del todo —Estelle se aclaró la garganta—. Me gustaría que quedara claro que no nos acostaremos hasta después de la boda.

—No hace falta establecer algo tan absurdo —protestó Raúl.

—Yo he aceptado todas tus condiciones —le miró fríamente. Aquella era la única manera de sacar adelante aquel plan. Si Raúl se enteraba de que era virgen, la reunión podía terminar en ese mismo instante—, supongo que no te costará aceptar una mía. Me gustaría poder disfrutar de algún tiempo libre antes de empezar a... trabajar.

Vio que Raúl tensaba ligeramente la barbilla cuando le dejó claro que para ella aquello solo era un trabajo.

—Muy bien, pero es posible que cambies de opinión.

—No lo haré.

—Vendrás a Marbella un par de días antes de la boda. Yo estaré en el yate, de fiesta, como corresponde a un novio antes de la boda. Y tú tendrás tu propio apartamento —esperó a que ella asintiera y se volvió entonces hacia su abogado—. Haz un borrador.

Raúl y Estelle esperaron en un elegante salón mientras el abogado trabajaba, pero Estelle no podía relajarse.

—Estás muy tensa.

—No todos los días me ofrecen un millón de dólares. Ni me voy a vivir a Marbella.

—Te encantará. La vida nocturna es fantástica.

Estelle volvió a pensar en lo poco que la conocía.

—¿Cómo murieron tus padres? —preguntó Raúl. Estelle tensó los hombros—. Mi familia querrá saberlo.

—En un accidente de coche —contestó Estelle, volviéndose hacia él—. Como tu madre.

Raúl abrió la boca para decir algo, pero cambió de opinión.

—Espero que todo el mundo nos crea —musitó Estelle.

—¿Y por qué no van a creernos? Mantendremos la mentira incluso

cuando nos divorciemos. Comprendes que hay una cláusula de confidencialidad, ¿verdad? Nadie sabrá nunca que este es un matrimonio de conveniencia.

—Por lo menos por mi parte —la posibilidad de que alguien lo averiguara la aterraba—. Solo será un romance vertiginoso y un matrimonio que no ha funcionado.

—Muy bien —dijo Raúl—. Y, Estelle... aunque nos llevemos bien, aunque te guste...

—No te preocupes, Raúl, no voy a enamorarme de ti. Me mantendré fuera de tu vida, tal como dispone el contrato.

Capítulo 9

Raúl tenía razón.

Estelle estaba en el balcón de su lujoso apartamento, mirando hacia el puerto la mañana del día de su boda, y se sentía completa y absolutamente abrumada.

Había llegado a Marbella dos días atrás y apenas había parado desde entonces. Al entrar en aquel enorme apartamento, había podido hacerse una idea de la riqueza de Raúl. Disponía de cualquier capricho imaginable, desde un jacuzzi hasta una sauna. También tenía un amplio guardarropa. La única pega era que los armarios de la cocina y la nevera estaban vacíos.

—Si no quieres salir, puedes llamar al Café del Sol —le había dicho Raúl—, te traerán lo que quieras.

Lo único que le resultaba familiar era la fotografía que les habían hecho en la boda de Donald, elegantemente enmarcada en una pared. Pero hasta la fotografía había sido manipulada para que el maquillaje pareciera más discreto y el escote menos revelador.

Aquel había sido un duro recordatorio de que la consideraba una prostituta.

Raúl sabía con qué tipo de mujer quería casarse, que no era la mujer a la que había conocido, así que Estelle había tenido que ir a un salón de belleza para hacerse un tratamiento en el pelo y recibir clases de maquillaje.

—No necesito que me enseñen a maquillarme —había protestado Estelle.

—Claro que sí —había respondido Raúl—, es preferible ser más sutil.

Estelle tenía que acordarse constantemente de comportarse como la mujer que él pensaba que era. Una mujer que se mostraba encantada con su nuevo guardarropa y a la que no le importaba que Raúl le recomendara echarse un protector solar con un factor cincuenta plus porque le gustaba su piel pálida.

Pero no era aquello lo que la preocupaba aquella mañana, mientras contemplaba los lujosos yates del puerto. Aquella noche estaría en el yate de Raúl. Y compartiría su cama. Estelle no estaba segura de qué le daba más miedo, si perder la virginidad o que Raúl averiguara que nunca se había acostado con nadie.

La noche anterior, antes de salir a disfrutar de su última noche de

soltero, Raúl le había dado un beso lento y profundo. El mensaje que le había enviado con la lengua había sido de lo más explícito.

—¿Por qué quieres hacerme esperar? —le había preguntado.

Esa misma noche lo averiguaría.

—Tiene una llamada de teléfono —Rosa, el ama de llaves, le llevó el teléfono al balcón.

Era Amanda, su cuñada.

—¿Cómo estás? —le preguntó.

—Aterrorizada —era preferible ser sincera.

—Todas las novias lo están —contestó Amanda—, pero Raúl te cuidará.

Raúl había conseguido encandilar a Amanda, aunque no había podido ganarse del todo a Andrew.

—¿Cómo es el vestido? —le preguntó Amanda.

—Precioso. Más bonito incluso de lo que imaginaba.

Era lo único que le habían permitido decidir a ella. Lo había hecho todo por teléfono y por Internet, y los arreglos finales se habían hecho cuando había llegado a Marbella.

—¿Cómo está Cecilia? —preguntó, desesperada por tener noticias de su sobrina.

—Todavía está durmiendo. Pero, cuando se despierte, voy a vestirla para la boda, le haré una foto y te la enviaré. Aunque no podamos estar allí contigo, sabes que estaremos pensando en ti.

—Sí, lo sé.

—Y, aunque no somos hermanas, para mí es como si lo fueras.

—Gracias —dijo Estelle con los ojos llenos de lágrimas—. Para mí, tú también eres como una hermana.

No eran palabras vacías. Habían pasado muchas horas juntas en la sala de espera del hospital durante aquel año.

—¿Están llamando a la puerta? —preguntó Amanda al oír el sonido de un timbre.

—Sí, pero no te preocupes, ya abrirán.

—¿Tienes mayordomo?

—¡No! —Estelle se echó a reír, tragándose las lágrimas—. Solo tengo al ama de llaves de Raúl. Aunque esto pronto va a empezar a llenarse de gente, tiene que venir la peluquera...

Se volvió al oír su nombre y se quedó boquiabierta al ver a su hermano cruzando la puerta.

—¡Andrew!

—¿Así que está allí? —preguntó Amanda entre risas y volvió a ponerse seria—. Siento mucho no poder estar allí contigo. Pero con Cecilia...

—Gracias —dijo Estelle, y rompió a llorar.

—Cero que se alegra de verme —bromeó Andrew, haciéndose cargo

del teléfono.

Habló un momento con Amanda y colgó.

—¡No me puedo creer que estés aquí! —exclamó Estelle.

—Raúl me dijo que necesitarías tener a alguien cerca y, por su puesto, yo quería estar contigo. Me ha asegurado que, si le pasa algo a Cecilia, dispondré de todos los medios para regresar.

A Estelle le costaba creer que hubiera hecho algo así por ella. Hasta ese momento, no había sido consciente de lo asustada que estaría aquel día. Pero, al parecer, Raúl sí.

—¿Cuándo llegaste?

—Ayer por la noche. Estuvimos en el Café del Sol.

—¿Saliste con Raúl?

—Desde luego, sabe cómo disfrutar de una fiesta —Andrew sonrió—. Yo ya lo había olvidado.

Aunque Estelle estaba haciendo todo aquello por su hermano y por su esposa, no había considerado aquel entre los muchos beneficios que les reportaría su boda. El que su hermano, que estaba teniendo serios problemas para aceptar que nunca volvería a caminar, fuera capaz de volar en avión hasta España.

—Tengo algo para ti.

Estelle se mordió el labio, esperando que no se hubiera gastado un dinero que no tenía en un regalo para una boda ficticia.

—¿Te acuerdas de esto? —dijo Andrew mientras Estelle abría una cajita. «Esto» eran unos diamantes diminutos que habían pertenecido a su madre—. Papá se los compró a mamá para el día de su boda.

Estelle nunca se había sentido más falsa.

—Ya está bien de llorar —dijo Andrew—. Hay que prepararse por la boda.

Raúl rara vez se ponía nervioso, pero, curiosamente, mientras permanecía ante el altar esperando a Estelle, lo estaba.

Su padre casi se había creído su historia, y el futuro de Raúl en la empresa estaba asegurado, pero, en vez de regodearse por el hecho de que sus planes estuvieran saliendo como había previsto, solo podía pensar en los motivos que le habían llevado a dar aquel paso.

Volvió ligeramente la cabeza y vio a Ángela en medio de la iglesia. Estaba sentada al lado de su padre. La familia de su madre todavía no estaba al tanto del papel que había jugado en la vida de su padre, ni tampoco en la muerte de su madre.

Raúl miró hacia delante, furioso por el hecho de que Ángela hubiera tenido el valor de presentarse allí. Después, al oír el murmullo que se levantaba entre la congregación, giró la cabeza. La rabia desapareció para ser sustituida por un único pensamiento: Estelle estaba preciosa.

El vestido era de encaje de color crema. Era ajustado y mostraba sus curvas, pero de una forma muy elegante. Llevaba un ramo de flores de azahar y los labios pintados de color coral claro.

—Estás guapísima —le dijo cuando llegó a su lado, y era absolutamente cierto.

Estelle estaba visiblemente temblorosa y Raúl intentó bromear para tranquilizarla.

—Pero, como costurera, eres un desastre.

Estelle bajó la mirada hacia la camisa de Raúl y compartieron una sonrisa. A pesar de lo poco que se conocían, consiguieron encontrar un recuerdo común ante altar. Raúl estaba haciendo referencia a la conversación que habían mantenido cuando le había comentado a Estelle que la tradición mandaba que la novia le bordara la camisa al novio.

—¡No voy a casarme con un millonario para sentarme a coser! —le había contestado ella.

Raúl se había echado a reír y le había dicho que las novias ya no bordaban toda la pechera de la camisa, sino solo una pequeña parte en la que podría poner lo que quisiera.

Él casi esperaba encontrarse con que Estelle le bordara el símbolo del euro, pero, aquella mañana, cuando se había puesto la camisa, había visto una piña diminuta en la pechera. Raúl todavía no había averiguado lo que significaba, pero le gustó ver que Estelle se relajaba.

Se arrodillaron juntos y, a lo largo de la celebración, Raúl fue explicándole en voz baja la ceremonia.

—El lazo —le dijo Raúl cuando le colocaron un lazo sobre los hombros que extendieron hasta llegar a los de ella.

El sacerdote les explicó entonces que el lazo que los unía simbolizaba la responsabilidad que ambos compartían en aquel matrimonio y que permanecería allí durante toda la ceremonia.

Pero no durante toda la vida, pensó Estelle.

Se sentía como un fraude. Y lo era, pensó mientras sentía cómo iba creciendo el pánico. Pero Raúl le tomó la mano y la miró a los ojos como si hubiera notado que se había puesto repentinamente nerviosa.

—Ahora te está pidiendo que le entregues las arras —le explicó.

Estelle entregó entonces la pequeña bolsita que Raúl le había dado cuando había llegado a su lado. Contenía trece monedas que simbolizaban el compromiso de mantenerla. Aquella era la única parte sincera de la ceremonia, pensó mientras el sacerdote bendecía las monedas.

—Tranquilízate —le susurró Raúl—. Estamos juntos en esto.

Pero se hubiera sentido mucho más segura si hubiera estado sola.

Cuando terminó la ceremonia, salieron de la iglesia y fueron recibidos por los vítores de los invitados y una lluvia de arroz y

pétalos de rosa. Raúl posó la mano en su cintura y la tensó con fuerza cuando Estelle estuvo a punto de salir corriendo al oír una explosión.

—Son fuegos artificiales —le dijo—. Lo siento, había olvidado avisarte.

Y también los habría más tarde, pensó Estelle, cuando se acostaran y le dijera la verdad.

La celebración de la boda fue maravillosa, una fiesta interminable en la que se bailó hasta el amanecer y recibieron todo tipo de felicitaciones. Estelle conoció allí a Paola y a Carlos, los tíos de Raúl, que le hablaron de la madre de este.

—Se habría sentido muy orgullosa de su hijo si hubiera estado hoy aquí —le dijo Paola—, ¿verdad, Antonio?

Estelle se fijó en lo amables que se mostraron con el padre de Raúl y con Ángela, que estaba sentada con ellos.

—Mi hijo tiene un gusto excelente —la alabó Antonio, y le dio un beso en la mejilla.

Estelle le había conocido el día anterior y, aunque había sido Raúl el que se había encargado de contestar la mayor parte de sus preguntas, ambos habían visto en sus ojos la sombra de la duda sobre su relación. Una duda que poco a poco iba desvaneciéndose.

—Me alegro de ver tan feliz a mi hijo.

Y, realmente, Raúl parecía feliz.

Raúl le sonrió mientras compartían su primer baile como marido y mujer con todos los invitados como testigos.

—¿Te acuerdas de nuestro primer baile? —le preguntó.

—Bueno, no vamos a repetirlo esta noche.

—No, todavía no —Raúl bajó la mirada e interpretó su sonrojo como fruto de la excitación.

Jamás podría imaginarse su miedo.

—Me muero de ganas de estar dentro de ti.

Raúl le acarició el brazo desnudo y ella se estremeció al pensar en lo que la esperaba. Se preguntaba si aquellos ojos dulcificados por el deseo terminarían oscurecidos por la furia.

—Raúl...

Aquel no era el mejor momento para decírselo, pero prefería hacerlo estando rodeados de gente.

—Estoy muy nerviosa por lo que va a pasar esta noche —confesó.

—¿Y por qué estás nerviosa? Pienso cuidar de ti.

Y era cierto, decidió Raúl. La monogamia nunca le había emocionado, pero quería cuidar a Estelle. Impulsado por una repentina necesidad de protegerla, tensó los brazos a su alrededor. Sintió de nuevo su nerviosismo e intentó hacerla sonreír.

—¿Puedo preguntarte por qué has bordado una piña en la camisa?
—le susurró al oído.

—¡Es un cardo! —asomó a sus labios una sonrisa—. La flor nacional de Escocia.

Raúl se descubrió a sí mismo sonriendo.

—¡Llevo todo el día intentando imaginar lo que podía significar esa piña!

Estelle se echó a reír y Raúl se descubrió a sí mismo sonriendo también. Bajó la cabeza y la besó suavemente.

Era algo esperable, por supuesto. ¿Qué novio no besaba a la novia? Desde que Raúl le había hecho aquella propuesta, Estelle había dudado muchas veces sobre la moralidad y la viabilidad de aquel proyecto. Pero, cuando Raúl la besó, cuando sintió el calor de sus labios y la caricia de su mano en la espalda, fueron las dudas sobre su propia capacidad para llevarlo a cabo las que la asaltaron. De pronto, se descubrió preocupada por su corazón.

Fue el momento. Fue el hecho de tener allí a su hermano. Todo pareció conjurarse para que se sintiera como si todo aquello fuera real, como si de verdad se quisieran.

Minutos después, se disculpó para ir al cuarto de baño. Necesitaba recomponerse. Desgraciadamente, para una novia no era fácil esconderse el día de su boda.

—¿Estelle? —Estelle se volvió al oír una voz—. Soy Ángela, la asistente del padre de Raúl.

—Raúl me ha hablado de ti —respondió Estelle con cuidado.

—Estoy segura de que lo que te ha dicho no es muy halagador —tenía los ojos llenos de lágrimas—. Estelle, no sé qué creer...

—¿A qué te refieres?

—A este matrimonio tan repentino —Ángela estaba siendo tan honesta con ella como lo era con Raúl—. Pero sé que Raúl parece más feliz de lo que lo ha sido nunca. Si quieres a tu marido...

—¿«Si»?

—Perdóname. En nombre del amor que le tienes a tu marido, quiero pedirte algo. No lo hago por mí, ni siquiera por Antonio. Piense lo que piense Raúl, le quiero y me gustaría que viniera a vernos y que pudiéramos ser una verdadera familia, aunque sea durante muy poco tiempo.

—Eso podrías haberlo intentado hace mucho tiempo —contestó Estelle con la lealtad que Raúl esperaba de su esposa.

—Quiero que haga las paces con su padre mientras esté todavía a tiempo. No quiero que se sienta culpable cuando muera su padre. Sé lo mal que se siente por lo que le ocurrió a su madre.

Estelle parpadeó sin saber qué responder. ¿Por qué tenía que sentirse Raúl culpable? Cuando su madre había muerto, él solo era un

niño.

—Yo siempre he querido mucho a Raúl. Para mí ha sido como un hijo.

—Entonces, ¿por qué has tardado tanto en decirle la verdad? —quizá fuera por la emoción del día, pero las lágrimas que afloraron a los ojos de Estelle fueron completamente reales—. Si tanto le querías...

Se interrumpió bruscamente. Aquel no era el momento de preguntarlo y, desde luego, Raúl no le iba a agradecer que indagara en su vida. Estaba allí para garantizar que heredara el negocio de su padre, y haría bien en recordarlo.

—Y le quiero. Desde la distancia, siempre le he querido como a un hijo.

—¿Desde la distancia? —repitió Estelle con amargura.

Giró sobre los talones y regresó directamente a los brazos de Raúl.

—Ángela quería que habláramos de ti y no sé si lo he manejado bien —le explicó.

—Ya hablaremos de eso más tarde —había visto a Ángela seguirla al cuarto de baño—. Ahora tenemos que repartir los recuerdos de la boda a los invitados.

Como marcaba la tradición, los novios tenían que despedir personalmente a todos los invitados y ser los últimos en marcharse. Antonio, cansado, fue el primero en irse, y Estelle sintió que Raúl tensaba la mano alrededor de la suya al ver a su padre yéndose con Ángela.

—Ha sido genial —dijo Andrew mientras se disponía a dirigirse al hotel en el que se alojaba—. En cuanto Cecilia esté bien y me ponga a trabajar, vendremos a verte.

—Por supuesto —dijo Estelle.

Se inclinó para darle un abrazo y permaneció a su lado mientras Raúl le estrechaba la mano.

—Cuida de mi hermana —le pidió Andrew.

—De eso no tienes ni que preocuparte.

—Que disfrutéis de una maravillosa luna de miel.

Aparte de los empleados, ya solo quedaban Raúl y Estelle. La música continuó sonando mientras disfrutaban del último baile de la noche.

—Me ha ayudado mucho tener a Andrew a mi lado —reconoció Estelle—. Y no solo me has ayudado a mí.

Estelle comenzó a hablarle de la falta de confianza de Andrew, pero Raúl la interrumpió dándole un beso en el hombro.

—Ya está bien de hablar de los demás.

Estelle tragó saliva. Podía sentir los dedos de Raúl explorando su escote, mientras con otra mano recorría los botones que llegaban hasta la base de su espalda. Comprendió entonces que fingía estar

desnudándola mientras bailaban.

—Raúl...

Raúl comenzó a besarle la base del cuello. Estelle podía sentir la delicadeza de su succión y el calor de su lengua a medida que iba creciendo su excitación.

—Raúl, nunca me he acostado con nadie.

Raúl gimió contra su hombro y la estrechó con fuerza contra él, de manera que pudiera sentir plenamente su excitación.

—Lo digo en serio —insistió Estelle con voz temblorosa—. Serás mi primer amante.

—Vamos —le susurró él al oído—, vamos a jugar a las vírgenes.

Capítulo 10

Les llevaron en coche hasta el puerto. La mañana estaba a punto de llegar, pero a pesar de lo avanzado de la hora, las fiestas continuaban. Alberto, el capitán del barco, les dio la bienvenida y le presentó rápidamente al resto de la tripulación, pero Estelle apenas retuvo sus nombres. Mientras la tripulación brindaba por ellos, solo era capaz de pensar en lo que la esperaba.

—Mañana te lo enseñaré todo como es debido —le prometió Raúl tras despedir a sus empleados—. Pero ahora...

No había escapatoria. La atrajo hacia él y deslizó la lengua por su cuello. Ya había simulado desnudarla durante el baile, pero en aquel momento, estaba desatándole con mano experta el lazo que fijaba el escote del vestido.

Esperaba encontrarse con algún otro obstáculo, pero al ver que el vestido tenía un sujetador interior, soltó un gemido de aprobación mientras uno de los senos que habían alimentado su imaginación durante los días previos a la boda caía maduro sobre su mano.

—Raúl, podría entrar alguien...

—No, nadie va a molestarnos.

Raúl bajó la cabeza y lamió la pálida aureola del pezón, sorprendido por el hecho de que a Estelle le preocupara que pudieran verles. Los empleados del yate habían visto suficientes fiestas como para que una noche de miel palidciera frente a lo que ocurría habitualmente en el yate. Volvió a tomar el seno entre sus labios y sintió que Estelle intentaba apartarle. Aunque sorprendido en un primer momento por su reticencia, no tardó en recordar lo que creía su juego.

—Por supuesto —sonrió—, estás nerviosa.

La levantó en brazos y la llevó al camarote sin dejar de besarla durante todo el trayecto. Una vez allí, la dejó en el suelo y la hizo volverse para desabrochar los botones del vestido. Y continuó besando cada centímetro de piel que quedaba al descubierto.

Le quitó el vestido, los zapatos y las medias. Cuando comenzó a lamerle el sexo a través de la seda de las bragas, Estelle estuvo a punto de enloquecer. Raúl no la desnudó por completo hasta que la humedad que provocaba con la lengua igualó la humedad de la seda.

—Raúl...

Estelle posaba las manos sobre su cabeza intentando apartarle al tiempo que sus gemidos le instaban a continuar.

—Te deseo con locura —arrodillado frente a ella, buscó su clítoris y lo lamió una y otra vez mientras ella enredaba las manos en su pelo.

—¡Raúl...! —gimió Estelle—. Lo digo en serio. Nunca me he acostado con nadie.

Pero Raúl no la creía. Mientras alcanzaba el orgasmo bajo su boca, Estelle se dijo que a lo mejor no se daba cuenta, que a lo mejor no se enteraba. Porque, a pesar de su falta de experiencia, su cuerpo respondía. Lo sentía palpar contra su boca mientras él continuaba besándola suavemente, desesperado por hacer el amor con ella.

Se levantó entonces en toda su altura y se quitó la chaqueta.

Excitada, sin aliento y dejándose guiar por su instinto, Estelle le desató los botones de la camisa. Dejó que sus manos vagaran por su pecho y le lamió los pezones mientras le desataba el cinturón.

Raúl quería sentir sus dedos sobre la cremallera, quería que Estelle se diera prisa, pero ella prolongó el momento explorando su sexo a través de la tela del pantalón. La ya dolorosa erección se endureció todavía más con aquellas caricias.

—Estelle... —apenas podía pronunciar su nombre.

Afortunadamente, Estelle reconoció su urgencia, le bajó la cremallera, deslizó los dedos a lo largo de su sexo y palpó la delicada piel que ocultaba la fuerza de su erección. Le asustaba pensar que pronto estaría dentro de ella, pero deseaba al mismo tiempo que lo estuviera. Vio una gota plateada, la atrapó con el dedo y la extendió sobre el prepucio de Raúl, extasiada por su belleza.

Raúl cerró los ojos con una mezcla de frustración y placer. Quería sentir la presión de su mano sobre él y, al mismo tiempo, disfrutaba de aquella lenta exploración.

Se besaron profundamente. La lengua de Raúl parecía urgirle a moverse más rápido, la erección se tensaba ante el placer de los besos y él ya no aguantaba más.

—Te deseo.

Se lo dijo mientras la empujaba a la cama y la instaba a abrir las piernas.

—Intenta ser delicado.

Pero Estelle se retorció sensualmente bajo sus brazos, desmintiendo sus propias palabras. Su sexo estaba húmedo y lubricado mientras Raúl la acariciaba. Estaba a punto de alcanzar nuevamente el orgasmo y su súplica fue ignorada mientras Raúl intentaba abrirse paso en su interior.

—Ya es demasiado tarde para andarse con delicadezas.

Cuánto se arrepentiría Raúl de aquellas palabras al entrar dentro de ella.

Raúl la oyó sollozar e intentar ahogar un grito.

Estelle supo entonces lo tonta que había sido al pensar que podría

engañarle. Raúl desgarró la barrera, pero el dolor no cesó. Su fiera erección se abrió paso a través de unos músculos que ofrecían todo tipo de resistencia. Cuando ya era demasiado tarde, Raúl se detuvo. Se inclinó sobre ella mientras Estelle trataba de averiguar cómo respirar con Raúl en su interior.

Raúl intentó apartarse lentamente, pero Estelle le suplicó que no lo hiciera. Permaneció quieta, esperando a que cesara el dolor y sus músculos se adaptaran a aquella intromisión.

—Intentaré salir lentamente —propuso Raúl.

Se sentía enfermo por su propia brutalidad, y también culpable por el placer que experimentaba al sentirla caliente y tensa a su alrededor. Estaba a punto de llegar al orgasmo, pero estaba intentando contenerse.

—No —le pidió Estelle—, no te detengas.

Entrecerró ligeramente los ojos cuando Raúl se movió, pero cuando este se detuvo, su cuerpo pareció relajarse. El dolor comenzaba a ceder para ser sustituido por un calor palpitante, así que Estelle volvió a moverse, reconfortada al sentirlo dentro de ella.

—¿Estelle?

Raúl no quería parar, pero tampoco quería hacerle daño. Se movía lentamente dentro de ella y jadeaba como si ya hubiera alcanzado el clímax.

Estelle movió las manos hasta sus nalgas y las notó tensarse bajo sus dedos. Era ella la que estaba marcando los tiempos y, cosa curiosa en Raúl, él le permitió que lo hiciera.

Raúl no quería pensar en las muchas preguntas que tendría que hacer, solo quería concentrarse en el calor de su cuerpo alrededor de su sexo.

A Estelle se le aceleraba la respiración. Raúl sintió crecer la impaciencia dentro de ella, notó cómo aumentaba la presión de sus manos. Incapaz de seguir conteniéndose, embistió con fuerza. Estelle arqueaba el cuello mientras él iba profundizando en cada embestida y, cuando pudo llenarla plenamente, volvió a salir para hundirse nuevamente en ella hasta hacerla gemir.

Sus movimientos eran rápidos. Estelle le rodeó con las piernas, maravillada de que fuera su propio cuerpo el que pareciera tener el control. Se alzaba para Raúl, se movía junto a él mientras buscaban juntos el mismo objetivo.

Una vez perdida la inocencia, su cuerpo estalló en un orgasmo. Junto a Raúl, traspasó todas las fronteras del placer. Se sentía palpar alrededor de su cuerpo. Raúl continuó acariciándola en lo más profundo hasta hacerla gemir y, entonces, se liberó completamente dentro de ella.

Cuando todo acabó, Estelle le miró esperando todo tipo de

preguntas, pero Raúl se tumbó a su lado, le pasó el brazo por los hombros y la estrechó contra él.

—Debería habérmelo imaginado —la regañó.

—He intentado decírtelo.

—Estelle —le advirtió.

Estelle asintió en silencio, sabiendo que habría sido demasiado tarde decírselo aquella noche.

—Ya hablaremos mañana.

De momento, permanecieron abrazados, cansados y satisfechos, y ambos en una situación en la que nunca habrían pensado que podrían llegar a encontrarse: Estelle como una mujer que se había vendido por dinero y Raúl convertido en un hombre casado que acababa de hacer el amor con una mujer virgen.

Capítulo 11

Estelle se despertó y en un primer momento, no supo dónde estaba. Sentía el cuerpo dolorido y oía el sonido de una ducha. Dio media vuelta en la cama, vio la prueba de su encuentro y tiró de la sábana para ocultarla.

—¿Escondiendo la prueba?

Estelle se volvió y se sorprendió al ver a Raúl. Llevaba una toalla alrededor de la cintura y tenía en el pecho las marcas que le había dejado Estelle la noche anterior. Raúl se volvió para tomar un vaso de la mesa con el desayuno que les había llevado uno de los empleados.

—Necesito una ducha —dijo Estelle.

—Tenemos que hablar —respondió Raúl, pero después cedió—: Come algo y dúchate, ya son casi las dos. Después hablaremos.

Estelle se bebió un zumo de pomelo a toda velocidad y se dirigió al baño. Cuando se había enterado de que iban a pasar la luna de miel en un yate, había imaginado que apenas dispondrían de las comodidades básicas y, sin embargo, aquel parecía el cuarto de baño de un hotel de cinco estrellas. Aun así, apenas se fijó. En lo único en lo que pensaba era en recuperar su neceser.

El médico le había advertido lo importante que era tomar la píldora cada día. Se tomó la píldora y se preguntó si debería poner la alarma del teléfono a las dos del mediodía. ¿O debería tomarse la píldora a las siete? Estaba asustada. Todavía no sabía lo que iba a decirle a Raúl.

Se duchó, se peinó, se maquilló, salió del baño y descubrió con alivio que Raúl no estaba allí. Eligió un biquini de los muchos que Raúl le había comprado y un pareo de color violeta. Le dolía la cabeza por culpa del champán, y también de Raúl. Se sentó en la cama, se puso unas alpargatas y se levantó. Desvió entonces la mirada hacia la cama y, mortificada al pensar que la empleada iba a ver la mancha de sangre, comenzó a hacerla.

—¿Qué haces? —le preguntó Raúl cuando entró en el camarote.

—Solo estoy haciendo la cama.

—Si hubiera querido una criada, lo habría especificado en el contrato. Y, si tuviera algún interés por las vírgenes, también lo habría dejado claro. Deja la cama como está —le ordenó con voz sombría—. Y ahora voy a enseñarte el yate.

—No, iré a dar un paseo —comenzó a pasar por delante de él.

—Aquí no vas a poder esconderte de mí —le advirtió Raúl, agarrándola de la muñeca—. Pero ya hablaremos en otro momento. No quiero que mis empleados puedan sospechar siquiera que esto no es una luna de miel normal.

—¿No confías en tus empleados?

—No confío en nadie —respondió Raúl—. Y tengo motivos para ello.

Estelle le siguió a la cubierta. Al salir, la cegó el brillo del sol.

—¿Dónde tienes las gafas de sol?

—Se me han olvidado —se volvió para ir a buscarlas, pero Raúl la detuvo y llamó a un miembro de la tripulación—. Puedo ir yo misma —se quejó Estelle.

—¿Pero por qué vas a tener que hacerlo? —y, sin importarle que estuvieran rodeados de gente, la abrazó y la besó lentamente.

—Raúl... —se sentía avergonzada por su pasión.

—Solo vamos a pasar dos días aquí, cariño y el plan es disfrutarlos plenamente.

Sus palabras eran delicadas, pero el mensaje que encerraban, no.

—Ahora te enseñaré el barco.

Una de las empleadas le tendió las gafas y Raúl le mostró después la que iba a ser su morada durante los próximos días. El salón, en el que apenas se había fijado la noche anterior, era enorme. Otra de las empleadas estaba ahuecando en aquel momento los cojines de los sofás. Había una pantalla enorme y, a pesar de sus nervios, Estelle se esforzó en mostrar su entusiasmo.

—Es perfecta para ver una película.

Raúl tragó saliva y descubrió la mirada de su empleada. Cuando Estelle intentó acercarse a ver su colección de películas, él la condujo rápidamente a otra zona.

—Este es el gimnasio —abrió una puerta y se lo mostró—. No es que lo vayas a necesitar. Yo ya me aseguraré de que hagas suficiente ejercicio.

Y una vez allí, con la puerta cerrada tras ellos, dio rienda suelta a su frustración.

—Si crees que vamos a dedicarnos a ver películas y a hacer manitas, estás muy equivocada.

—Sé perfectamente para qué estoy aquí.

—Pues procura no olvidarlo.

Raúl se había despertado a la hora del almuerzo después de haber disfrutado del primer sueño decente desde hacía días, de su primera noche sin pesadillas. Por un momento, había creído vislumbrar la paz. Pero Estelle había comenzado a moverse entre sus brazos y él había sentido la presión de sus senos contra el pecho, había bajado la mirada hacia la palidez de su piel y había visto la prueba de lo que

habían compartido la noche anterior en la cara interior de su muslo.

Había intentado entonces taparla con la sábana, pero aquel movimiento había estado a punto de despertarla, de modo que había optado por permanecer quieto, luchando contra las ganas de besarla y hacer el amor con ella otra vez.

Horas después, en aquel gimnasio tan bien equipado, volvió a bajar la mirada hacia aquellos labios llenos que le habían engañado, decidido a dejar las cosas claras.

—Yo quería una mujer que supiera divertirse. Que fuera buena en la cama.

La vio enrojecer.

—Estoy segura de que aprenderé rápido. No necesito limitarme a hacer manitas.

—No vamos a hacer manitas —le agarró la mano y la colocó exactamente en el lugar que se proponía que visitara con regularidad—. Ya sabías que te habías comprometido a...

Tenía que mantenerla a distancia, tenía que mostrar su peor cara; no podría apartarla de su lado como hacía normalmente cuando sus parejas comenzaban a sentir algo por él. Tenían muchas semanas por delante y no podía arriesgar el corazón de Estelle.

—Vamos a darnos un baño en el jacuzzi.

Estelle vio el desafío en sus ojos, supo que la estaba poniendo a prueba y sonrió con dulzura.

—Muy bien.

Le siguió a cubierta e intentó ignorar el hecho de que, mientras ella se quitaba las alpargatas y el pareo, él se quedaba completamente desnudo.

—Quítate la parte de arriba del biquini —le pidió Raúl.

—Dentro de un momento.

Raúl notó que estaba nerviosa y aquello le enfureció. Llegó a desear que su padre muriera cuanto antes para poder poner fin a aquella farsa. Porque, si Estelle pensaba que estaba allí para hablar del paisaje, estaba completamente equivocada.

Con manos temblorosas y el rostro ardiendo, Estelle se desabrochó la parte de arriba del biquini y se hundió en el agua antes de quitársela y dejarla en el borde.

—¡Buenos días! —la saludó entonces el capitán.

Los senos desnudos eran algo habitual en la Costa del Sol, y especialmente en el yate de Raúl. El capitán no tuvo ningún problema para mirar a Estelle a los ojos mientras la saludaba. Ella, sin embargo, tenía los ojos llenos de lágrimas mientras intentaba sonreír en respuesta.

—Nos dirigimos hacia los Acantilados de Maro-Cerro Gordo —le explicó Alberto, y se dirigió después a Raúl—. ¿Quieres que pasemos

allí la noche? El chef se preguntaba si te gustaría que cenáramos en la bahía.

—Cenaremos en el yate. Pero podríamos acercarnos a la playa con las motos de agua y dar un paseo.

—Por supuesto —dijo Alberto. Se volvió después hacia Estelle—. ¿Alguna preferencia para la cena?

—No, comeré cualquier cosa —era evidente lo violento que le resultaba hablar estando medio desnuda.

—Vamos a parar en una bahía preciosa —continuó contándole Alberto—. Pronto comenzaremos a adentrarnos en un territorio sorprendentemente virgen.

Les deseó que pasaran una agradable tarde y se marchó.

—Yo ya he explorado otros territorios vírgenes —dijo Raúl cuando el capitán ya no podía oírle.

Estelle no contestó.

—Toma —enfadado consigo mismo por haber cedido, pero odiando al mismo tiempo su incomodidad, le arrojó el biquini—. Póntelo si quieres.

Estelle estaba temblando de verdad, pensó Raúl con sensación de culpa mientras veía cómo se ponía la prenda. Cruzó la piscina y la hizo volverse para atarle el biquini. Después, y sin saber por qué, la estrechó en sus brazos y estuvo abrazándola hasta que dejó de temblar. La besó entonces y admitió la verdad sobre aquel territorio virgen.

—Sí, anoche exploré otros territorios vírgenes, y fue sorprendente.

Capítulo 12

Normalmente, Raúl amarraba el yate en la zona más concurrida del muelle. Sin embargo, aquella tarde, navegaron lentamente hasta los acantilados de Maro-Cerro Gordo.

—Las playas son inigualables y los turistas lo saben —le explicó Alberto—, pero no hay ninguna carretera de acceso —se volvió hacia Raúl—. Las motos de agua ya están preparadas.

Pero estaban a punto de salir cuando Raúl se acordó de algo. Se volvió y vio el rostro pálido de Estelle. Su disculpa entonces fue sincera.

—Estelle, lo siento. Había olvidado el accidente de tu hermano.

—No pasa nada —respondió. Le castañeteaban los dientes—. Él estaba haciendo el payaso cuando tuvo el accidente —estaba intentando fingir que la moto no la aterraba—. Nosotros seremos más prudentes.

Raúl no tenía ninguna intención de ser prudente. Adoraba montar en moto acuática y quería compartir aquella diversión con ella. Pero le tomó la mano y dijo:

—Sí, claro que pasa algo. No tienes por qué fingir.

¡Por supuesto que tenía que fingir!, pensó Estelle. Tenía que fingir constantemente.

—Monta conmigo —la animó Raúl—. Alberto, ayúdala.

Se dirigieron juntos hacia la bahía a mucha menos velocidad de la que Raúl acostumbraba. La empleada que estaba preparando la mesa para la cena miró a Alberto cuando este se volvió para observar su trabajo y compartieron ambos una breve sonrisa.

Desde luego, nadie esperaba el efecto que aquella mujer estaba teniendo sobre Raúl.

—Creo que voy a ir a cambiar la colección de DVDs —sugirió la empleada, y el capitán asintió.

—Me parece muy sensato.

Estelle se aferraba con fuerza a la cintura de Raúl mientras saltaban sobre las olas. Apoyaba la cabeza en su espalda sin estar muy segura de si la velocidad de los latidos de su corazón se debía al terror que le inspiraba la moto, a las preguntas a las que pronto tendría que enfrentarse o, simplemente, a la emoción del momento.

Hacer el amor con Raúl había sido increíble. Y mientras sentía su piel bajo la mejilla, las olas del mar salpicándola y el viento azotando

su pelo, no podía arrepentirse de estar viviendo todo aquello. La pasión que habían compartido sería un recuerdo que visitaría con frecuencia en el futuro.

Raúl se adentró en la orilla. Estelle se separó de él y bajó de la moto sin su ayuda.

—Son impresionantes —miró hacia los acantilados—. ¡Mira qué altura!

Raúl lo hizo, pero solo durante un instante. Y Estelle estaba demasiado ocupada admirando el paisaje como para fijarse en su palidez.

—¿Qué te dijo Ángela el día de la boda? —le preguntó de pronto Raúl.

Estelle, que esperaba todo un bombardeo de preguntas sobre su falta de experiencia, se sorprendió, pero se recordó a sí misma la falta de interés de Raúl en ella.

—No estaba segura de que fuéramos una verdadera pareja.

—¿Y la sacaste de su error?

—Por supuesto. Al parecer, cree que, si te quiero, debería animarte a hacer las paces con tu padre. Quiere que vayamos a hacerles una visita.

—Ya es demasiado tarde para jugar a la familia feliz.

—También me dijo que no quiere que te sientas culpable por la muerte de tu padre, como ya te sientes por la de tu madre.

—No soy yo el que tiene que sentirse culpable —respondió Raúl, pero no añadió nada más.

Se detuvo y se sentaron en la playa, mirando hacia el yate. Estelle vio que encendían las luces. La tripulación estaba preparando la cena. Le resultaba difícil creer que existiera un lujo como aquel. Pero el lujo del que ella realmente deseaba disfrutar era Raúl.

—No supe qué decirle. Apenas sé nada sobre tu familia y sobre ti.

—En ese caso, te contaré todo lo que necesitas saber —estuvo considerando durante unos segundos la mejor manera de explicárselo—. Mi abuelo, el padre de mi madre, dirigía un pequeño hotel. Las cosas le fueron bien, construyó otro hotel y compró después un terreno en el norte.

—¿En San Sebastián? —preguntó Estelle.

—Sí, en San Sebastián. Cuando murió, sus tres hijos heredaron el negocio. Mi padre y mi madre se casaron y mi padre comenzó a trabajar en el negocio familiar. Pero siempre se le consideró un intruso, o así se sentía él, aunque fue el encargado de supervisar la construcción del hotel de San Sebastián. Cuando yo nací, mi madre comenzó a enfermar. Con el tiempo, he llegado a la conclusión de que estaba deprimida. Fue entonces cuando mi padre empezó a acostarse con Ángela. Al parecer, Ángela se sintió culpable y dejó el trabajo,

pero comenzaron a verse otra vez.

—¿Cómo has averiguado todo eso?

—Mi padre me lo contó la mañana del día que te conocí.

Así que aquella información era casi tan novedosa para Raúl como para ella, pensó Estelle.

—Ángela se quedó embarazada, a mi padre comenzó a devorarle la culpa y le contó a mi madre la verdad. Quería saber si podría perdonarle. Ella lloró y gritó, le dijo que se marchara y mi padre se fue con Ángela. Su hijo estaba a punto de nacer. Mi padre asumió que mi madre se lo contaría a su familia, pero no fue así. Cuando mi madre sufrió el accidente, mi padre regresó y se dio cuenta de que nadie sabía que tenía otro hijo. Al contrario, le dieron la bienvenida de nuevo a la empresa —se quedó callado durante unos segundos—. Pero pronto averiguarán la verdad.

—Ángela me dijo que te culpabas por la muerte de tu madre.

—Eso es todo lo que necesitas saber de momento —la miró—. Ahora te toca a ti.

—No sé qué decirte.

—¿Por qué me mentiste? Yo dejé muy claro que quería una mujer experimentada.

—Siento no contar con suficientes recursos...

—¡No estoy hablando de sexo! Yo quería una mujer que supiera manejar una situación como esta. Capaz de mantener un trato. Que no terminara enamorándose...

—¡Otra vez vuelves a dar cosas por sentadas! —estalló Estelle—. ¿Por qué voy a enamorarme de un frío canalla que solo piensa en el dinero? ¿De un hombre que me dice lo que tengo que ponerme y que ni siquiera me permite broncearme? Raúl, yo jamás permitiría que un hombre me dijera cómo tengo que peinarme o pintarme las uñas. Te estoy dando aquello por lo que me pagaste, lo que tú exigiste. ¡Considera mi virginidad como un extra!

Hundió los talones en la arena, y casi se creyó sus propias palabras. Intentó olvidar los sentimientos absurdos que la habían invadido la noche anterior, cuando se había quedado dormida entre sus brazos.

—Estoy aquí por dinero, Raúl. Estoy aquí por la misma razón por la que estaba con Gordon.

—Si estabas con Gordon por dinero, ¿a qué se debe que estuvieras intentando cambiar las sábanas antes de que entrara mi empleada?

—Nunca he estado con Gordon en ese sentido. Solo estaba sustituyendo a Ginny.

—Compartiste su cama. Y todo el mundo conoce su reputación.

—Gordon no quería ir solo a la boda —respondió Estelle con cuidado.

—¿Y te pagó para que te presentaras allí con el aspecto de una

mujerzuela? ¿Y qué me dices de lo del Dario's? —se interrumpió de pronto y frunció el ceño al darse cuenta de lo lejos que había ido Gordon. Y lo frunció un poco más al comprender la verdad—. ¿Gordon es...? —no terminó la pregunta. Sabía que aquello no era asunto suyo—. ¿Necesitabas el dinero para ayudar a tu hermano?

Estelle asintió en silencio.

—Estelle, no es a mí a quien corresponde juzgar tus motivaciones...

—Entonces, no lo hagas.

Pero su advertencia no le detuvo.

—Andrew no lo aprobaría —continuó diciendo.

—Y esa es la razón por la que nunca se enterará.

—Sé que, si yo tuviera una hermana, no querría que...

—¡No te atrevas a compararte con mi hermano! Tú ni siquiera quieres conocer al único hermano que tienes.

—¿Y eso qué tiene que ver con todo esto?

—Tú y yo somos muy diferentes, Raúl. Si yo me enterara de que tengo un hermano, no me dedicaría a urdir estrategias para hundirle.

—Yo no estoy urdiendo nada. Sencillamente, no quiero que me quiten lo que me pertenece por derecho. Y tampoco quiero terminar trabajando con él.

—Te estás perdiendo muchas cosas, Raúl.

—No me estoy perdiendo nada, tengo todo lo que quiero.

—Solo tienes cosas que se pueden comprar con dinero. Yo incluida.

Raúl la besó, pero el beso no le supo a nada. Fue un beso vacío que palidecía al lado de lo que habían compartido la noche anterior. Y cuando le quitó la parte superior del biquini, Raúl supo que Estelle estaba fingiendo, que, en realidad, estaba pensando en el yate y en las personas que podían estar viéndoles. Y que estaba haciendo un gran esfuerzo para no llorar.

—Aquí no —dijo Raúl por ella.

—Por favor, Raúl...

Estelle buscó sus labios. Continuaba representando su papel, y su falta de experiencia le impedía darse cuenta de que Raúl sabía que su cuerpo mentía.

Él quería recuperar la intimidad de la noche anterior. Podían aprender a disfrutar el uno del otro y romper después de buenos modos. Lo último que quería era que Estelle estuviera tensa y triste. Admiraba lo lejos que era capaz de llegar por su familia. Y creía lo que acababa de decirle, que no buscaba su amor.

—Seguiremos después —Raúl se apartó de ella—. Ahora estoy hambriento.

La ayudó a ponerse el biquini, utilizando su propio pecho como escudo para impedir que alguien pudiera verla o fotografiarla con un teleobjetivo. Su timidez, en vez de irritarle, le hizo sonreír. Sobre todo

al pensar en lo desinhibida que había estado la noche anterior.

—Vamos —le dijo, a pesar del dolor que sentía en la entrepierna—.
Volvamos al yate.

Capítulo 13

Nos daremos una ducha y después nos arreglaremos para la cena —dijo Raúl cuando abordaron de nuevo el yate—. ¿Quieres que le pida a Rita que te peine?

—¿A Rita?

—Es masajista y esteticista. Si quieres que te ayude, solo tienes que pedirselo a Alberto —dijo Raúl, y se dirigió hacia su camarote.

Estelle le llamó. Olía ya los aromas de la cena y estaba realmente hambrienta.

—¿Por qué tenemos que arreglarnos para la cena? Solo vamos a estar nosotros dos.

—En un yate como este, cuando el chef... —comenzó a explicar Raúl, pero cambió de opinión, porque a bordo no siempre era necesario guardar la etiqueta—. Muy bien... —se volvió hacia Alberto, que ya había tomado nota.

—Avisaré al chef inmediatamente.

Se ducharon en cubierta y se sentaron después a cenar.

Raúl estaba acostumbrado a tener a rubias con cuerpos espectaculares y vestidos muy poco discretos sentadas frente a él. Pero había algo increíblemente sensual en el hecho de estar sentado medio desnudo, disfrutando de las exquisiteces que les llevaban.

—Creo que podría acostumbrarme a esto —comenzó a decir Estelle, pero se corrigió rápidamente—. Quería decir que...

—Ya sé lo que querías decir —para Estelle fue un alivio verle sonreír—. La comida es increíble. El chef es maravilloso. Es algo habitual en los yates.

Estuvieron charlando mientras cenaban con mucha más naturalidad que en ocasiones anteriores. Y no lo hacían para que lo viera la tripulación. Después, disfrutaron de unos bailes en cubierta.

—Ahora comprendo por qué teníamos que cambiarnos para cenar —admitió Estelle—. ¿Crees que he ofendido a alguien?

—Creo que no podrías ofender a nadie aunque lo intentaras.

Comenzaba a oscurecer. Raúl miró hacia los acantilados y hundió la cabeza en el pelo de Estelle.

—Y, por cierto, aunque me acuses de ser un canalla controlador, lo que me preocupa es que puedas quemarte. Jamás en mi vida había visto una piel tan blanca.

—Creo que ya me he quemado un poco, de hecho.

—Lo sé.

Se trasladaron al salón. Estelle estaba empezando a relajarse hasta tal punto que, cuando les llevaron una copa de vino, ni siquiera se apartó de sus brazos.

—Vámonos a la cama... —sugirió Raúl con la mano en el biquini, intentando liberar su seno.

—No, todavía no —susurró Estelle contra sus labios—. Ahora no podría dormirme...

—No tengo ninguna intención de dejarte dormir.

—Veamos una película —propuso Estelle, apartándose de él y acercándose hacia la colección de DVDs.

—¡Estelle, no!

—¡Oh, lo siento! —había olvidado que le había dicho que se negaba a ver películas haciendo manitas—. Sí, ya sé que es mejor que vayamos a la cama.

—No me refería a eso —respondió Raúl entre dientes—. Pero no creo que encuentres ninguna que te guste.

Se preparó para renunciar a la que prometía ser una noche de placer mientras Estelle revisaba la colección.

—Esta me encanta.

—¿De verdad? —preguntó Raúl gratamente sorprendido.

—De verdad... —miró un par de películas más—. Y esta es una de mis favoritas —le mostró la carátula y no entendió su sonrisa.

—Por supuesto —dijo Raúl.

Tiró de ella para que se sentara a su lado y sonrió. Algún día, cuando una anécdota como aquella no pudiera ofenderla, le contaría lo divertido de la situación.

Pero aquel día nunca llegaría, se recordó. Su relación se ceñía al presente.

Raúl no se había sentado a ver una película, por lo menos una película con argumento, desde que podía recordar.

Notó que Estelle se estremecía. Las puertas del salón estaban abiertas y la brisa era fresca. Tomó una manta de detrás del sofá y la colocó sobre ellos.

—¿Te escuece? —le preguntó a Estelle, besándole los hombros sonrosados.

—Un poco.

Estelle se concentró en la película y Raúl se concentró en Estelle. Estuvo besándole el cuello y los hombros durante una eternidad. Después, le acarició los senos con las palmas de las manos y le pellizcó suavemente los pezones con el pulgar y el índice. Y, lentamente, cuando supo que Estelle no pondría reparos, deslizó la mano bajo la parte inferior del biquini. Repitió entonces la pregunta en un tono mucho más íntimo.

—¿Te escuece?

—Un poco —volvió a responder Estelle.

Pero la delicadeza de Raúl convirtió la sensación en algo sublime. Podía sentir el movimiento del yate y la dureza enorme de Raúl tras ella; podía sentir la urgencia de su boca y su creciente insistencia.

—Date la vuelta, Estelle —le pidió Raúl con la respiración agitada.

—Ahora mismo.

A esas alturas, ni siquiera estaba viendo la película. Tenía los ojos cerrados y se limitaba a disfrutar de las caricias de Raúl y a desear que continuaran.

—Ahora viene lo mejor —le dijo a Raúl, refiriéndose a la película.

Raúl la subió un poco más, de manera que su trasero desnudo quedara contra su estómago y la colocó en un ángulo perfecto. Estelle le sintió entonces deslizarse perfectamente en su interior. Todavía estaba un poco dolorida, pero, aun así, se cerró aliviada a su alrededor.

—Esto sí que es lo mejor —la corrigió Raúl con voz ronca.

Presionó lentamente en su interior mientras le acariciaba el clítoris. Se deslizaba lenta y profundamente, sin la precipitación de la noche anterior. En aquella ocasión fue Estelle la que tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse.

—Estoy a punto de llegar al orgasmo.

—Todavía no —le pidió Raúl, hundiéndose más profundamente en su interior.

—Sí —respondió ella temblorosa mientras intentaba aguantar.

Raúl alcanzó entonces un punto en sus profundidades y la sensación fue tan intensa que Estelle dejó escapar un pequeño gemido.

—¿Es ahí? —preguntó Raúl.

Estelle no sabía a qué se refería, pero cuando Raúl volvió a acariciarla, jadeó:

—¡Sí, ahí!

Y continuó suplicando mientras Raúl presionaba una y otra vez aquel punto cuya existencia hasta entonces Estelle ignoraba.

Raúl gimió mientras Estelle palpitaba a su alrededor y se tensaba una y otra vez sobre su sexo. Sintió la oleada del orgasmo de Estelle fluyendo hacia él y se derramó en su interior, adorando el abandono de su amante, adorando a la Estelle que su cuerpo revelaba. Y adorando también el rubor que el azoro extendía sobre su piel mientras se esforzaba en recuperar la respiración.

—¿Qué ha sido eso?

—«Eso» hemos sido nosotros —respondió Raúl, todavía dentro de ella.

Y no fueron los acantilados los que despertaron su miedo aquella noche, sino el perfume del mar en el pelo de Estelle. Un miedo que lo

asaltó al ser consciente de lo mucho que había disfrutado. No solo del sexo, de la conversación y de la cena, sino también del presente.

—Deberíamos volver.

Habían estado buceando con esnórquel. Todo había comenzado de la forma más inocente, pero, poco a poco, había ido convirtiéndose en una actividad adulta. Raúl no sabía si había sido la risa de Estelle, o la sensación de sus piernas a su alrededor o, sencillamente, lo mucho que disfrutaba estando con ella. La besó en la mejilla y le apartó las piernas con delicadeza.

—¿Ya es hora de cenar?

—Lo que quería decir es que deberíamos volver a Marbella.

Habían sido dos días increíbles, y mucho más parecidos a una luna de miel de lo que Raúl pretendía. Aquella noche sería su última noche en el yate, y ella ya lo echaba de menos.

Mientras Rita la peinaba y la maquillaba, Estelle pensó que habían sido unos días mágicos. Habían transcurrido como si hubieran suspendido las reglas del contrato. Habían pasado las horas hablando, riendo y haciendo el amor, pero Raúl había dejado muy claro que todo sería diferente cuando volvieran a Marbella.

Cuando Rita le puso la última horquilla en el pelo, Estelle tuvo la sensación de que ya estaba acercándose ese momento. Y aquella sensación se incrementó cuando sonó el teléfono de Raúl y le oyó mantener una tensa conversación.

—Iré a decirle al chef que no tardaréis en subir —se ofreció Rita.

Estelle dio las gracias y comenzó a vestirse.

No había entendido la conversación de Raúl, pero, por el tono, no podía haber sido agradable.

—Se van a casar —Raúl colgó el teléfono y, en silencio, continuó anudándose la corbata.

—Vaya —Estelle no sabía qué otra cosa decir, así que siguió peleándose con la cremallera.

—Ven aquí —Raúl se hizo cargo de la cremallera—. Se ha atascado.

Estelle permaneció muy quieta mientras Raúl intentaba desatascar la cremallera.

—Mi padre dice que quiere hacer las cosas bien con Ángela, que quiere darle la dignidad de ser su esposa y su viuda. Y quiere que pueda opinar sobre las decisiones que tomen los médicos.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Que era la primera cosa decente que le había oído decir sobre el tema.

—¿Y vas a ir a la boda?

Raúl no contestó la pregunta.

—Vamos, no está bien hacer esperar al chef.

¿Desde cuándo era Raúl tan considerado con sus empleados?, se preguntó Estelle, pero no dijo nada.

La cena fue increíble. El chef les había preparado una paella que, hasta Raúl estuvo de acuerdo, era la mejor que habían probado en su vida. Pero, aun así, Raúl apenas la tocó. Estuvo contemplando a Estelle durante la cena. Con el pelo recogido y un vestido negro espectacular, estaba preciosa.

—¿Qué dirías si no volviéramos a Marbella?

Estelle tragó la comida que tenía en la boca y bebió un sorbo de agua, nerviosa por las mismas razones por las que lo estaba Raúl.

—Podríamos dirigirnos a las islas, alargar el viaje...

—Te perderías la boda de tu padre.

—Ha sido él el que ha decidido casarse mientras estoy de luna de miel.

—En algún momento tendrás que enfrentarte a él.

—¡No me digas lo que tengo que hacer! —le espetó, pero rápidamente cambió de tono—. Él quiere celebrar una boda, tener un recuerdo feliz con su esposa y dudo que pueda conseguirlo estando yo allí. Sobre todo, si va Luka. Así que, ¿qué te parece si prolongamos la salida? Hace años que no disfruto de unas verdaderas vacaciones.

—Yo pensaba que toda tu vida era como unas largas vacaciones.

—No —la corrigió Raúl—. Mi vida es como una gran fiesta. Así que, por mí, podemos volver dentro de un par de días.

Esperó a que Estelle se decidiera, hasta que recordó que la decisión era completamente suya. Pagaba para disfrutar de su compañía, no para que ella decidiera dónde tenían que estar.

El par de días se convirtió en dos semanas. Navegaron alrededor de Menorca. La piel de Estelle fue adquiriendo un tono dorado. Raúl observaba cómo ella estaba cada vez más desinhibida. Le encantaba verla estirarse en una tumbona llevando únicamente la parte de abajo del bikini. Su sexualidad florecía ante sus propios ojos.

Al cabo de aquellas dos semanas, regresaron a Marbella. Normalmente, aquella era una de las vistas que Raúl más apreciaba, pero, en aquel momento, le entraron ganas de pedirle al capitán que siguiera navegando hasta Gibraltar y pasara de allí a Marruecos, solo por el placer de prolongar el viaje. El problema era que estaba creciendo demasiado rápido su afecto por Estelle.

Estelle se reunió con él en cubierta para contemplar aquella espléndida vista. Posó la mano en su hombro, pero le sintió tensarse ante su contacto.

Raúl se volvió hacia ella. Estelle iba vestida con la parte de abajo

del biquini y la camisa que Raúl se había puesto en la boda anudada bajo sus sonrosados senos.

—Será mejor que te vistas —normalmente, Raúl la acusaba de ir excesivamente vestida—. Es posible que haya prensa. Ponte el vestido color crema y pídele a Rita que te maquille.

Y con esas simples palabras, volvió a colocarla en su lugar.

Cuando llegaron a tierra firme, le tomó la mano. Pero solo para que las cámaras captaran la imagen. Y por si acaso alguien estaba fotografiándoles con teleobjetivos, la levantó en brazos y subió a su apartamento, dispuesto a regresar a su vida anterior.

Capítulo 14

Era una vida que Estelle nunca habría imaginado. Raúl trabajaba más que ninguna de las personas que conocía. Comenzaba la jornada laboral a las seis de la mañana. Por las tardes, llegaba a casa agotado, se daba un baño en la piscina o hacían el amor. O, mejor dicho, tenían relaciones sexuales, porque el Raúl del yate parecía haber desaparecido. Una ducha rápida y se cambiaban para la cena. Cenaban siempre fuera y continuaban la velada tomándole el pulso a la vida nocturna, bailando hasta el amanecer.

—Puedo cocinar yo —sugirió Estelle una noche que estaban sentados en el Café del Sol.

—¿Por qué molestarte cuando a solo unos metros de casa pueden darte todo lo que te apetezca?

Así era como vivía. Para él, la vida era una variada selección de placeres. Pero seis semanas de matrimonio con Raúl, incluso con una semana de vacaciones para visitar a su familia, estaban demostrando ser agotadoras para Estelle. Y eso que ni siquiera trabajaba. O, quizá, se corrigió, trabajara durante veinticuatro horas al día.

Aquel día, Cecilia había tenido la cita con el cardiólogo. Estelle estaba terriblemente preocupada y, aunque intentaba disimularlo, no paraba de mirar el teléfono, esperando noticias.

—¿Qué tal tu nueva asistente personal? —le preguntó a Raúl mientras mordía un delicioso pedazo de carne a la brasa.

—Muy bien. Ángela la preparó muy bien. Pero sin Ángela todo es mucho más difícil —admitió—. Ahora que no está, nos damos cuenta de lo mucho que ha hecho por la empresa.

—¿Cuándo se reincorporará?

—No va a volver. Ha pedido un permiso para cuidar a mi padre. Supongo que, cuando mi padre muera y se descubra todo, no será bienvenida en la empresa.

—En ese caso, solo tendrás que verla en el entierro.

Raúl alzó la mirada. Nunca estaba seguro de si Estelle hablaba en broma o en serio.

—¿Cuándo vas a ir a ver a tu padre? —le preguntó.

—Ha sido él el que ha decidido marcharse de aquí. ¿Por qué voy a tener que...? —cerró los labios—. No quiero hablar sobre eso.

—Ángela ha vuelto a llamar.

—Te dije que no contestaras.

—Estaba esperando una llamada de mi hermano. Hoy han llevado a Cecilia al cardiólogo. He contestado sin mirar —Estelle, incapaz de seguir comiendo, empujó su plato.

—¿No tienes hambre?

—Estoy llena.

—Estaba pensando... —comenzó a decir Raúl—. Este fin de semana hay un estreno interesante en Barcelona. Creo que podríamos ir.

—Raúl... —no podía continuar sin decir nada. No podía seguir durmiendo a su lado sin sentir que le importaba, sin poder dar siquiera su opinión—. Cuando murieron mis padres, yo me sentí terriblemente culpable.

—¿Por qué?

—Por las discusiones que habíamos tenido, por los problemas que les había causado... por todas esas cosas que nos hacen sentirnos culpables cuando alguien muere. ¿Pero por qué preocuparse por algo que uno no puede cambiar cuando hay tantas cosas que sí puedes transformar?

Instintivamente, intentó tomarle la mano, pero Raúl la apartó.

—Empiezas a hablar como una esposa.

—Créeme, no me siento como si lo fuera —respondió ella, mirándole a los ojos.

Justo en ese momento, la sobresaltó el sonido del teléfono.

—Tengo que contestar.

—Por supuesto.

Era Amanda y, como siempre, intentando parecer animada.

—Van a ingresar a Cecilia durante unos días. Está un poco deshidratada.

—¿Y tienes idea de cuándo la van a operar?

—Todavía es demasiado pequeña. La han entubado para poder alimentarla. Y es posible que vuelva a casa con una bombona de oxígeno.

Raúl vio que a Estelle se le llenaban los ojos de lágrimas, pero esta giró rápidamente, intentando ocultarlas.

—Es una luchadora —dijo Estelle, intentando ser positiva, pero cerraba los ojos con fuerza cuando colgó el teléfono.

—¿Cómo está tu sobrina? —le preguntó Raúl.

—Como siempre —no quería hablar de ello por miedo a derrumbarse. Así que esbozó una sonrisa radiante y preguntó—: ¿Adónde vamos ahora?

—¿Adónde quieres ir?

A casa, suplicaba su cuerpo mientras caminaban por las abarrotadas calles. Pero no la pagaban para eso. Había estado enviándole dinero a Andrew. La primera vez le había dicho que era dinero que tenía ahorrado para comprarse un coche. La segunda, que era un préstamo.

Después, le había entregado una cantidad de dinero que les permitiría vivir durante varios meses diciéndole que, sencillamente, Raúl y ella querían ayudarles. Así que ya era hora de que se ganara el sueldo.

Pasaron por delante de un local con la música inusitadamente alta y en el que no era fácil entrar.

—¿Qué te parece si entramos ahí?

Cuando Estelle se despertó, la casa estaba en silencio. Eran más de las diez de la mañana y hacía horas que Raúl había ido a trabajar. Se sentó en la cama y, al sentir que la cabeza le daba vueltas, volvió a tumbarse. No tenía la menor idea de cómo podía vivir Raúl de aquella manera. Lo único que sabía era que ella no iba a salir aquella noche.

Que saliera él si quería, se dijo mientras se vestía para salir a comprar.

En Marbella rara vez llovía, pero aquel día, las montañas estaban cubiertas. El aire era espeso, opresivo, y el mercado estaba abarrotado. Estelle compró unos tomates y estaba decidiendo entre comprar cordero o ternera cuando, al pasar por una pescadería, tuvo una arcada. Intentó continuar caminando e ignorar el pensamiento que acababa de asaltarla.

No podía estar embarazada. Tomaba la píldora todos los días. O, por lo menos, lo intentaba.

Cambió rápidamente de dirección para dirigirse hacia la farmacia mientras iba haciendo cuentas mentalmente y rezando para estar equivocada. Menos de media hora después, descubrió que estaba en lo cierto.

Raúl no llegó a casa hasta después de las siete y, cuando lo hizo, le recibió la fragancia del pan horneado y la vista de Estelle en la cocina.

—¿No crees que estás llevando el papel de esposa demasiado lejos? No tienes por qué cocinar.

—Me apetecía hacerlo —respondió Estelle—. Me gustaría quedarme una noche en casa, Raúl.

—¿Por qué?

—Porque sí —le miró con el ceño fruncido—. ¿Es que tú nunca paras?

—No —admitió Raúl. Se acercó para darle un beso—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por qué?

—Esta mañana no te has despertado cuando me he ido, y ahora pareces tensa.

—Estoy preocupada por mi sobrina —respondió.

Se apartó de él y colocó dos filetes en la parrilla. Se sentía

curiosamente distante. Después de haberse hecho la prueba del embarazo, se había puesto a hacer pan, como hacía siempre que no quería pensar. Y, aquella noche, no era capaz de seguir representado su papel.

Llevaron la cena a la terraza y allí disfrutaron de la ensalada de tomate, la carne y el pan que había horneado, observando la tormenta que se acercaba.

Estelle quería regresar a su casa. Necesitaba una tregua. Y quería estar lejos de Raúl antes de que empezara a notarse el embarazo.

No podría decírselo nunca. Por lo menos, a la cara. No soportaría ver mudarse su rostro. No soportaría las acusaciones que le lanzaría al descubrir que no podía confiar en ella.

—Hoy he hablado con mi padre —anunció Raúl.

Estelle desvió la mirada de la tormenta para mirarle.

—Me ha pedido que vaya pronto a verle.

—Supongo que serás capaz de comportarte de manera civilizada durante un par de días —le dijo Estelle—. Sí, tu padre tuvo una aventura, pero es evidente que era algo importante para él. Después de todos estos años, todavía siguen juntos.

—Una aventura que provocó la muerte de mi madre. Y por culpa de sus mentiras, he estado culpándome durante años —apartó su plato.

Raúl la miró con los ojos cargados de tristeza y confusión en un momento en el que lo único que ella deseaba era estar lejos de él, en el momento en el que menos necesitaba que confiara en ella.

—La noche que mi madre murió, yo había discutido con ella. Se había perdido mi función de Navidad, como se perdía otras muchas cosas. Cuando llegué a casa, la descubrí llorando. Me dijo que lo sentía, ¿y sabes cuál fue mi respuesta? Le contesté que la odiaba. Aquella noche, me levantó de la cama cuando estaba durmiendo y me metió en el coche. Las montañas cambian mucho en medio de una tormenta. Y aquella noche estuvimos recorriéndolas —le explicó Raúl—. Yo no sabía lo que estaba pasando. Creía que estaba enfadada conmigo. Le dije que lo sentía, que condujera más despacio...

Estelle ni siquiera era capaz de imaginar tamaño terror.

—El coche patinó y caímos montaña abajo por un acantilado. Cuando mi padre regresó de uno de sus supuestos viajes de trabajo, se encontró con que su mujer estaba muerta y su hijo estaba en un hospital. Entonces, decidió no contar a nadie los motivos por los que había estado fuera.

—¿Nadie sospechó de su relación con Ángela?

—Jamás. Sencillamente, dedicaba cada vez más tiempo al hotel de San Sebastián. Al cabo de unos años, cuando Luka creció, Ángela comenzó a venir cada vez con más frecuencia a Marbella. Teníamos hasta un piso para ella en el que vivía durante la semana.

—Tu padre tenía dos hijos de los que ocuparse. A lo mejor esa era la única forma de hacerlo.

—¡Por favor! —se burló Raúl—. Estaba con Ángela cada vez que tenía oportunidad y a mí me dejaban con mis tíos. Si hubiera querido tener una verdadera familia, la habría tenido. Eligió esa vida y su decisión causó la muerte de mi madre.

—¿Entonces ya eres consciente de que no fue culpa tuya?

—Me culpé durante años de su muerte. Pensaba en las cosas tan terribles que le había dicho...

—Solo eras un niño...

—Sí, ahora lo entiendo. Mi madre murió dos días después de que Luka naciera. Ahora sé que mi madre pretendía ir a San Sebastián para enfrentarse a ellos.

—En medio de una tormenta y con un niño de cinco años en el coche.

—Sí, en aquel momento, yo pensé que estaba intentando matarme.

—Era una mujer enferma, Raúl.

—En aquel momento, no habría estado mal saberlo. Y también que no habían sido mis palabras las que la habían hecho salir huyendo en medio de la noche.

—Por lo que dices, parece que estuvo enferma durante mucho tiempo. Supongo que fue una época difícil para tu padre... Él ahora lo único que busca es paz.

—Todos queremos paz.

Por un momento, pensó en continuar hablando, pero, al final, se levantó y se dirigió hacia la puerta de la terraza.

—Me voy. No me esperes despierta.

Estelle no quería que saliera de tan mal humor y le siguió al salón, aun a sabiendas de que no quería su consejo.

—Raúl, no creo que...

—No te pago para que creas nada.

—Estás muy afectado.

—¡Y ahora me dice lo que estoy sintiendo!

—No, ahora te recuerdo que leí el contrato antes de firmarlo. Si crees que vas a salir a hacer lo que hacías normalmente, me iré a mi casa en el próximo avión que salga —vio que tensaba los hombros, pero continuaba dirigiéndose hacia la puerta.

—¡Espero que la música esté suficientemente alta, Raúl! —le gritó.

—La música nunca está bastante alta.

Se oyó un crujido procedente de la tormenta y las puertas del balcón se abrieron bruscamente. Raúl se volvió en ese momento y Estelle vio el infierno en su mirada. No le había contado todo, comprendió, pero, aun así, tampoco ella necesitaba que lo hiciera en aquel momento.

Raúl caminó a grandes zancadas hacia ella y, por un momento, Estelle comprendió su necesidad constante de distracción, porque también ella la necesitaba en aquel momento. Estaba embarazada de un hombre del que estaba enamorada, pero que era incapaz de amarla. ¡Cuánto bien le haría poder olvidarlo!

Le dio la bienvenida a sus labios, quizá por última vez. Su beso fue tan fiero que podría haberle hecho sangrar. Pero, aun así, no fue suficiente. Raúl la tumbó en el suelo, pero ni siquiera aquello bastó. Allí, bajo su cuerpo, no había problemas, solo el impacto de su peso.

Raúl se bajó la cremallera del pantalón y comenzó a subirle la falda. Ella le besaba como si sus labios pudieran salvarlos a ambos. Las puertas del balcón estaban abiertas y la lluvia les empapaba, pero no conseguía apagar su fuego.

Raúl le había enseñado muchas cosas sobre su cuerpo, pero, en aquel momento, Estelle aprendió una más: lo rápido que podía llegar a excitarse.

Raúl llegó al orgasmo antes incluso de estar dentro de ella; Estelle pudo sentir la cálida humedad contra su sexo. Ella jadeó mientras Raúl se hundía dentro de ella y se aferró a él como si le fuera en ello la vida. Cada una de sus embestidas se encontraba con su propia desesperación. Fue un encuentro rápido y brutal y, aun así, nunca habían estado tan unidos.

Raúl alzó la cabeza respirando con dificultad. Estelle abrió los ojos y se encontró frente a un hombre diferente.

—¿Vendrás a verlos mañana conmigo? —era una pregunta, no una orden.

—Sí.

Y Estelle sintió algo terriblemente cercano al amor.

Capítulo 15

Al día siguiente, volaron temprano sobre las verdes montañas del norte de España, temiendo no poder llegar a tiempo, de modo que, lejos del enfado, hubo alivio cuando Ángela salió a recibirles con una sonrisa de cansancio.

—Adelante, bienvenidos —les saludó con un beso en la mejilla—. Seguro que podremos hacer esto por tu padre. Aunque solo sea por un día.

Raúl asintió y se dirigieron al salón.

Si a Estelle le impresionó lo cambiado que vio al padre de Raúl, para este tuvo que suponer un gran impacto.

—¡Eh! —saludó a su hijo—. Te ha costado venir.

—Pero estoy aquí. Felicidades por tu boda —le tendió a Antonio una botella de champán mientras le daba un beso en la mejilla—. He pensado que podríamos brindar por los recién casados.

—Por fin la he convertido en una mujer honesta —dijo Antonio.

Estelle advirtió que Raúl estaba reprimiendo una respuesta cortante.

—Tu hermano vendrá desde Bilbao esta noche. ¿Os quedaréis a cenar? —la mirada de Antonio contenía un desafío.

—No estoy seguro de que podamos...

—Es inevitable que terminéis encontrándoos. A no ser que boicotees mi entierro. Van a enterrarme aquí —añadió.

Estelle advirtió que Raúl apretaba la mandíbula cuando su padre le decía que aquel era su hogar.

—Voy a preparar las bebidas —le dijo Ángela a Estelle—. ¿Te importaría ayudarme?

Estelle fue con ella a la cocina. Aunque Estelle estaba intentando no perder la paciencia con Raúl, su conducta la enfurecía.

—Será mejor que dejemos que se las arreglen solos —comentó Ángela cuando Estelle se sentó a la mesa—. Pareces cansada.

—Raúl no lleva una vida muy tranquila.

—Lo sé.

Ángela sonrió y le tendió una taza de chocolate y una fuente de cruasanes.

Estelle bebió un sorbo de chocolate, pero le pareció demasiado empalagoso y apartó la taza.

—Puedo prepararte un té —le ofreció Ángela—. A mí me pasaba lo mismo cuando estaba...

Se interrumpió al ver el pánico en los ojos de Estelle y comprendió que no quería que se supiera todavía la noticia. Para Ángela era evidente, no había visto a Estelle desde el día de la boda y, a pesar de su bronceado, estaba pálida y se habían producido en ella algunos cambios sutiles que solo otra mujer podría notar.

—A lo mejor se te ha revuelto el estómago en el viaje.

—No, estoy bien —respondió Estelle, y bebió otro sorbo.

—Me preocupa no volver a ver a Raúl cuando Antonio muera.

Estelle se mordió el labio. Francamente, si así fuera el caso, no podría culparle.

—Para mí es como un hijo —continuó Ángela.

—¿Desde la distancia? —replicó Estelle, incapaz de contenerse.

Tras repetir las palabras que la propia Ángela le había dicho el día de la boda, miró a su alrededor. Vio algunas fotografías de Luka, que parecía más joven que Raúl.

—También hay una fotografía de Raúl —pero Estelle no podía soportar tanta falsedad.

—Vuestro hogar estaba aquí, mientras que Raúl tenía que quedarse con sus tíos y solo veía ocasionalmente a su padre.

—La cosa es algo más complicada.

—No lo creo, dices que para ti es como un hijo, y sin embargo...

—Hicimos todo lo que decían los médicos. Necesito contarte esto, porque, si Raúl se niega a volver a hablar conmigo, hay algo que me gustaría que supieras. Durante los dos primeros años de la vida de Luka, Antonio apenas le vio. Hizo todo lo que estuvo en su mano para que Raúl se recuperara y eso incluyó el mantener a Luka en secreto. El médico decía que Raúl necesitaba estar en un entorno familiar. ¿Cómo íbamos a alejarle de su casa cuando el médico insistía en mantener la mayor normalidad posible?

—Habría sido difícil para él, pero no más que perder a su madre. Él pensaba que su madre había muerto por una discusión que había tenido con ella.

—¿Y cómo íbamos a saberlo nosotros?

—Podrías haber hablado con él. Deberíais haberle preguntado qué le pasaba.

—Raúl no te lo ha contado, ¿verdad?

—Raúl me lo ha contado todo.

—¿Y te ha contado también que estuvo todo un año sin hablar? —observó que Estelle palidecía—. No sabíamos lo que había pasado porque Raúl no podía contárnoslo. El trauma de verse atrapado con su madre muerta...

—¿Cuánto tiempo estuvo allí? —la interrumpió Estelle.

—Toda la noche. Cayeron por un precipicio. Al parecer, Gabriela murió en el acto. Cuando llegaron los médicos, Raúl todavía estaba

suplicándole que se despertara. Después de aquello, pasó más de un año sin hablar. ¿Cómo íbamos a arrancarle de su entorno? ¿Cómo íbamos a decirle que tenía un hermano?

—Perdóname... —se disculpó Estelle, y se levantó.

Dio rienda suelta a las náuseas y al llanto en el baño y después intentó contenerse. Raúl no necesitaba un drama en un día como aquel. Así que se lavó la cara, se peinó y salió justo en el momento en que Raúl acababa de abandonar el salón.

—¿Estás bien? —preguntó al verla.

—Sí, claro.

—Mi padre va a descansar un rato. Como has oído, mi hermano viene a cenar esta noche. He dicho que nos quedaríamos, así que tendremos que encontrar la manera de superar la velada sin que terminemos matándonos el uno al otro. Y después... —añadió—, tendré la recompensa por mi conducta.

Sonrió, la estrechó contra él y le susurró al oído unas palabras subidas de tono. Lejos de sentirse ofendida, Estelle sonrió y le contestó a su vez:

—Puedo hacerlo ahora si quieres.

Le sintió sonreír contra su mejilla, un poco sorprendido por su respuesta.

—Puedo esperar. Gracias por el día de hoy. Si no hubiera sido por ti, yo no estaría aquí.

—¿Cómo está tu padre?

—Frágil, enfermo...

—Él te quiere.

—Lo sé, y como yo también le quiero, intentaremos que todo salga bien esta noche.

Pero cuando conoció a Luka, Estelle no estuvo tan segura de que pudieran superar con éxito la velada. Era más que evidente que Luka solo había ido para contentar a sus padres. Ángela estaba poniendo la mesa en el jardín cuando llegó. Estelle le abrió la puerta justo en el momento en que Raúl estaba llegando al vestíbulo.

La cámara no mentía: Luka era como una versión más joven que Raúl. Y también más belicosa.

Apenas les saludó y cuando Raúl le tendió la mano, la rechazó y dijo algo en español.

—¿Qué ha dicho? —le preguntó Estelle a Raúl mientras Luka se alejaba a grandes zancadas.

—Que me ahorre la representación para cuando esté delante de su padre.

—Vamos —le apuró Estelle. Ya habría tiempo de ahondar en ello

más tarde.

Raúl la agarró de la muñeca.

—Esta noche te estás ganando el sueldo.

—¿Lo estás haciendo a propósito, Raúl? —la furia asomó a los ojos de Estelle—. ¿Te ayuda el ponerme en mi lugar en una noche como esta?

—Lo siento. Lo que quería decir es que las cosas están muy tensas.

Aquel no era el momento para hablar tranquilamente, de modo que Estelle decidió concederle el beneficio de la duda. Salieron al jardín y se sentaron a la mesa dispuestos a sufrir la que debería haber sido la cena más difícil de su vida. Sin embargo, la velada transcurrió de forma agradable. Aunque hubo cierta incomodidad al principio, la conversación fluía cuando Estelle y Ángela llevaron la comida.

—Jamás pensé que vería este día —reconoció Antonio—. Toda mi familia reunida en la misma mesa.

Y jamás volvería a verlo. Dada su debilidad, era evidente que aquella sería la última vez.

—¿Trabajas en Bilbao? —le preguntó Raúl a su hermano.

—Sí —dijo Luka—, me dedico a las inversiones bancarias.

—Ya había oído hablar de ti. Te estás haciendo un nombre en ese ámbito.

—Y tú también. He oído hablar de tus muchas adquisiciones.

Estelle agradeció a Dios que Antonio estuviera siendo tratado con morfina, porque se limitaba a sonreír y no parecía advertir la tensión que había entre los dos hermanos.

—Así que te dedicas a estudiar —le dijo Antonio a Estelle.

—Arquitectura Antigua, aunque últimamente tengo los estudios muy abandonados.

—Sí, ¿qué ha pasado con tus estudios por Internet? —bromeó Raúl.

—El Café del Sol es lo que ha pasado —Estelle sonrió y Raúl se echó a reír.

—Estar casada conmigo es un trabajo a tiempo completo.

Utilizó las mismas palabras que había usado Estelle al hablar de Gordon. Fue una broma sutil que provocó una oleada de risas, pero sus miradas se cruzaron durante un breve instante y a Estelle le dolió que estuviera diciendo la verdad.

Pensó entonces en la vida que crecía dentro de ella, en aquel bebé que tendría como padres a la pareja más incompatible del mundo.

—Te encantaría San Sebastián —Antonio continuó hablando con ella—. Raúl, deberías llevar a Estelle a conocer la ciudad. Llévala a la basílica de Santa María...

—Seguro que Estelle prefiere ir a bailar. Y, además, hace años que no piso una iglesia.

—Pronto tendrás que hacerlo —le advirtió su padre—. Y deberías

compartir los intereses de tu esposa.

Estelle observó agradecida que Raúl daba un trago a su copa de vino en vez de responder con un comentario mordaz al consejo de su padre.

Por muchas ganas que tuviera de explorar aquella maravillosa ciudad, Raúl y ella eran demasiado distintos. Y lo más extraño de todo era que Raúl ni siquiera lo sabía.

Intentó imaginar su futuro: Raúl llegando a casa después de una noche de fiesta y encontrándose con un niño llorando. Recordó el tono amenazador en el que le había advertido que no quería saber nada de hijos y decidió que, mientras aquel contrato estuviera vigente, no le diría nada. Le contaría lo del embarazo cuando estuviera en Inglaterra. Y no habría disculpas de ningún tipo. No iba a permitir que su hijo empezara su vida teniendo que pedir perdón por su existencia.

—Entonces —Antonio continuaba hablando con Estelle—, os conocisteis el año pasado.

—Sí —contestó Estelle con una sonrisa.

—Cuando Raúl me dijo que había vuelto a salir con una de sus ex, pensé que era aquella —chasqueó los dedos—, esa con un hombre tan raro. La única que realmente le gustó.

—Antonio —le regañó Ángela, pero Antonio estaba demasiado sedado como para que le importara.

—¡Araminta! —exclamó de repente.

—¡Ah, sí, Araminta! —Estelle sonrió con cariño a su marido—. ¿Se refiere a esa que intentó seducirte en la boda de Donald?

—Sí, esa —Raúl parecía incómodo.

—Así que llevabais mucho tiempo manteniendo una relación seria —comentó Antonio.

Estelle alzó la mirada y vio la sonrisa en el rostro de Luka.

—¿Cuándo te comprometiste con ella? Recuerdo a mi madre diciendo que pensaba que pronto habría boda, y se refería a Araminta.

—¡Luka! La mujer de Raúl está aquí —le regañó su madre.

—No pasa nada —le disculpó Estelle, pero le ardían las mejillas. Estaba tan celosa como si realmente acabara de averiguar el pasado de su marido—. Si hubiera querido saber el pasado de Raúl antes de casarme con él, todavía estaríamos por sus veinte años.

Debería haberlo dejado ahí, pero sintió las lágrimas desgarrándole la garganta al pensar en la crueldad con la que Raúl había tratado a Araminta, que era alguien que realmente le había importado. Por esa razón, sus palabras sonaron amargas cuando miró a Raúl y le dijo:

—Aunque te olvidaste de decirme que habíais estado comprometidos.

—Nunca estuvimos comprometidos

—¡Por favor! —replicó Estelle.

La carcajada de Antonio los pilló a todos completamente sorprendidos. Antonio miró a Estelle elevando su copa.

—¡Por fin Raúl ha encontrado a alguien que está a su altura!

No fue una larga velada. Antonio se cansó pronto. Cuando volvieron al interior de la casa, Luka se despidió de su padre con cariño, pero le dirigió a Raúl una mirada con la que dejaba muy claro que no necesitaba que le acompañara a la puerta.

Se fueron a la cama. Estelle estaba un poco avergonzada por su estallido.

—Siento haber estallado —se disculpó mientras se desnudaba y se metía en la cama—. No debería haber dicho nada sobre Araminta.

—Has hecho bien. Ahora mi padre cree en nuestro matrimonio.

Raúl pensaba que todo había sido una actuación, comprendió Estelle, pero no había sido así.

Fue muy diferente dormir en casa del padre de Raúl que hacerlo en el apartamento. Incluso el ardor de Raúl parecía haberse atemperado, y, por primera vez desde que se habían conocido, Estelle se puso las gafas y sacó un libro. Era el mismo que estaba leyendo el día que había conocido a Raúl, un libro sobre el primer emperador Qin. Y continuaba en la misma página.

—Léeme las partes más obscenas —le pidió Raúl, y como Estelle no hizo ningún comentario, le quitó el libro y leyó el título—. ¿De verdad te gusta eso? —le preguntó.

—Sí.

Raúl posó la mano en su cintura y comenzó a acariciarla lentamente.

—Deberían oírnos discutir en este momento —bromeó—. Puedes comenzar a preguntar detalles sobre mi pasado.

—No necesito saberlo.

—La época que pasé en Escocia fue increíble —comenzó a decir Raúl de todas formas—. Compartía una casa con Donald y otros amigos. Por primera vez desde la muerte de mi madre, tenía un hogar y un grupo de amigos. Hacíamos locuras, pero lo pasábamos bien. Cuando conocí a Araminta, comenzamos a salir, y supongo que eso fue lo más cerca que he estado del amor en mi vida. Pero en ningún momento estuvimos comprometidos.

—De verdad, no necesito saber nada de eso —se volvió enfadada hacia él—. ¿Te acuerdas del tono en el que le hablaste? ¿Te acuerdas de cómo la trataste?

Miró aquellos ojos negros y se imaginó a sí misma siendo tratada como una mosca molesta.

—¿Entonces debería haberme acostado con ella?

—¡No!

—¿Debería haber bailado con ella cuando me lo pidió?

Estelle odiaba tener que darle la razón.

—En cualquier caso, nunca estuvimos comprometidos. Su padre me despreciaba porque no tenía ningún título aristocrático, así que decidí dar por terminada la relación.

—¿La dejaste por eso?

—Tuvo suerte de que le diera una buena razón —replicó Raúl.

Estelle dejó escapar una bocanada de aire. A veces, Raúl podía ser terriblemente cínico y arrogante. Se concentró de nuevo en el libro, intentando retomar la lectura donde la había dejado, de la misma forma que intentaría retomar su vida al cabo de unas cuantas semanas.

—Deja el libro —le pidió Raúl.

—Estoy leyendo.

—Pues eres la lectora más lenta que he visto en mi vida —bromeó Raúl.

Estelle renunció entonces a fingir que leía, se quitó las gafas y dejó el libro. Raúl se puso repentinamente serio.

—No habría hecho esto sin ti —admitió Raúl—. Ha faltado poco para que no llegara a tiempo —le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Pero, al final, has venido.

—Todo esto terminará pronto —la miró a los ojos y Estelle no supo interpretar si lo que temía era que su padre fuera a morir pronto o que ella estuviera a punto de marcharse—. Tú retomarás tus estudios...

—Y tú volverás a tu yate y a disfrutar de todas las fiestas de la costa.

—Podríamos salir en yate este fin de semana —¿estaría empezando a pensar en ella en términos en los que se había jurado no hacerlo?—. Lo pasamos bien.

—Sí, lo pasamos bien —contestó Estelle, pero sacudió la cabeza, porque estaba cansada de huir de la realidad con Raúl—, ¿pero no podemos dejar las cosas así?

No quería estropear aquellos recuerdos. No quería volver al yate y averiguar que lo que habían encontrado días atrás había dejado de existir. Aunque aquella noche, demostró estar ahí.

Raúl le enmarcó el rostro entre las manos y le dio un beso dulce y tierno. Estelle se sintió entonces como si estuvieran de nuevo en el yate. Casi podía oír el sonido del agua mientras Raúl la acercaba a él, la abrazaba y la urgía a unirse a él en una última escapada.

Le besó como si fuera realmente su esposa, como si compartieran y valoraran todos aquellos momentos de dificultad.

Raúl jamás había conocido un beso como aquel. Sentía las manos de Estelle en su pelo, en su boca y en sus labios. Sus cuerpos se fundían y quería retenerla en su cama para siempre.

—Estelle... —estaba a punto de decir algo que no debería, así que optó por hacer el amor.

Recorrió todo su cuerpo con las manos, la besó con pasión y se deslizó dentro de ella. Se miraban el uno al otro mientras Raúl se movía, y ninguno de ellos cerró los ojos.

Estelle podía sentirle crecer dentro de ella, pero ella se estaba conteniendo. No era la llegada del orgasmo la que reprimía en aquella ocasión, sino la necesidad de decirle lo que sentía. Los dos estaban haciendo realmente el amor, aunque ninguno de ellos se atrevía a admitirlo.

Miró fijamente a aquel hombre que le había arrebatado el corazón y presionó sus caderas contra él mientras se desataba en su interior un orgasmo tan intenso que tuvo que aferrarse con fuerza a Raúl. Este cerró los ojos para unirse a ella y después se obligó a abrirlos para contemplar el rubor de sus mejillas y la expresión de placer de su rostro.

Estelle sabía que Raúl se apartaría de ella después de aquel encuentro. Habían llevado las cosas demasiado lejos, en aquel encuentro había habido verdadera ternura.

Con la mirada clavada en su espalda, esperó hasta el amanecer, aguardando el momento en el que la respiración de Raúl se aceleraba, él se despertaba bruscamente de sus pesadillas y hacía el amor con ella, como todas las mañanas. Pero, en aquella ocasión, no llegó.

Capítulo 16

Raúl se despertó y esperó que llegara el alivio de haber sido capaz de reprimirse la noche anterior. Pero no llegó. Se volvió en la cama y observó a Estelle. A esas alturas de su relación, ya debería haberse aburrido de ella. Y ella debería estar enfadada con él.

—¿Sabes en qué estoy pensando? —le preguntó a Estelle cuando esta abrió los ojos y sonrió.

—No me atrevería a imaginármelo.

—En que, aquella noche, conocí a la verdadera Estelle. A pesar del vestido y el maquillaje, te reconocí.

Se estaba acercando demasiado a la verdad como para que a Estelle le resultara cómoda la conversación. Raúl siempre había sido fiel a sí mismo. Ella, sin embargo, había ido cambiando a cada momento. Oyó ruidos en la cocina y suspiró aliviada al tener una razón para marcharse.

—Voy a echar una mano a Ángela.

Se levantó de la cama, preguntándose si debería comentarle algo de lo que le había dicho Ángela la noche anterior.

—Ayer estuve hablando con ella...

—Ya hablaremos más tarde —dijo Raúl.

Estelle asintió. La noche anterior ya había sido suficientemente dolorosa.

—Buenos días —saludó Raúl a Ángela.

—Buenos días —Ángela sonrió—. Acabo de terminar de prepararle el desayuno a tu padre. ¿Tú qué quieres?

—No te preocupes por nosotros —respondió Raúl—. Tomaremos un café e iremos a dar un paseo.

—¿A qué hora os vais?

—No estoy seguro. A lo mejor nos quedamos algún día más.

—Sería estupendo. ¿Por qué no le llevas el desayuno a tu padre y se lo dices?

Raúl obedeció y permaneció en la habitación de su padre durante una eternidad. Estelle y Ángela les oyeron reírse e intercambiaron una mirada de complicidad.

—Me alegro mucho de que puedan disfrutar de estos momentos —dijo Ángela.

Justo en ese momento, entró Raúl en la cocina. Estelle y él salieron a dar un paseo por las montañas que rodeaban la propiedad de su padre.

—¿Habías estado antes aquí? —le preguntó Estelle—. En San Sebastián, quiero decir.

—Un par de veces. ¿Te gustaría conocer la ciudad?

—Hemos venido para estar con tu padre —respondió Estelle, nerviosa.

Temía dejar caer su fachada y terminar admitiendo lo mucho que le gustaría.

—Supongo que sí —respondió Raúl—, pero, si vamos a quedarnos algún tiempo, supongo que a los recién casados también les gustará disfrutar de algunos momentos de intimidad.

—¿No terminarás aburriéndote?

—No, si puedo entretenerme de otra forma —Raúl sonrió y Estelle le devolvió la sonrisa—. Mi padre me ha dicho que les ha contado a mis tíos lo de Ángela y Luka.

—¿Cuándo?

—Ayer, cuando supo que veníamos hacia aquí. No quería que me tocara contárselo a mí.

—¿Y cómo reaccionaron?

—Me ha preguntado que si había oído los gritos desde el avión. Le desearon la muerte, por supuesto. Y él les contestó que no iban a tener que esperar mucho.

Estuvieron caminando durante una eternidad, sin hablar apenas. A Raúl le resultaba cómodo el silencio porque estaba intentando pensar, intentando averiguar si Estelle quería oír lo que estaba a punto de pedirle.

—¿Echas de menos Inglaterra?

—Sí, bueno, echo de menos a mi familia.

—¿Y me echarás de menos a mí?

Estelle se volvió hacia él sin saber qué decir.

—No echaré de menos las fiestas y los restaurantes...

—¿Pero echarás de menos los momentos que pasamos juntos?

—No puedo contestar a eso.

—Claro que puedes —la abrazó—. Tenías razón. Me he perdido muchas cosas...

Era una frágil admisión, Estelle era consciente de ello. Pero no podía seguir negando sus sentimientos durante más tiempo.

—No tienes por qué...

Raúl la besó entonces como si fuera la primera vez. Fue un beso casi adolescente compartido entre las montañas, un beso que no tuvo nada que ver con el sexo. Raúl hundió los dedos en su pelo y palpó su rostro como si estuviera ciego. Y ella estuvo a punto de confesarle su

embarazo.

—Raúl...

Raúl la miró a los ojos y Estelle pensó que, cuando la miraba así, podría decirle cualquier cosa. Pero al final se contuvo. Porque un hijo era algo mucho más importante que aquella relación.

—Volvamos a la casa.

Regresaron unidos de la mano y hablando de nada en particular. Eran como una pareja más dirigiéndose hacia la casa familiar. Hasta que, de pronto, Estelle sintió que Raúl le apretaba la mano.

—Ha venido el médico.

Recorrieron a toda velocidad la distancia que les quedaba, aunque Raúl se detuvo un momento en la puerta para recobrar la compostura antes de abrirla. Incluso desde allí se podían oír los sollozos de Ángela.

—Tu padre... —Ángela llegó tambaleante al vestíbulo y Raúl la sostuvo mientras ella lloraba entre sus brazos—, ha muerto.

Capítulo 17

Estelle no podía creer lo rápido que había sucedido todo. Luka llegó poco después y pasó algún tiempo con su padre, pero era más que evidente que no apreciaba la presencia de Raúl y Estelle en su casa.

—Quedaos —les pidió Ángela.

—No, iremos a un hotel.

—Por favor, Raúl...

Estelle comprendía a Ángela, pero estaba muy claro que Luka no los quería allí, así que pasaron la noche en un hotel y, al día siguiente, fueron a la iglesia para despedir definitivamente al padre de Raúl. Los hermanos permanecieron juntos, aunque no unidos, en su tristeza.

—Yo solía pensar que Luka era el preferido —le contó Raúl mientras regresaban a Marbella, donde, por deseo de su padre, se leerían sus últimas voluntades—. Pero al parecer, Luka ve las cosas de forma diferente. Él era un secreto, el hijo del que se avergonzaba su padre. Yo era la razón por la que su padre no podía estar con él cuando era pequeño. Su odio es muy profundo.

—¿Y el tuyo?

—No lo sé, no sé lo que siento. Ahora lo único que quiero es acabar con la lectura del testamento.

No fue una reunión agradable. Paola y Carlos estaban allí y, cuando Ángela entró, le dirigieron una mirada de puro desprecio.

—Ángela no se merece esto... —comenzó a decir Estelle, pero Raúl la interrumpió con la mirada.

—Sabíamos que este momento no iba a ser agradable.

Estelle se mordió el labio e intentó recordar que nadie le estaba pidiendo su opinión. Pero se aferró después al recuerdo del paseo que habían compartido en San Sebastián y al amor que, estaba segura, los había acompañado en aquel momento.

Permaneció sentada en silencio mientras se leía el testamento y oyó algunos murmullos cuando el abogado se dirigió a Ángela. Con su limitado español, llegó a entender que se quedaba con la casa de San Sebastián y con algunas inversiones que estaban a su nombre. Y, después, el abogado se volvió hacia Luka.

Estelle oyó una exclamación de sorpresa de Paola y de Carlos, a la que siguió una furiosa protesta. Pero Raúl permaneció en silencio, sin decir nada.

—¿Qué está pasando? —Raúl no contestó.

Cuando las cosas por fin se calmaron, el abogado se dirigió a Raúl. Este asintió lentamente y se levantó. Agarró a Estelle del brazo y salieron. Ángela le siguió y le llamó.

—Raúl...

—No —Raúl se apartó de ella—. Ya tienes lo que querías.

Estelle tuvo que acelerar el paso para seguir sus largas zancadas, pero, al final, consiguió que Raúl le contara lo que había pasado.

—Luka ha heredado su parte del negocio. Incluso después de muerto, mi padre ha seguido con sus juegos y sus mentiras —sacudió la cabeza—. A mí me ha dejado un viñedo.

—Raúl... —Ángela les había alcanzado—, antes de morir, tu padre vio lo feliz que eras.

—Pero no cambió el testamento.

—No, para él era un sueño pensar que sus dos hijos terminarían trabajando codo con codo.

—Eso debería haberlo pensado hace veinticinco años.

—Raúl...

Pero Raúl no quería saber nada más. Se alejó de Ángela y, poco tiempo después, estaba en su apartamento, tomando decisiones a toda velocidad.

—Venderé mi parte y comenzaré desde cero. Y venderé también el viñedo. No quiero tener nada suyo. Y no quiero tener ningún tipo de relación con mi hermano.

El negocio de su madre iba a terminar en manos del hijo secreto de su marido. Si su madre no estuviera muerta, aquello habría acabado con ella.

Raúl estaba de nuevo en las montañas, oyendo los gritos y los lamentos de su madre mientras azotaba la tormenta. Oía el chirrido de las ruedas y los arañazos de la carrocería. Estaba cayendo otra vez por el acantilado. Pero aquella parte de la pesadilla la podía manejar. Era lo que había ocurrido después lo que más temía. Después de aquel estruendo, había llegado un silencio que daría cualquier cosa por no volver a oír otra vez.

—No tienes por qué tomar ninguna decisión esta noche. Podemos hablar en otro...

—¿Podemos? —entreabrió los labios con una cruel sonrisa—. ¿Pretendes que hable contigo sobre mi futuro? Estelle, creo que te estás olvidando de cuál es tu lugar.

—No —Estelle se negaba a seguir negando la verdad—. La mañana que murió tu padre, estuvimos hablando como si fuéramos una verdadera pareja. Si quieres tener una verdadera relación, no puedes ser tú el que elija cuándo y cómo podemos tratarnos como si fuéramos un matrimonio.

—¿Una relación? —se la quedó mirando durante lo que a ella le

pareció una eternidad.

—Sí, una relación —contestó Estelle con valentía—. Creo que eso es lo que quieres.

—¡Y ahora me dices lo que quiero! Estás enamorada de mí, ¿verdad? ¿Tienes idea de lo aburrido que estoy de oír esas palabras? Te compré para no tener que volver a mantener una conversación de este tipo y harías bien en recordarlo.

Estelle permaneció donde estaba mientras él salía furioso del apartamento. En aquella ocasión, no malgastó saliva en advertirle. Se negaba a ser su niñera.

Capítulo 18

Raúl permanecía sentado en el Café del Sol con la música atronándole los oídos y la mirada fija en la pista de baile.

Un viñedo. Un viñedo que, en el caso de que lo vendiera, no le daría ni para pagar el presupuesto del yate durante un año. ¿Continuaría Estelle a su lado para entonces?

En ningún momento había dudado de su propia capacidad para empezar de cero, pero, sobre su relación con Estelle, tenía grandes dudas. Y no soportaba la idea de perderla.

¿Pero sería Estelle capaz de separarse de una familia a la que amaba para irse a vivir con un hombre que, seguramente, no era capaz de amar?

Pero la verdad era que la quería. Y que ella le quería a él.

Raúl había hecho todo lo que había estado en su mano para asegurarse de que eso no ocurriera, y, aun así, allí estaba, mirándole de frente, envolviéndole como una manta en un día sofocante.

Raúl no quería el amor de Estelle, no quería sentirse responsable del corazón de nadie.

Estelle permanecería a su lado, pero los efectos de aquel testamento serían terribles. El imperio estaba dividido. Olía ya la quema que tendría lugar y no quería exponerla a ella.

El teléfono le vibró en el bolsillo, pero se negaba a sacarlo, consciente de que, si veía el nombre de Estelle, se quedaría sin fuerzas para hacer lo que pretendía.

Se acercó a la pista de baile, vio a una prostituta, le pidió una copa y le hizo un gesto. Sacó algo de dinero y, cuando ella abrió el bolso para guardarlo, le hizo su petición:

—Quiero lápiz de labios en el cuello.

No intentó dar ninguna explicación. Ella le dio lo que quería, le besó en el cuello y le dejó la marca de los labios.

—Ahora, perfume —pidió Raúl a continuación.

La prostituta sacó un frasco de perfume barato y le roció con él.

Ya estaba todo hecho. Raúl se levantó y se dirigió hacia su casa.

Capítulo 19

Amanda...

Estelle intentó parecer normal cuando contestó al teléfono. Tenía la mirada fija en la fotografía que les habían hecho en la boda de Donald, intentando comprender a aquel hombre que se negaba a amar.

—He intentado llamarte al móvil.

—Lo siento.

Estelle comenzó a contarle que se había dejado el cargador en San Sebastián hasta que se dio cuenta de que Amanda no parecía muy animada.

—¿Qué ha pasado?

—He intentado llamar a Raúl, quería que fuera él el que te diera la noticia. Estamos en el hospital y los médicos dicen que operarán mañana a la niña.

—¿Ha ganado peso? —preguntó Estelle con el corazón en un puño.

—No, lo ha perdido. Pero, si no la operan ya, podríamos terminar perdiéndola.

—Iré para allí.

—Por favor.

—¿Cómo está Andrew?

—Ahora está con ella. Y parece que está bien. Está seguro de que Amanda superará la operación. Pero yo no estoy tan segura.

Amanda, siempre tan fuerte, tan positiva, al final se derrumbó. Estelle le dijo de todo para consolarla, pero sabía que eran solo palabras, que su cuñada la necesitaba a su lado.

—Ahora mismo cuelgo y me iré en el primer avión que encuentre —le prometió—. E intentaré cargar el teléfono de alguna manera.

—No te preocupes por el teléfono. Ven cuanto antes.

Estelle agarró la maleta y empezó a guardar ropa. El objetivo era llegar cuanto antes al aeropuerto, pero pensar en Cecilia siendo sometida a una operación tan seria, era demasiado abrumador y terminó rompiéndose. Lloró como no había llorado jamás en su vida, consciente de que aquel era el momento de dar rienda suelta a las lágrimas para poder mostrarse fuerte delante de Amanda y Andrew.

Raúl la oyó llorar al llegar al apartamento y no fue capaz de soportar el daño que le había hecho.

—Estelle... —vio la maleta y comprendió que Estelle se marchaba.

—No te preocupes —ni siquiera le miró—. No lloro por ti. Cecilia está en el hospital. Ya no pueden seguir retrasando la operación. Necesito estar junto a ellos.

—Yo lo arreglaré todo ahora mismo.

Le resultaba imposible no retenerla. No podía soportar la idea de que tuviera que enfrentarse sola a ese dolor, de no poder estar a su lado.

—Saldremos inmediatamente.

—No.

Estelle intentaba recordar los motivos de su enfado, pero se sentía demasiado bien dejándose abrazar.

—Estelle, sé que he hecho las cosas mal, pero ahora sé lo que quiero. Sé...

Estelle lo percibió en ese momento: el olor a perfume barato. Se apartó bruscamente de él y le miró con atención. Notó entonces el olor a whisky y vio el lápiz de labios en el cuello.

—No es lo que estás pensando —se disculpó Raúl.

—¿Ahora eres tú el que va a decirme lo que pienso? ¡Has ganado, Raúl! —su expresión revelaba su disgusto—. ¡Me voy ahora mismo de aquí!

Las lágrimas cesaron. Se volvió y continuó llenando la maleta.

—Estelle...

—No quiero oírlo, Raúl —ni siquiera alzó la voz.

—Muy bien, lo dejaremos por ahora, hablaremos en el avión.

—No vas a venir conmigo, Raúl.

—A tu hermano le resultará extraño que no te apoye.

—Estoy segura de que mi hermano tendrá otras cosas en mente —le dirigió una mirada de desprecio—. No hagas las cosas más difíciles, Raúl.

Raúl intentó agarrarla del brazo, pero ella le detuvo.

—¡No me toques!

Raúl advirtió su dolor, causado no solo por lo que le iba a ocurrir a su sobrina, sino también por la agonía de su traición.

—No puedes marcharte así. Estás muy afectada...

—¡Estoy así por mi sobrina! Jamás lloraría por un hombre que ni siquiera me quiere. No soy tu madre, Raúl, no voy a conducir hasta el borde de un acantilado porque el hombre con el que estoy casada me ha engañado. Lo único que quiero es estar al lado de mi sobrina.

La había perdido, Raúl lo sabía. Discutir con ella sería peor que inútil, porque Estelle necesitaba estar con su familia urgentemente.

—Llamaré a mi chófer y pediré un avión.

—Puedo conseguir un billete de avión por mi cuenta.

Comenzaron entonces las lágrimas por Raúl, pero Estelle no quería que él las viera.

—Si vas en mi avión, llegarás antes —le aconsejó Raúl.

Y podría alejarse de su lado antes de confesar lo del bebé, antes de perder las fuerzas.

Capítulo 20

Raúl permanecía de pie en medio del silencio. Era el sonido que más odiaba del mundo. Era su pesadilla. Pero en aquella ocasión, él mismo la había creado. El olor que llenaba sus fosas nasales no era el de la gasolina y la muerte, sino el del perfume barato y la ausencia de Estelle.

Quería seguirla, pero no era tan estúpido como para meterse en un coche en ese estado y su chófer estaba llevando a Estelle al aeropuerto.

Llamó a un taxi, pero, incluso mientras montaba, sabía que Estelle no querría que la acompañara y que su presencia solo serviría para retrasar su marcha. Pasaron por delante de De la Fuente Holdings y alzó la mirada intentando imaginar la empresa sin su padre y sin Ángela. Al ver luz en una de las ventanas, le pidió al taxista que se detuviera y subió.

—¡Raúl!

Ángela intentó no mostrar su sorpresa al ver salir a Raúl del ascensor.

Estaba sin afeitarse, tenía los ojos rojos y el pelo completamente despeinado. En el cuello llevaba una marca de carmín. Era un Raúl que Ángela conocía bien.

—¿Qué estás haciendo aquí a esta hora, Raúl?

—He visto luz... La sobrina de Estelle está enferma.

—Lo siento mucho. ¿Dónde está Estelle?

—Volando hacia Londres.

—En ese caso, deberías estar con ella.

Ángela se negaba a medir sus palabras. Si a Raúl no le gustaban, siempre podía marcharse.

—No quería que fuera con ella.

—¿Por eso has ido en busca de una prostituta?

—No.

—No me mientas, Raúl. Tu mujer jamás utilizaría un perfume como ese.

—Yo nunca la engañaría. No podría.

Ángela permaneció en silencio. La prueba era clara, pero, aun así, sabía que Raúl no mentía.

—¿Entonces qué ha pasado?

Raúl cerró los ojos avergonzado.

—¿Sabes? Cuando vives como una querida, muchos creen que pierdes el derecho a opinar sobre la vida de los demás —Ángela le dirigió una mirada severa—. Aun así, yo he cuestionado tu moralidad una y otra vez.

—Y yo lo he hecho también —admitió Raúl—. Estelle consiguió acercarse demasiado a mí.

—Eso es lo que suele pasar con las parejas.

—No la he engañado. Solo quería que pensara que lo había hecho.

—Y ahora lo piensa, por eso se ha ido sola.

Ángela le miró con los ojos llenos de lágrimas e intentó no quererle como a un hijo, intentó no perdonarle, porque sabía que no debería hacerlo. Pero, cuando Raúl le contó lo que había hecho, le creyó.

—Apartas de tu lado a todas las personas que te quieren. ¿De qué tienes miedo, Raúl?

—De hacer sufrir a alguien, de ser responsable de otros... —admitió.

—Cada uno es responsable de sí mismo —replicó Ángela—. Yo también he cometido errores y ahora estoy pagando por ellos. Pero, aun así, volvería a hacer todo lo que hice a cambio del amor que he disfrutado con tu padre. Por supuesto, algunas cosas las haría de forma diferente, pero volvería a hacerlo todo otra vez.

—¿Qué habrías hecho de forma diferente?

—Habría insistido en que te hablaran de la relación que mantenía con tu padre, te habría hablado de tu hermano. Pensábamos hacerlo antes de que fueras a la universidad, pero tu padre decidió no hacerlo. Ahora me arrepiento. Debería habértelo dicho yo misma, pero no lo hice, y ahora tengo que vivir con eso. ¿Tú qué habrías hecho de forma diferente, Raúl?

—No habría ido anoche al Café del Sol —le dirigió una sonrisa fugaz—. Y también otras muchas cosas. Pero ahora mismo, esa es la más importante.

—Tienes que ir a buscarla. Tienes que contarle lo que ha pasado.

—Estelle no quiere oírlo. Ahora tiene cosas más importantes en las que pensar.

—Si no vas a buscarla en este momento, para cuando quieras recuperarla, será demasiado tarde.

Raúl asintió.

—Ahora mismo está volando en mi avión.

—Te compraré un billete en un avión comercial —se ofreció Ángela—. Y necesitas asearte.

Raúl se metió en el cuarto de baño de su despacho y se afeitó. Ángela le llevó después una camisa limpia y una taza de café.

—Esta es la última vez que hago esto por ti.

—A lo mejor, no. Es posible que tus hijos tengan algo que decir al respecto.

A Ángela se le llenaron los ojos de lágrimas al oír que Raúl reconocía por fin el lugar que ocupaba en su corazón.

—Te estoy diciendo en serio que esta es la última vez que te ayudo a enmendar un error. Estelle se merece mucho más.

—Y lo tendrá.

—Tu padre estaba encantado de ver lo bien que estabais juntos. Sabía que no había tiempo para que Luka y tú os reconciliarais antes de su muerte, pero sois hermanos y estaba convencido de que, con el tiempo, llegaríais a hacerlo. La mañana que murió, estuvimos viéndoos a Estelle y a ti paseando. Vimos cómo os deteníais para besaros.

Raúl cerró los ojos al recordar el día en el que, por primera vez en su vida, había estado a punto de admitir que amaba a alguien.

—Él sabía que eras feliz. Y ahora me alegro infinitamente de haberle dicho lo del bebé.

—¿El bebé? —preguntó Raúl estupefacto.

—¿Estelle no te lo ha dicho?

—¡No! —Raúl no era capaz de asimilarlo—. ¿Te lo dijo a ti?

—No, pero lo supe. No bebió vino, por la mañana tenía náuseas...

Sí, Estelle era una mujer dura. Podría salir adelante sin él. Pero Raúl no quería que lo hiciera.

—Cómprame un billete ahora mismo.

Capítulo 21

¡Raúl!

La única ventaja de aparecer en medio de una crisis familiar fue que nadie notó la tensión de las facciones de Estelle cuando apareció un Raúl limpio y recién afeitado.

—Siento no haber podido llegar antes —le estrechó la mano a Andrew.

—No, te agradecemos que hayas hecho todo lo posible para que estuviera Estelle con nosotros —respondió Andrew—. Y siento mucho lo de tu padre.

—¿Cecilia está ya en quirófano?

Raúl se sentó al lado de Estelle y le pasó el brazo por los hombros. Sintió al momento cómo se tensaba.

—Desde hace una hora —contestó Estelle con voz forzada—. Y le quedan varias horas todavía.

Los minutos pasaban lentamente.

Raúl leyó todos los carteles y folletos de la sala de espera. Estelle le oía girar las páginas y eso solo servía para irritarla. ¿Por qué demonios habría ido? ¿Para que no pudiera intentar olvidarle?

—¿Por qué nadie nos informa de lo que están haciendo? —preguntó la madre de Amanda—. Es ridículo que no nos digan lo que está pasando.

—No tardarán en decirnos algo —respondió Andrew.

Raúl le vio pasar el brazo por los hombros a su esposa para consolarla, y vio cómo ella se apoyaba contra él, vio lo mucho que le necesitaba a pesar de todo. O, precisamente, quizá por ese todo, comprendió Raúl.

—¿Por qué no esperas en el hotel? —sugirió Estelle cuando ya no fue capaz de seguir a su lado.

—Quiero estar contigo.

Se dirigió hacia una de las máquinas expendedoras y ella le siguió.

—Necesito cambio —dijo Raúl—. No tengo libras.

—¿Por qué me estás poniendo las cosas tan difíciles? —le interpeló Estelle.

—No estoy intentando ponerte las cosas difíciles, pero quiero que sepas que lo único que he hecho esta noche con una mujer ha sido pedirle que me diera un beso y me rociara de perfume —la miró a los ojos—. Quería que te fueras.

—Pues ha funcionado.

—Me equivoqué —continuó diciendo Raúl—. Ha sido uno de los errores más estúpidos de mi vida. No quería que tuvieras que pasar por todo lo que me esperaba.

—¿Y eso no debería haberlo decidido yo? —le miró.

—Sí —se limitó a responder—. Y yo también tengo algo que decidir.

Estelle no comprendió su respuesta. En aquel momento, no estaba de humor para juegos de palabras y sacudió la cabeza frustrada. Quería que Raúl se fuera, y quería también que estuviera allí. Quería perdonarle, creerle.

—Ahora no puedo seguir con esto —le dijo—. Ahora mismo tengo que concentrarme en mi sobrina.

Por mucho que Raúl deseara estar a su lado, también la comprendía.

—¿Prefieres que te espere en el hotel o que me quede aquí contigo?

—Prefiero que me esperes en el hotel —contestó Estelle.

Porque, cuando Raúl estaba cerca, ella no era capaz de pensar con propiedad. Lo único que quería era sentir sus brazos a su alrededor, disfrutar del consuelo que podía darle.

—¿Puedes sacarme un café? —Andrew se acercó en aquel momento con la silla.

—Por supuesto —contestó Raúl mientras Estelle le tendía unas monedas.

—Estelle, ¿puedes acompañar a Amanda a dar un paseo? Intenta sacarla de la sala de espera. Sus padres la están volviendo loca preguntándole continuamente que cuándo acabará la operación.

—Por supuesto.

Miró brevemente a Raúl, advirtiéndole con la mirada que quería que estuviera fuera cuando ella regresara. Después, le sugirió a Amanda que salieran a dar un paseo. Raúl las observó alejarse, apoyándose la una en la otra, y miró después a Andrew.

—Tienes la mejor hermana del mundo.

—Lo sé —contestó Andrew—. Haría cualquier cosa por ella.

Y Estelle por él, pensó Raúl. Estelle había vendido su alma al diablo por su familia y, en ese momento, Raúl comprendía por qué.

—Voy a esperar en el hotel —le dijo Raúl—. Ayer por la noche no dormí nada.

—Lo sé. Estoy seguro de que Estelle te mantendrá al tanto de todo.

—¿En qué hotel se aloja?

—En el que está cruzando la carretera —contestó Andrew—. Te deseo suerte. Estoy seguro de que no es la clase de hotel al que estás acostumbrado.

—Estaré perfectamente.

—Pero te harán esperar. Yo he tenido que esperar quince minutos a

que me pusieran la rampa.

Estuvieron charlando durante un buen rato. Andrew intentando olvidarse de la operación, Raúl, simplemente, porque Andrew quería hablar.

—Confieso que al principio tenía ciertas reservas sobre vuestra relación —admitió Andrew—. Eráis demasiado diferentes.

Y entonces Raúl se enteró de lo mucho que Estelle odiaba la vida nocturna, y descubrió exactamente hasta dónde había llegado para ayudar a su familia.

Caminó junto a Andrew a lo largo del pasillo, pasaron por delante de los quirófanos, de las unidades de cuidados intensivos y repitieron varias veces el recorrido hasta que Estelle regresó y Raúl comprendió que para ella era mejor que se marchara.

Raúl paseaba nervioso por la habitación del hotel esperando noticias. Eran las nueve de la noche y tenía el estómago en un puño por una niña a la que no conocía.

—Ha superado la operación.

Raúl percibió el alivio y la tensión en la voz de Estelle cuando esta abrió la puerta.

—¿Cuándo ha salido del quirófano?

—Alrededor de las seis. ¿Se supone que debería haberte llamado para informarte?

—Tenía la sensación de que la operación se estaba alargando demasiado. Pensaba que...

—Lo siento —Estelle se arrepintió de su sarcástica respuesta. Sabía que la preocupación de Raúl era sincera—. Han tardado mucho en dejar que Amanda y Andrew la vieran.

—¿Y cómo está?

—Todavía está allí —Estelle comenzó a desnudarse—. He perdido el cargador del móvil. Le he pedido a Andrew que llame a tu teléfono si ocurre algo.

Era, aunque jamás lo admitiría, un alivio tenerle allí, saber que, si el teléfono sonaba durante la noche, sería él el primero en contestar. Y fue un alivio también poder tumbarse en la cama y cerrar los ojos, aunque había algo de lo que tenía que ocuparse antes de entregarse al sueño.

—No voy a decírselo todavía —comenzó a decir—, porque sería una preocupación más para ellos, pero, después de que vayamos a verlos mañana por la mañana, puedes marcharte.

—Yo quiero estar aquí.

—Pero yo no quiero que estés aquí y, teniendo en cuenta lo que ha pasado, ya no hay nada entre nosotros. Tenía que ser una relación

exclusiva, ¿recuerdas?

—Ya te lo he dicho, no pasó nada. Y eso significa que todavía está vigente nuestro acuerdo.

—No, ya no tenemos ningún acuerdo. He decidido que no quiero tu dinero. Me cuesta demasiado.

—Entonces, devuélvemelo.

—Lo haré... —comenzó a decir, pero, por supuesto, había gastado ya una cantidad considerable—. Pretendo devolvértelo todo.

—Eso es cosa tuya, pero, de momento, eso no cambia nada, Estelle...

Alargó el brazo hacia ella, pero Estelle le rechazó y se volvió hacia su lado.

—Me gustaría tener la noche libre.

—Por supuesto.

A la mañana siguiente, Estelle se despertó en sus brazos y comenzó a retorcerse para alejarse de él, pero, justo en ese momento, llamó su hermano. Raúl la observó salir de la cama, advirtió la gravidez de sus pechos y cómo se había oscurecido su aureola. Y la quiso más por no haberle dicho nada, por haber preservado a su hijo del contrato que los había unido.

—¿Te irás después de que vayamos a verlos? —quiso asegurarse Estelle después de colgar.

—¿Por qué voy a dejar a mi esposa en un momento como este? No voy a ir a ninguna parte.

—No quiero que estés aquí.

—No te creo —respondió Raúl—. Lo que creo es que me quieres tanto como yo.

—¡Quererte! Tendría que estar loca para quererte —sacudió la cabeza—. Es posible que me hayas vuelto loca en otro momento de mi vida, Raúl, pero, si en algún momento te amé, ese sentimiento ha desaparecido. Mi amor también tiene condiciones, Raúl, y tú no las has cumplido. Me importan muy poco los tecnicismos. Aunque no te acostaras con nadie, lo que hiciste estuvo mal.

—Pero eso significa que el contrato está todavía vigente —la agarró por la muñeca—. Y que soy yo el que dicta los términos de la relación.

—Tu padre está muerto, ¿recuerdas? Eso significa que todo ha terminado.

—Estuvimos de acuerdo en que podríamos pasar algún tiempo separados. Deberías leer detenidamente las cosas antes de firmarlas. Pero estoy de acuerdo en que la situación ha resultado ser más complicada de lo que ninguno de nosotros esperaba. Por esa razón, estoy de acuerdo en que el contrato expire mañana.

—¿Mañana? ¿Y por qué no ahora?

—Solo quiero una noche más. Y, si para ello tengo que recurrir al

contrato, te aseguro que lo haré.

Capítulo 22

¡Está rosa!

Estelle no podía creerse que aquellos deditos que envolvían los suyos estuvieran tan rosas. Hasta las uñas las tenía de color rosa. Un color que, de pronto, se convirtió en el favorito de Estelle.

—Eso es lo primero que hemos dicho. Ha sido una luchadora desde que nació —le sonrió a su hija.

Estaban todos tan felices por la recuperación de Cecilia que no se fijaron en los esfuerzos que estaba haciendo Raúl para no emocionarse. Raúl miraba a la niña, que se parecía a Estelle, y apenas podía creer que hubiera estado a punto de perderse todo aquello.

—Tengo que salir por un asunto relacionado por el trabajo. ¿Quieres que comamos juntos?

Estelle alzó la mirada, a punto de decirle que no, pero vio que Raúl estaba hablando con Andrew.

—En la cafetería del hospital —añadió.

—Me parece muy bien. Estelle, ¿puedes llevarte a Amanda a desayunar? Quiere que uno de nosotros esté constantemente con Cecilia, pero necesita salir a tomar un poco de aire fresco.

—Claro —Estelle se levantó.

—Y he pensado que podríamos cenar fuera esta noche —añadió Raúl, mirando a Estelle.

—Quiero quedarme aquí con mi sobrina —replicó ella.

—Andrew y Amanda estarán con ella. Y estoy seguro de que querrán que comas algo mientras estés aquí.

—Por supuesto —corroboró Andrew—. Sal esta noche, Estelle. Tú también necesitas airearte.

Fue un día muy largo. Los médicos entraban y salían constantemente de la habitación. Los padres de Amanda se fueron a casa con intención de regresar durante el fin de semana. Después de que se marcharan, Estelle pudo convencer a Amanda de que se echara en la habitación de sus padres. Fue agotador.

Mientras regresaba a la habitación de Cecilia, Estelle se preguntó si no se habría acostumbrado en exceso al estilo de vida de Raúl. En aquel momento, habría dado cualquier cosa por estar en el yate sin pensar en el tiempo que tardarían en volver a hacer el amor. Ser la

mujer de Raúl no había estado tan mal, pensó con una irónica sonrisa. Era la vida de Raúl la que era un infierno.

—Amanda se ha dormido —anunció Estelle.

—Gracias por estar aquí con nosotros —le dijo Andrew—. Raúl es genial. Al principio, no estaba muy seguro, pero es evidente que te quiere.

Estelle sintió el escozor de las lágrimas en los ojos.

—¿Le has pedido tú que me ofreciera un trabajo? —le preguntó de pronto Andrew.

—¿Un trabajo?

Andrew supo inmediatamente que la reacción de sorpresa de su hermana era real, que no tenía la menor idea de que le hubieran ofrecido un trabajo.

—Raúl me ha dicho que, en cuanto Cecilia mejore, tendré un trabajo esperándome. Quiere que sea supervisor de sus hoteles, que me dedique a estudiar posibles mejoras para discapacitados. El trabajo implicará muchos viajes y, al principio, será duro. Pero, en cuanto Cecilia esté mejor, me encargaré no solo de adaptar los hoteles a discapacitados, sino también a familias con niños.

Era un trabajo de ensueño, Estelle lo veía en los ojos de su hermano. Pronto comenzaría a ganarse de nuevo la vida y a recuperar el respeto y la confianza en sí mismo.

—Es maravilloso.

Le dio un abrazo, pero, aunque sonrió, estaba furiosa con Raúl. Su empresa estaba a punto de dividirse y no iban a tardar en divorciarse. ¿Cómo se atrevía a involucrar a Raúl en aquel caos?

Cuando llegó al hotel, encontró una nota de Raúl esperándola. Le decía que estaba en una reunión, pero que la vería en el restaurante a las ocho.

—Al fin y al cabo, yo misma firmé el contrato —se dijo Estelle en voz alta mientras se maquillaba.

Se preguntaba si sería solo una cena, si saldrían después o... Cerró los ojos con fuerza. Seguramente, Raúl no esperaría que se acostara con él, ¿no? No se le ocurriría insistir...

Pero mientras se montaba en el taxi, se recordó una vez más que se trataba de Raúl. Por supuesto que insistiría. Y, con independencia del peaje que tuviera que pagar su corazón, ella debería obedecer.

Todo el mundo se volvía a mirarle. Estaba esperándola en la barra, y, cuando se dirigieron al salón del restaurante, cualquiera habría dicho que acabara de bajar de un helicóptero con una falda escocesa, porque todo el mundo le miraba.

—Estás preciosa —le dijo Raúl cuando se sentaron.

—Gracias —contestó.

Raúl sentía el enfado vibrando dentro de ella e imaginó que habría hablado con su hermano.

—El vestido es precioso. ¿Es nuevo? Te sienta muy bien.

—Lo sé.

Raúl pidió vino. Ella lo rechazó. Después, Raúl sugirió que comieran marisco. A Estelle le encantaba, pero él había leído en uno de los muchos folletos que había hojeado en el hospital que, cuando una mujer estaba embarazada, aconsejaban no comerlo.

—Creía que te encantaba el marisco —comentó Raúl.

—Ya he comido más que suficiente.

Pidió un bistec y Raúl la observó cortarlo furiosa antes de dar voz a una de las muchas cosas que tenía en la cabeza.

—¿Le has ofrecido trabajo a mi hermano?

—Sí.

—¿Y se puede saber por qué has hecho una cosa así cuando estás a punto de marcharte de la empresa y sabes que la empresa va a tener que enfrentarse a serios problemas?

—No vamos a tener que enfrentarnos a ningún problema. Hoy he estado hablando con Luka, con Paola y con Carlos. En cualquier caso, si hubiera algún problema, sería en la oficina, tu hermano no tendrá que preocuparse por ello.

—¿Y cuando nos divorciemos? ¿Lo utilizarás entonces para chantajearme?

—Jamás. Que te quede algo claro: es un buen puesto de trabajo y, mientras tu hermano cumpla con su deber, lo conservará.

—Eso dices ahora.

—Yo siempre digo la verdad, les guste a los demás o no. Y creo que los dos lo sabemos. Soy un hombre de éxito porque elijo cuidadosamente a mis empleados, nunca he dado trabajo a nadie por compasión. Tu hermano me comentó algunos cambios que podrían hacerse en el hotel. Como, por ejemplo, disponer de una mesa baja para que pueda registrarse sin problemas cualquier persona en silla de ruedas. Eso significa que no tendré que remodelar las áreas de recepción de nuestros hoteles, así que me ha ahorrado más dinero del que va a ganar en un año.

—Muy bien.

—No quiero que mis hoteles sean buenos. Quiero que sean los mejores para todo el mundo: hombres de negocios, familias con niños o discapacitados —la miró atentamente, preguntándose si Estelle le daría en aquel momento la noticia—. Me alegro de ver mejorar a Cecilia. Para todos vosotros tiene que ser un enorme alivio.

—Lo es —admitió Estelle—. Creo que ahora estamos empezando a darnos cuenta de lo duros que han sido todos estos meses.

—¿Y al ver a tu sobrina no te entran ganas de tener un hijo?

—Al contrario, todo esto me ha quitado las ganas de ser madre de por vida.

—Pero ellos lo han superado.

No iba a decirle que estaba embarazada, comprendió Raúl. Pero, lejos de enfadarle, aquello le hizo sonreír. Estaba frente a la mujer más fuerte que había conocido nunca.

Cuando terminaron de cenar, extendió crema de queso en una galleta, le añadió un poco de membrillo y se la tendió.

—No, gracias, estoy llena.

—Pero es un recuerdo de la noche que nos conocimos.

—Preferiría no acordarme de esa noche.

Raúl vio lágrimas en sus ojos y quiso tomarle la mano. Cuando Estelle le rechazó, comenzó a dudar de que pudieran superar todo lo ocurrido.

—Siento haberte hecho daño. Exageré, pensé que iba a perderlo todo, que no iba a poder estar a la altura del estilo de vida que te había ofrecido hasta ahora.

—¡Como si necesitara cenar en restaurantes de lujo o vestir la ropa que a ti te gusta!

—Si nada de eso te gusta, ¿qué es lo que quieres?

—Nada, no quiero nada de ti.

Raúl pidió la cuenta y pagó. Cuando salieron del restaurante, agarró a Estelle de la mano con fuerza, la hizo volverse hacia él y la besó.

A Estelle le entraron ganas de escupirle. Pero no porque le repugnara su boca, sino porque quería hundirse en ella para siempre. Quería creer sus mentiras, pensar que podía aferrarse a él, que deseaba a ese hijo tanto como ella y que, si la conociera de verdad, también la querría.

—¿Adónde podemos ir ahora? —preguntó Raúl—. ¡Ya lo tengo! Podrías enseñarme el Dario's.

—Ya te dije que no había conocido a Gordon en el Dario's.

—Podríamos ir de todas formas. Es la última noche que pasaremos juntos y parece divertido.

Vio la contradicción en sus ojos, la vio tomar aire para forzar otra mentira. Pero no quería hacerla pasar por algo así, de modo que la besó.

—Volvamos al hotel...

—Raúl...

Estelle ya no podía seguir soportándolo. No podía continuar fingiendo durante un segundo más.

—¿Qué? —preguntó Raúl mientras la agarraba de la mano y la llevaba al taxi.

Pero Estelle permaneció en silencio.

—Vamos, Estelle —una vez en el hotel, la desnudó a toda velocidad —. Hoy ha sido un día infernal. Tengo ganas de acostarme contigo.

—Qué romántico.

—Pero si eres tú la que insiste en que no haya nada de romanticismo entre nosotros. No entiendo a qué viene este cambio tan repentino. Hemos estado acostándonos durante dos meses y ahora... — estaba de rodillas, quitándole los zapatos—. Mañana ya habrá terminado todo. Esta noche tenemos que celebrarlo.

—No te deseo.

—¿Y las otras veces sí? Estelle, después de esta noche, te librarás de mí para siempre.

La dejó en la cama y la besó, pero la sintió fría entre sus brazos. Se apoderó de uno de los pezones con la boca, lo lamió y sopló para verlo endurecerse. Después, volvió a tomarlo entre los labios mientras la acariciaba más íntimamente.

Aquello era a lo que se había comprometido, se recordó Estelle. No tenía que disfrutar. Pero el problema era que disfrutaba. Y era como un secreto culpable. Porque le deseaba y deseaba sentirle muy dentro de ella. Apartó la cara, pero él la hizo volverla y volvió a besarla. Estelle no respondió. O, al menos, hizo todo lo posible para no hacerlo.

Raúl notó el cambio que se produjo de pronto en ella. Sintió el movimiento de su lengua. Sintió a Estelle.

—Dime que me detenga y lo haré —le prometió.

Estelle le miró fijamente. Era incapaz de decir nada.

—Eres incapaz de detener esto —dijo Raúl—, de la misma forma que yo soy incapaz de hacerlo.

Se apoyó sobre los codos y Estelle intentó no mirarle a los ojos mientras continuaba acariciándola.

—Dime cómo te sientes —le pidió Raúl.

Iba a hacerlo de un momento a otro. Estelle sabía que no tardaría en estar gimiendo y suplicando entre sus brazos. Alzó las caderas para que Raúl acabara cuanto antes con aquella tortura.

—Estoy a punto de llegar al orgasmo.

—Mentirosa.

Raúl se hundió con más fuerza en ella, alcanzando aquel punto que Estelle habría preferido que no tocara aquella noche, porque el rostro le ardía, las manos comenzaban a recorrer el cuerpo de Raúl y sus caderas parecían alzarse con voluntad propia mientras ella dejaba escapar un gemido.

Sintió un flujo de calor dentro de ella, sintió la insistencia de Raúl en su interior, la demanda de que igualara su deseo.

—Nadie puede pagar por esto —continuaba seduciéndola con sus palabras—. Esto no eres capaz de fingirlo...

Se colocó sobre ella y la penetró con una nueva embestida, haciéndola alcanzar el orgasmo.

Estelle no sabía dónde empezaba o terminaba su cuerpo, no sabía cómo manejar el amor que inundaba su corazón, o al niño que descansaba en su vientre.

—Me deseas tanto como yo —sentenció Raúl.

—¿Y? —le miró fijamente—. ¿Eso qué demuestra? ¿Que eres bueno en la cama? —se apartó de él y se hizo un ovillo—. Porque creo que eso ya lo sabías.

—Eso demuestra que hago bien al confiar en ti y que me quieres tanto como yo te quiero a ti.

—Pero si ni siquiera me conoces —comenzó a llorar—. Durante todo este tiempo, te he estado mintiendo.

—Te conozco más de lo que crees —respondió Raúl.

—No, tu padre tenía razón. Me gusta visitar iglesias antiguas, y leer. Y no soporto los locales nocturnos. No me parezco en nada a la mujer que creíste conocer.

—¿Y crees que durante todo este tiempo no me he dado cuenta? —Raúl le dio un beso en la mejilla—. Una prostituta virgen, ¿quién se lo iba a creer?

Oyó la risa de Estelle, una risa que acompañaban las lágrimas provocadas por el agotamiento.

—No sé cómo puedo acusarte de no tener principios cuando te he estado mintiendo durante todo este tiempo.

—Porque eres complicada, y porque eres mujer. Y porque me has querido desde el principio.

Estelle estuvo a punto de protestar, pero sabía que Raúl estaba diciéndole la verdad.

—¿Sabes cuándo me enamoré de ti? —preguntó Raúl—. Cuando te vi con ese pijama viejo y me di cuenta de que no quería que te acostaras con Gordon. Me merecí la bofetada que me diste, pero interpretaste mal mis palabras.

Estelle tenía un miedo atroz a quererle, a decirle lo de su hijo. Pero, si su relación iba a sobrevivir, tendría que hacerlo. Era incapaz de imaginar que Raúl ya lo sabía.

—¿Cuándo pensabas decirme que estás embarazada?

Estelle sintió la mano de Raúl en el vientre y su beso en la nuca. Lo único que cabía ya era ser completamente sincera.

—Cuando estuviera demasiado embarazada como para poder montar en avión.

—Así que pretendías que el bebé naciera en Inglaterra.

—Sí.

—¿Y cómo pensabas mantenerlo?

—Pues como lo hace todo el mundo.

—¿Habrías terminado diciéndomelo?

—Sí —necesitaba saber toda la verdad, así que se volvió para mirarle—. ¿Te has quedado aquí porque sabías que estaba embarazada?

—No, me he quedado aquí por ti. He tenido tres noches infernales en mi vida. De la primera, nunca quise hablar, pero empecé a hacerlo contigo. La segunda fue la noche que descubrí que tenía un hermano, y tú estuviste a mi lado. Supongo que en ese momento ya estaba enamorado de ti, pero era más seguro no admitirlo.

—¿Y la tercera?

—La tercera noche me descubrí a mí mismo en una pesadilla, pero no era la pesadilla a la que estoy acostumbrado. No estaba en el coche llamando a mi madre. Pero acababa de darme cuenta de que la mujer a la que amaba se había marchado y yo era realmente el culpable. Fui a ver a Ángela y fue ella la que me dijo que, por lo menos, mi padre se había enterado de lo del niño. Al parecer, yo he sido el último en saberlo.

—Yo no le dije nada.

—Me alegro de que lo adivinara. Se lo contó a mi padre aquella mañana —la miró y sonrió—. Los opuestos se atraen, Estelle. Es una ley de la naturaleza. No puedes cuestionarla.

—No la estoy cuestionando.

—¿Y también odiabas bailar conmigo? —preguntó Raúl de pronto.

—Por supuesto que no.

—En ese caso, contrataremos a alguien cuando queramos salir a bailar —resopló al pensar en los cambios que se avecinaban y vio que Estelle sonreía—. ¡Quién me lo iba a decir!

—Desde luego, yo no —admitió Estelle.

—Y ahora, ¿cómo puedo decirle a mi esposa que si quiere casarse otra vez conmigo?

—No hace falta que nos casemos otra vez. Pero no estaría mal disfrutar de una segunda luna de miel en el yate.

Sí, realmente podría llegar a acostumbrarse a esa vida. Sobre todo, después de haber hecho el amor con él otra vez. Raúl nunca le había mentido, pero nunca había sido tan honesto como aquella noche. Y eso la hacía sentirse bien.

—¿Crees que tu familia notará que hemos cambiado? —le preguntó Raúl.

—No, ellos creen que nos enamoramos locamente nada más conocernos.

—Y tienen razón. Nosotros éramos los únicos que no podíamos creérnoslo.

Epílogo

Fue una boda preciosa. Se celebró en el yate, que habían anclado junto a los acantilados de Maro-Cerro. Y el regalo de Raúl fue llevarle a Gordon a Estelle como invitada.

—Jamás habría imaginado que podría estar declarando mi amor delante de mi familia más cercana y mis amigos... —confesó Gordon tras la ceremonia e, inmediatamente después, empezó el baile.

Estelle se reclinó contra Raúl, sintiendo las patadas del bebé que crecía dentro de ella.

—¿Ese con el que está bailando Ginny es el hijo de Gordon? —le preguntó.

—Sí, llevan algún tiempo saliendo.

—¿De verdad? —Estelle disimuló una sonrisa. Raúl estaba al tanto de todo.

—¿Cómo se habrán conocido? No creo que Ginny haya reconocido que estuvo con su padre... —se interrumpió cuando Estelle le dio un codazo en las costillas—. Lo siento, a veces me olvido de tu otra vida.

En aquella ocasión, Estelle no rio, porque había vuelto a experimentar aquella sensación. Era como si tuviera un cinturón apretándole el vientre.

—¿Te acuerdas de cuando estuvimos aquí? —le preguntó Raúl—. Cuando nos montamos en las motos de agua, intentaste disimular lo asustada que estabas.

—Claro que me acuerdo. Y también de cuando fuimos a bucear y yo... —se interrumpió en medio de la frase.

—¿Estelle?

Estelle había estado intentando ignorar la tensión en el vientre, pero aquello ya no podía ignorarlo. Raúl posó la mano en su vientre y lo notó tenso y duro bajo sus manos.

—Voy a pedir que nos preparen una lancha para ir a Marbella inmediatamente.

—A lo mejor todavía tardo mucho. No quiero organizar ningún revuelo.

—Para Gordon sería mucho más problemático que tuvieras el bebé aquí.

Fue a buscar a Alberto, que les organizó rápidamente el transporte.

—Tenemos que marcharnos —le explicó Raúl a Gordon—. Estelle está cansada y...

No pudo seguir mintiendo, porque Estelle estaba doblada por el dolor.

—¡Oh, Dios mío! —Gordon sonrió radiante.

—¡Por favor! —le suplicó Estelle—. No quiero que todo el mundo se entere.

Pero no fue posible mantenerlo en secreto porque tuvieron que ayudarla a bajar a la plataforma desde la que accedieron a la lancha en la que se alejaron a toda velocidad de los vítores y los silbidos de los invitados.

—Yo quería haberlo tenido en Inglaterra... —se lamentó Estelle.

—Ya lo sé, pero también querías estar en la boda. Y no puedes tenerlo todo. Eso solo me toca a mí —bromeó Raúl.

Estelle gimió, asaltada por otra contracción, y enterró el rostro en el cuello de Raúl agradeciendo que él estuviera tan tranquilo.

Y sí, estaba tranquilo, porque, en aquella pequeña lancha, tenía todo lo que amaba.

Raúl alzó la mirada hacia los acantilados. Hacía mucho tiempo que había dejado en el olvido aquella aciaga noche, pero dedicó unos segundos a recordarla. Ya no le aterraba. Por un instante, pensó en su madre y rezó para que descansara en paz.

Fue la noche más larga de su vida. El parto duró hasta bien entrado el día siguiente. Estelle empujaba y clavaba las uñas en el brazo de Raúl y, justo cuando empezaba a pensar que ya no aguantaba más, comenzó a vislumbrar el final.

—No empujes —le dijo Raúl, que iba traduciendo las órdenes de la comadrona.

Había estado increíblemente sereno durante todo el proceso, pero, al ver el pelo negro del bebé y darse cuenta de que muy pronto sería padre, comenzó a preocuparse.

Roja, enfadada, con el pelo negro y las mejillas regordetas. Así nació su hija. Y mientras se la tendía a su esposa, Raúl se sintió más que deseoso de hacerse responsable de aquella criaturita.

La comadrona le preguntó si tenían ya un nombre. Raúl miró a su esposa, habían elegido varios nombres, pero habían decidido esperar a ver a la niña para tomar una decisión. Y había un nombre que ninguno había sugerido todavía.

—¿Gabriela? —preguntó Estelle.

Raúl asintió, incapaz de hablar. El nombre que tanto dolor había significado, aparecía de pronto rodeado de amor.

—Gabriela Sánchez Connolly —dijo Raúl.

—Podríamos ponerle un segundo nombre.

—¿Qué tal si le ponemos el de tu madre? —propuso Raúl.

Pero Estelle ya llevaba el nombre de su madre. Miraron a su hija, mientras intentaban decidir el segundo nombre.

—Quiero llamar a Andrew para decirle que es tío —dijo Estelle, con los ojos llenos de lágrimas.

Quería que su hermano viera a Gabriela, que la sostuviera en brazos como había sostenido ella a Cecilia el día que nació.

—¿Y por qué vas a llamarle? Te están esperando todos fuera. Les diré que pasen —y Raúl salió a la sala de espera.

Tenía los ojos irritados y el pelo revuelto, estaba sin afeitarse y llevaba una mancha de carmín en la mejilla. Pero, en aquella ocasión, Ángela sonrió al verle.

—Es una niña —anunció Raúl—, y las dos están perfectamente.

Amanda rompió a llorar y Andrew le estrechó la mano.

—¡Bebé! —exclamó Cecilia, señalando a su prima cuando Estelle presentó a la recién llegada a la familia.

—Ven a verla —le pidió Raúl a Ángela, que permanecía esperando en la puerta.

—Es preciosa —Ángela sonrió al reconocer en la niña los ojos de Luka y Raúl—, ¿cómo se llama?

—Gabriela —contestó Raúl—. Gabriela Ángela Sánchez Connolly.

Fue un día perfecto y después llegó la noche. Raúl y Estelle se quedaron por fin solos, disfrutando de su primera noche con Gabriela.

—Gracias por el día de hoy —le dijo Estelle a Raúl.

Gabriela, que dormía en la cuna a su lado, hizo un ruidito y Raúl pensó que el corazón iba a estallarle de orgullo y amor al mirar a su hija.

—Gracias a ti. Jamás pensé que podría llegar a ser tan feliz.

—Y a ti, por haberme traído a mi familia. Significa mucho para mí el tenerlos aquí.

—Lo sé. Gracias a ti, he aprendido la importancia de la familia. Incluso de una familia tan complicada como la mía —la besó en los labios—. Y, suceda lo que suceda, nunca voy a olvidarlo.